LA EXPLICACIÓN OFICIAL

SALVADOR RANGEL ABUD

LA EXPLICACIÓN OFICIAL
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En algún momento de los últimos años, los índices de violencia doméstica en varias colonias de la Ciudad de México comenzaron a bajar de manera sostenida y estadísticamente significativa. Las instituciones lo celebraron. Los académicos lo estudiaron. Los organismos internacionales lo reconocieron. Y nadie, en ningún informe, en ningún congreso, en ninguna ceremonia de entrega de premios, formuló la pregunta que habría bastado para derrumbar diecisiete años de explicaciones: ¿por qué comenzó exactamente cuando comenzó? La respuesta estaba en un puesto del mercado Sonora, detrás de una caja de madera, en manos de una anciana que atendía a sus clientas sin formularios, sin protocolos y sin ninguno de los elementos que las instituciones requieren para reconocer que algo existe. Una novela de sátira institucional sobre la distancia entre la realidad y el documento que la sustituye, entre los problemas reales y los sistemas diseñados para resolverlos, y entre la explicación que se necesita y la explicación que conviene tener.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene situaciones de violencia doméstica descritas con sobriedad y sin complacencia, así como muertes cuyas causas la ambigüedad narrativa deliberada no resuelve completamente. El tono es satírico e irónico a lo largo de toda la obra. Algunos lectores pueden encontrar incómoda la manera en que la novela trata la violencia institucional y la incompetencia burocrática como fenómenos cómicos, aunque la comedia nunca trivializa el sufrimiento de los personajes que la padecen.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La explicación oficial

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de sátira institucional

Ambientación: Ciudad de México, tiempo presente

Estructura: Prólogo, catorce capítulos y epílogo

Extensión aproximada: Novela de extensión completa

Idioma: Español

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que cualquier persona razonable podría formular y que los sistemas institucionales raramente se formulan: ¿qué pasa cuando el problema que una institución existe para resolver se resuelve por razones completamente ajenas a esa institución? La respuesta, que la experiencia en salud pública y administración hospitalaria permite observar con cierta frecuencia, es que la institución se atribuye el resultado, lo documenta, lo presenta en congresos y lo usa para justificar su presupuesto del año siguiente. Esta novela no pretende que todas las instituciones son inútiles ni que todos los programas sociales son fraudes. Pretende algo más específico: que los sistemas diseñados para producir explicaciones pueden volverse más interesados en producir explicaciones que en entender lo que explican, y que esa inversión de prioridades tiene consecuencias que esta historia documenta con la ficción que la realidad no siempre permite usar.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones a la obra.

PALABRAS CLAVE

Sátira institucional, burocracia, violencia doméstica, políticas públicas, academia, investigación social, Ciudad de México, mercado Sonora, explicación oficial, conocimiento institucional, cinismo, ironía, comedia negra, sistemas de salud, organismos internacionales

---

TEMAS PRINCIPALES

La tendencia de los sistemas institucionales a producir explicaciones de los fenómenos que estudian antes de comprenderlos. La distancia entre la realidad cotidiana de los problemas sociales y los marcos académicos y burocráticos diseñados para analizarlos. La manera en que los intereses presupuestales, académicos y políticos determinan qué preguntas se hacen y cuáles no se hacen sobre los fenómenos que se estudian. La paradoja del conocimiento institucional: cuanto más recursos se invierten en estudiar algo, más difícil se vuelve verlo correctamente. La resistencia de los

sistemas a las explicaciones que amenazan los intereses que los sostienen. La eficacia de lo informal frente a lo formal en contextos donde las instituciones han fallado en cumplir su función básica.

CITAS DESTACADAS

"Las teorías eran tan abundantes que habían terminado sustituyendo a la curiosidad."

"Sinérgico —repitió el director general, con el tono del que ha escuchado una palabra que suena bien aunque su contenido exacto no le resulte completamente claro—. Perfecto. Eso ponemos en el comunicado."

"Lo que podemos decir con rigor es que los datos son consistentes con esa relación causal. Establecer causalidad fuerte requiere diseños más complejos que los disponibles."

"Tienen sus estudios. Nosotras tenemos los nuestros."

"El presupuesto asignado para su primer año de operaciones equivalía aproximadamente a veinte veces el valor de todos los frascos vendidos por Pachita durante toda su vida."

"La realidad nunca había necesitado explicaciones. Los únicos que necesitaban explicarla eran quienes vivían de hacerlo."

COMPARACIONES LITERARIAS

La explicación oficial comparte con El Gatopardo de Giuseppe Tomasi di Lampedusa la convicción de que los sistemas cambian en la superficie precisamente para no cambiar en el fondo, y con El proceso de Kafka la representación de la burocracia como un sistema que produce sus propias reglas de incomprensibilidad. Con Las aventuras del buen soldado Švejk de Jaroslav Hašek comparte el tono del que observa la estupidez institucional con diversión en lugar de indignación. Y con El coronel no tiene quien le escriba de García Márquez comparte la estructura de una espera indefinida: la espera de que las instituciones hagan lo que prometieron hacer, que es una espera que en esta novela, como en la de García Márquez, no termina de manera satisfactoria pero que termina de otras maneras que resultan más reveladoras.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Es el doctor Godínez un cómplice o simplemente un médico que aprendió a sobrevivir en su entorno? ¿Tiene el periodista Saavedra razón en no publicar su historia, o la decisión de no publicar es también una forma de complicidad con el sistema que critica? ¿Qué diferencia existe entre las instituciones que defienden la explicación oficial conscientemente y las que la defienden por convicción genuina? ¿Es Pachita una heroína, una criminal, o algo para lo que las categorías disponibles son insuficientes? ¿Por qué el

INEEI produce en el lector más risa que indignación, y qué dice eso sobre la relación de la sátira con su objeto?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *La explicación oficial*. México, 2025. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado*, *Esto es lo que hicimos de México*, *Oro viejo*, *Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid*, *Un intruso en la red*, *Aquiles, el señor de los barcos negros* y *Enzo y Loretta*, entre otras.

MENSAJE FINAL

Pachita no sabía que estaba cambiando estadísticas. No se propuso demostrar que las instituciones fallaban. No tenía ningún argumento que hacer ni ningún punto que probar. Tenía una caja de madera, un frasco de vidrio oscuro y la capacidad de escuchar a quien llegara con la atención que las instituciones rara vez tienen tiempo de dedicar a las personas que supuestamente sirven. Esta novela es un homenaje involuntario a todos los Pachitas que existen en los espacios entre las categorías institucionales, resolviendo los problemas que los sistemas creados para resolverlos no pueden o no quieren ver. Y es también una pregunta que el lector puede hacerse después de cerrar el libro: la próxima vez que una institución celebre un logro, ¿quién está en el mercado Sonora de esa historia, atendiendo a quien llegue, sin que nadie lo sepa y sin que nadie necesite saberlo para que funcione?

ÍNDICE

PRÓLOGO: La explicación obvia
CAPÍTULO 1: La mujer que ya no podía esperar
CAPÍTULO 2: Diez días de tratamiento
CAPÍTULO 3: La primera coincidencia
CAPÍTULO 4: El segundo certificado
CAPÍTULO 5: Los números del milagro
CAPÍTULO 6: Los expertos llegan
CAPÍTULO 7: La expansión silenciosa
CAPÍTULO 8: El observatorio regional
CAPÍTULO 9: La primera explicación oficial
CAPÍTULO 10: El país ejemplar
CAPÍTULO 11: La comisión nacional
CAPÍTULO 12: El periodista obstinado
CAPÍTULO 13: La defensa de la mentira

CAPÍTULO 14: El legado de Pachita
EPÍLOGO: La ceremonia que lo explica todo

LA EXPLICACIÓN OFICIAL
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO
La explicación obvia
Ciudad de México, año de gracia institucional

Muchos años después de que los acontecimientos centrales de esta historia hubieran comenzado, un importante organismo internacional decidió reconocer al país por los avances alcanzados en la reducción de la violencia doméstica. La noticia fue recibida con la satisfacción unánime que producen los reconocimientos externos en un país que lleva décadas buscando en el extranjero la aprobación que no termina de encontrar en casa, y la ceremonia de entrega fue organizada con el esmero específico que las instituciones dedican a los eventos donde hay fotografías y discursos pero no rendición de cuentas.

El salón era de los que comunican autoridad mediante la combinación de alfombra gruesa, pantallas de alta resolución y temperatura controlada a un nivel que obliga a los asistentes a usar saco aunque afuera sean treinta grados. Había flores en las mesas. Había micrófonos que funcionaban. Había agua embotellada dispuesta con la regularidad de los países donde el agua embotellada en los eventos oficiales es más confiable que el agua de la llave en las casas ordinarias. Había, sobre todo, el ambiente específico de los encuentros donde personas importantes se reúnen para confirmar que son importantes, lo cual es en sí mismo una actividad que justifica su propio presupuesto.

Los asistentes eran los que suelen asistir a este tipo de ceremonias: funcionarios públicos de rango suficiente para ameritar credencial con fotografía pero insuficiente para llegar en helicóptero, académicos con publicaciones en revistas que nadie fuera de sus campos de especialidad había leído nunca, representantes de organizaciones civiles financiadas por organismos internacionales financiados a su vez por países que exportaban tanto ayuda humanitaria como las causas que la requerían, periodistas especializados en temas sociales que hacía años habían dejado de hacer preguntas incómodas porque las preguntas incómodas no producían invitaciones a eventos como este, y consultores de esa especie peculiar que no pertenecen completamente a ningún sector pero que aparecen en todos con tarjetas de presentación cuya descripción de puesto resulta imposible de explicar en una sola oración.

Todos estaban convencidos de estar presenciando la confirmación de una de las políticas sociales más exitosas de las últimas décadas.

Todos tenían razones personales, profesionales e institucionales para seguir estándolo.

Y todos, en ese estado de convicción colectiva que es el ambiente natural de los eventos con alfombra gruesa y agua embotellada, compartían algo que los unía con la solidez de los intereses bien entendidos: ninguno había formulado, ni formularía esa noche, la pregunta elemental que cualquier persona razonable habría hecho al enterarse de la noticia.

La pregunta era sencilla.

Irritantemente sencilla, si uno consideraba la cantidad de personas con doctorado que llevaban años estudiando el fenómeno.

¿Por qué el cambio había comenzado precisamente cuando comenzó?

No en términos estadísticos. No en términos de qué variables habían cambiado en qué momento dentro de qué marco metodológico con qué nivel de significancia. En términos humanos. En términos de qué había ocurrido concretamente en qué lugar específico para que la reducción empezara donde empezó, cuando empezó, de la manera en que empezó.

Esa pregunta no estaba en el programa.

No estaba porque el programa había sido diseñado por personas cuya función era celebrar los resultados, no cuestionarlos, y porque cuestionar los resultados de una política exitosa es el tipo de actividad que no produce reconocimientos internacionales sino incomodidad burocrática, que es una moneda de cambio considerablemente menos valiosa en los mercados donde se cotizaban las carreras de los presentes.

Los discursos comenzaron puntualmente, que ya era en sí mismo un logro digno de mención.

El primero pertenecía a un subsecretario que había llegado al cargo mediante una combinación de méritos académicos y lealtades políticas en la proporción exacta que ese tipo de cargos requería. Habló durante quince

minutos sobre la transformación cultural que el país había experimentado gracias a la implementación sostenida de políticas públicas con enfoque de género, presupuesto etiquetado y evaluación sistemática de resultados.

Usó la expresión transformación cultural cuatro veces, enfoque de género seis, y evaluación sistemática de resultados una cantidad de veces que el cronista de la ceremonia perdió la cuenta después de ocho. No mencionó ningún resultado específico de ninguna evaluación específica de ninguna política específica, porque la mención de detalles concretos en los discursos de este tipo introduce el riesgo de que alguien verifique los detalles, y la verificación de detalles es el enemigo natural de la celebración institucional.

El segundo discurso correspondió a una investigadora universitaria cuya obra sobre los determinantes sociales de la violencia de género había sido citada en cuarenta y siete publicaciones internacionales, dato que ella misma mencionó durante la presentación con la modestia calculada de quien sabe que la modestia calculada impresiona más que la vanidad declarada.

Explicó que la reducción de la violencia doméstica era consecuencia de la maduración simultánea de múltiples procesos educativos, económicos, culturales e institucionales que habían convergido de manera casi milagrosa para producir el resultado que todos celebraban esa noche. La explicación era tan extensa, tan multidimensional y tan cuidadosamente diseñada para no poder ser refutada que resultaba también, por idénticas razones, imposible de comprobar. Pero eso no constituía un problema en un salón donde nadie había venido a comprobar nada.

El tercero fue del representante de un organismo internacional cuyo nombre en español producía un acrónimo de cinco letras que todo el mundo usaba sin recordar qué significaba cada una. Felicitó al país por su compromiso con la igualdad sustantiva, expresión que el representante pronunció con el énfasis solemne de quien maneja vocabulario técnico en su segundo idioma y que sabe que la solemnidad compensa las posibles imprecisiones semánticas. Prometió que su organismo continuaría acompañando el proceso con recursos técnicos, financieros y simbólicos, en ese orden, que era también el orden de importancia real de cada tipo de acompañamiento aunque ninguna declaración oficial lo admitiría nunca.

Lo extraordinario no era que cada uno de esos discursos contuviera explicaciones distintas para el mismo fenómeno.

Lo extraordinario era que nadie lo notara.

El subsecretario atribuía los resultados a las políticas gubernamentales. La investigadora los atribuía a los procesos culturales de largo plazo. El representante internacional los atribuía, con calculada ambigüedad, a la combinación de ambos más el acompañamiento de su organismo. Tres explicaciones que se contradecían en sus premisas fundamentales, que no podían ser simultáneamente correctas, y que sin embargo convivían en el

mismo salón con la armonía perfecta de las cosas que nadie está interesado en examinar con demasiado detalle.

La razón de esa armonía era simple y, como todas las cosas simples en ambientes complejos, completamente invisible para quienes la habitaban: cada explicación beneficiaba a quien la ofrecía. La del subsecretario justificaba el presupuesto de su secretaría. La de la investigadora justificaba sus cuarenta y siete citas internacionales. La del representante justificaba la existencia del organismo que representaba. Tres versiones distintas de la realidad, cada una perfectamente funcional para los intereses que la sostenían, todas igualmente incorrectas respecto a lo que había ocurrido realmente.

Las teorías eran tan abundantes que habían terminado sustituyendo a la curiosidad.

Eso, pensó alguien que estaba en el fondo del salón y que había llegado ahí por error de logística, era el verdadero logro de la noche. No la reducción de la violencia, que nadie sabía si era real, ni de sus causas completamente distintas de las celebradas. Sino la creación de un ecosistema tan denso de explicaciones, análisis, publicaciones, conferencias, evaluaciones y reconocimientos mutuos que la realidad había quedado atrapada debajo de todo ese peso como un insecto bajo el ámbar, perfectamente preservada y completamente inaccesible.

Ese alguien era su seguro servidor. El cronista de esta historia.

Y lo que percibía desde el fondo del salón, con la perspectiva que da estar demasiado lejos de la alfombra gruesa como para que la alfombra gruesa afecte al juicio, era que la ceremonia no estaba celebrando un triunfo sino construyendo uno. Que la diferencia entre celebrar y construir era la diferencia entre la realidad y el documento que la sustituye. Y que en ese salón, esa noche, el documento había ganado por paliza.

Fuera del salón, a varios kilómetros de distancia y de muchos otros tipos de distancia que el mapa no mide, en una colonia donde la alfombra gruesa era tan infrecuente como el agua embotellada era frecuente, vivía la realidad que el evento celebraba sin conocer.

Vivía en una mujer que había golpeado su límite antes de que las instituciones terminaran de diseñar los programas para atenderlo.

Vivía en otra mujer que le había pasado un frasco a una vecina con la discreción de quien comparte algo valioso en un mundo que no comprende su valor.

Vivía en una anciana de mercado que atendía clientes detrás de un puesto pequeño con la serenidad de quien ha entendido algo fundamental sobre la diferencia entre los problemas y las instituciones creadas para resolverlos: que los primeros son reales y que las segundas, con demasiada frecuencia, son reales también pero de una manera completamente diferente y no siempre compatible.

Aquella noche, entre aplausos y reconocimientos, la explicación oficial alcanzó su forma definitiva.

Era una explicación hermosa. Coherente. Bien redactada. Respaldada por datos. Presentada por personas competentes en un salón adecuado con micrófonos que funcionaban.

Era también, en sus causas y en sus mecanismos y en su comprensión de lo que había ocurrido realmente, completamente falsa.

Pero eso, como quedará claro en las páginas que siguen, era un detalle.

Los detalles raramente detenían una buena ceremonia.

CAPÍTULO 1

La mujer que ya no podía esperar

Colonia Guerrero, Ciudad de México

Dionisia Cervantes había llegado a esa edad en que las ilusiones se desgastan más rápido que los zapatos, y ella había desgastado muchos zapatos. Tenía cuarenta y tres años, tres hijos que ya no vivían en casa porque la casa no era el tipo de lugar donde uno quería vivir si tenía opciones, y un marido que respondía al nombre de Emigdio cuando estaba sobrio, que era un estado cada vez más infrecuente y de duración decreciente.

No era que Emigdio fuera un hombre malo en el sentido filosófico del término. Era que era un hombre violento en el sentido práctico del término, que resultaba ser el sentido que más importaba a las once de la noche cuando llegaba de la pulquería de Don Mamerto con la coordinación motriz comprometida y la convicción renovada de que todos sus problemas tenían un responsable domiciliado en su propia casa.

Dionisia había intentado resolver la situación por los medios que la sociedad pone a disposición de las mujeres en su situación, que son numerosos, variados, y notablemente ineficaces.

Había intentado hablar con Emigdio en sus momentos de lucidez, que existían aunque fueran breves. Las conversaciones seguían un patrón tan predecible que Dionisia podría haberlas transcrito de antemano: Emigdio prometía cambiar, ella lo creía, él no cambiaba, ella dejaba de creerlo, llegaba la siguiente borrachera con puntualidad de reloj suizo, y el ciclo comenzaba de nuevo con la constancia de los fenómenos naturales. Después de varios años de practicar esas conversaciones, Dionisia había llegado a la conclusión de que la promesa de cambiar era en sí misma parte del ciclo y no una interrupción de él.

Había intentado hablar con la familia de Emigdio, que era numerosa y estaba distribuida en varios estados de la república con la eficiencia geográfica de quien ha aprendido que la distancia física de los problemas familiares es una forma de salud mental. Su suegra, doña Refugio, escuchó

el relato con la atención concentrada de quien reconoce una historia que ya conoce y que por tanto no requiere información adicional, y respondió que Emigdio era así desde chico, que ella lo había intentado con él y no había podido, y que Dionisia debía tener paciencia porque los hombres así a veces mejoraban con los años.

Tenía setenta y dos años y llevaba cinco décadas esperando que algo mejorara con los años. Dionisia decidió que el ejemplo de doña Refugio era precisamente el tipo de perspectiva de largo plazo que no deseaba incorporar a su estrategia de vida.

Había intentado acudir a las instituciones.

Esa parte de la historia requería un espacio mayor porque las instituciones eran generosas en ese sentido: producían experiencias suficientemente ricas como para necesitar espacio propio.

La primera visita fue al Ministerio Público de la delegación, donde una funcionaria de nombre Esperanza, que llevaba en el cargo suficiente tiempo como para haber perdido cualquier relación personal con el concepto que daba nombre a su puesto, la recibió detrás de un escritorio cubierto de carpetas con la expresión de quien ya sabe lo que va a escuchar y está pensando en lo que va a comer al mediodía.

La escuchó con la atención profesional del que escucha sin oír, le explicó el procedimiento para levantar una denuncia, le entregó tres formatos distintos que debían llenarse a mano con letra legible, le pidió que regresara con copias de su acta de matrimonio, identificación oficial, comprobante de domicilio y dos fotografías tamaño infantil, y le deseó buenas tardes con la cordialidad de quien ha terminado una transacción y espera que la siguiente no tarde demasiado.

Dionisia regresó con los documentos. Llenó los formatos. Levantó la denuncia. Le asignaron un número de expediente que le fue comunicado en un papel que debía conservar porque sin ese papel el expediente no existía para efectos prácticos, aunque tampoco existiera con él para efectos igualmente prácticos. Le explicaron que el proceso de investigación tomaría su tiempo, que debía llamar periódicamente para conocer el estado de su caso, que en caso de nueva agresión debía regresar a levantar otra denuncia, y que si en algún momento necesitaba orientación jurídica podía acudir al área correspondiente que estaba disponible los martes y jueves de diez a dos.

Emigdio llegó borracho esa misma noche.

Dionisia llamó al número de su expediente durante tres semanas. A veces contestaba alguien que le pedía que llamara más tarde. A veces no contestaba nadie. Una vez contestó alguien que le explicó que el área encargada de su expediente había sido reestructurada administrativamente y que debía acudir en persona a actualizar sus datos. Fue en persona. Actualizó sus datos. Le asignaron un nuevo número de expediente porque el

anterior pertenecía a la estructura anterior y ya no era válido en la estructura actual. Le desearon buenas tardes.

Emigdio siguió llegando borracho.

La segunda institución fue un centro de atención a mujeres en situación de violencia que funcionaba en una casa adaptada de la colonia vecina y que tenía en la puerta un letrero con el nombre de la dependencia y un horario de atención que no siempre correspondía al horario en que la puerta estaba abierta, que era uno de esos misterios administrativos que los usuarios aprenden a aceptar como parte del paisaje institucional.

Adentro había sillas plásticas de color naranja dispuestas en fila, revistas de actualidad con varios meses de antigüedad, y una trabajadora social llamada Guadalupe que tenía el don específico de hacer sentir a las personas que sus problemas eran al mismo tiempo muy graves y completamente manejables, que era una combinación tranquilizadora en el momento y desoladora en retrospectiva.

Guadalupe escuchó a Dionisia con una empatía que parecía genuina y que quizás lo era dentro de los límites que el cargo permitía. Tomó notas. Asintió en los momentos apropiados. Al finalizar la conversación le explicó que existía un programa de atención psicológica para víctimas de violencia doméstica que se reunía los miércoles a las cuatro de la tarde, un taller de empoderamiento económico que comenzaría el mes siguiente si se completaban los cupos, y la posibilidad de solicitar una medida de protección que requería resolución judicial y que en promedio tardaba entre cuatro y ocho semanas dependiendo de la carga de trabajo del juzgado correspondiente.

—¿Y mientras tanto? —dijo Dionisia.

Guadalupe la miró con la expresión de quien ha recibido esa pregunta muchas veces y que ha aprendido que no tiene una respuesta satisfactoria pero que tampoco puede decirlo directamente porque decirlo directamente no estaba dentro de los protocolos de atención.

—Mientras tanto está el refugio de emergencia —dijo Guadalupe—. Si en algún momento siente que su integridad está en riesgo inmediato puede llamar a esta línea. —Le entregó una tarjeta con un número—. Atienden las veinticuatro horas.

—¿Y mi casa? —dijo Dionisia—. ¿Y mis cosas?

—El refugio es temporal —dijo Guadalupe—. Mientras se resuelve la situación jurídica.

—¿Cuánto tiempo es temporal?

Guadalupe consultó mentalmente el protocolo correspondiente.

—Depende de cada caso —dijo.

Dionisia guardó la tarjeta. Fue al taller de empoderamiento económico cuando comenzó, aunque comenzó tres semanas después de lo anunciado

porque no se habían completado los cupos y luego sí se habían completado y luego una de las facilitadoras tuvo un contratiempo y finalmente arrancó un martes en lugar de un miércoles por razones que nadie explicó del todo.

Aprendió sobre el concepto de autonomía económica, que es valioso en abstracto y que tiene la particularidad práctica de requerir ingresos que no dependen del hombre cuya conducta es precisamente el problema que la autonomía económica supuestamente resuelve, lo cual configuraba un tipo de circularidad lógica que Dionisia no mencionó durante el taller porque el taller no parecía diseñado para ese tipo de observaciones.

Emigdio siguió llegando borracho. Los golpes siguieron siendo golpes.

La tercera institución fue la policía preventiva, a la que Dionisia llamó una noche en que la situación había excedido el umbral que ella misma se había fijado como límite. Llegaron dos elementos cuarenta minutos después, que era un tiempo razonable si uno lo comparaba con los promedios históricos de respuesta en la zona y completamente irrazonable si uno estaba esperándolos con miedo.

Hablaron con Emigdio, que para ese momento había bajado suficientemente de los efectos del alcohol como para presentar una versión de los hechos que, sin ser inverosímil, resultaba conveniente para sus intereses. Hablaron con Dionisia. Redactaron un reporte. Le explicaron que podían llevarlo detenido esa noche pero que en la mañana quedaría libre y que si no había una orden de restricción judicial el procedimiento era limitado en sus alcances. Le recomendaron que acudiera al Ministerio Público.

—Ya fui —dijo Dionisia.

—¿Levantó una denuncia?

—Dos —dijo Dionisia.

Los elementos intercambiaron una mirada que no requería traducción.

—Señora —dijo el que parecía tener más años en el cargo—, le recomendamos que en caso de nueva agresión nos llame de inmediato y que en paralelo siga el proceso con el Ministerio Público. Las instituciones están para ayudarla.

Lo dijo con la convicción de alguien que ha repetido esa frase suficientes veces como para haberla desvinculado de cualquier relación con los resultados que prometía.

Dionisia lo miró durante un momento.

—Gracias —dijo, porque era lo que correspondía decir.

Los elementos se fueron. Emigdio se fue a dormir. Dionisia se quedó en la cocina con el reporte de la policía, el papel del expediente del Ministerio Público y la tarjeta de la línea de emergencia, y pensó que tenía suficiente documentación para demostrar que su problema existía pero ningún mecanismo concreto para que dejara de existir, lo cual era una distinción

que las instituciones parecían encontrar menos relevante de lo que ella la encontraba.

Fue una vecina llamada Remedios, que vivía en el departamento del tercer piso y que tenía sus propias razones para conocer el tema de cerca, quien pronunció un nombre una tarde mientras tendían ropa en la azotea.

—Hay una señora en el Sonora —dijo Remedios, sin preámbulo, como quien comparte información que la otra persona necesita aunque no la haya pedido.

—¿Qué señora?

—Una que vende cosas —dijo Remedios—. Hierbas. Remedios. —Hizo una pausa mientras colgaba una sábana con la concentración de quien organiza sus palabras mientras organiza la ropa—. Resuelve problemas que otros no pueden resolver.

Dionisia siguió tendiendo sin responder. Había acudido a abogados que le habían explicado sus derechos con precisión académica sin producir ningún cambio en la conducta de Emigdio. Había acudido a trabajadoras sociales que habían documentado su situación con meticulosidad sin alterar esa situación en ningún aspecto práctico. Había acudido a la policía que había redactado reportes que dormían en archivos que nadie volvería a consultar. Buscar ayuda en una señora del mercado Sonora que vendía hierbas y remedios parecía, en ese contexto, exactamente tan razonable como todo lo demás que había intentado.

—¿Cómo se llama? —dijo Dionisia.

—Pachita —dijo Remedios.

El nombre no prometía nada en particular. Tampoco lo prometían los nombres de las instituciones que Dionisia había visitado, y eso no había impedido que depositara en ellas una esperanza que había ido devolviendo, expediente por expediente, taller por taller, reporte por reporte, con la eficiencia de quien procesa las decepciones porque no tiene tiempo de quedarse con ellas.

—¿Tú fuiste? —dijo Dionisia.

Remedios no respondió de inmediato. Terminó de colgar la sábana con cuidado, alisó una arruga que no afectaba al secado pero que de alguna manera requería ser alisada, y cuando habló lo hizo con el tono de las personas que dicen lo mínimo porque lo mínimo es suficiente y porque lo adicional podría complicar lo que todavía no necesita ser complicado.

—Mi marido murió hace dos años —dijo.

Y bajó a su departamento sin añadir nada más.

Dionisia se quedó en la azotea con la ropa y con esa frase y con el sonido de la ciudad que llegaba desde abajo con la indiferencia habitual de las ciudades grandes hacia los problemas de las personas que las habitan. Pensó en los expedientes. Pensó en los talleres. Pensó en los reportes.

Pensó en el número de teléfono de emergencias que había llamado tres veces sin que la emergencia se resolviera. Pensó en doña Refugio y en sus cincuenta años de paciencia y en el tipo de vejez que esa paciencia había producido.

Luego pensó en el marido muerto de Remedios.

Y por primera vez en muchos años, pensó en el futuro sin que el pensamiento produjera en ella la reacción habitual, que era algo parecido al miedo con textura de cansancio.

Al día siguiente preguntó cómo llegar al mercado Sonora.

CAPÍTULO 2

Diez días de tratamiento

Mercado Sonora y Colonia Guerrero

El mercado Sonora tenía la calidad de los lugares que existen en paralelo a la ciudad oficial sin pedirle permiso. Mientras la ciudad oficial construía centros de atención, diseñaba protocolos y capacitaba funcionarios, el Sonora llevaba décadas resolviendo problemas con una eficiencia que ningún indicador de desempeño gubernamental habría sabido medir porque ningún indicador de desempeño gubernamental estaba diseñado para medir lo que el Sonora resolvía. Vendía cosas que la ciudad oficial no vendía, atendía necesidades que la ciudad oficial no reconocía, y operaba bajo una lógica que era la opuesta exacta de la lógica burocrática: primero el resultado, luego el procedimiento para obtenerlo, y si el procedimiento no estaba disponible se inventaba uno.

Dionisia llegó un martes por la mañana con la dirección que le había dado Remedios y con la actitud de quien va a hacer algo que sabe que es improbable que funcione pero que ya no tiene alternativas probables disponibles. El mercado la recibió con su mezcla habitual de olores, colores y sonidos que era característica de los lugares donde todo está en venta y donde la definición de todo incluye categorías que los centros comerciales prefieren no contemplar. Había puestos de hierbas medicinales junto a puestos de animales vivos junto a puestos de artículos de santería junto a puestos de semillas junto a puestos de cosas cuya naturaleza exacta Dionisia prefirió no investigar. Había vendedores que ofrecían sus productos con la voz amplificada de los mercados y vendedores que esperaban en silencio con la confianza de quien sabe que el cliente correcto llega solo. Había compradores que sabían exactamente lo que buscaban y compradores que buscaban algo que todavía no sabían nombrar.

Dionisia era del segundo tipo.

Encontró el puesto de Pachita después de preguntar dos veces, porque el puesto no tenía letrero y la anciana no tenía presencia en ningún directorio digital ni en ninguna red social, que era en sí mismo un dato significativo en una época donde la ausencia de presencia digital equivalía a una especie

de invisibilidad voluntaria. El puesto era pequeño, ordenado con la lógica de quien sabe exactamente dónde está cada cosa aunque esa lógica no resultara evidente para los visitantes ocasionales, y olía a una combinación de hierbas secas, tierra húmeda y algo más difícil de clasificar que Dionisia decidió no intentar clasificar.

Pachita tenía una edad que era difícil de determinar con precisión y que de alguna manera resultaba irrelevante, porque era el tipo de persona cuya edad dejaba de importar en cuanto uno la miraba a los ojos. Tenía el cabello completamente blanco recogido hacia atrás, las manos de quien ha trabajado con ellas durante décadas sin pedirles disculpas por ello, y una expresión que era la antítesis exacta de la expresión de la funcionaria Esperanza del Ministerio Público: donde Esperanza miraba a sus visitantes con la fatiga de quien procesa expedientes, Pachita los miraba con la atención de quien procesa personas, que es una actividad completamente diferente aunque ambas impliquen escuchar.

—Siéntese —dijo Pachita, señalando un banco de madera al lado del puesto, antes de que Dionisia dijera nada.

Dionisia se sentó. Había algo en la instrucción que la hizo obedecer sin cuestionarla, que era exactamente lo contrario de lo que producían en ella las instrucciones de las instituciones, que generalmente la hacían obedecer con el resentimiento silencioso de quien cumple porque no tiene opción y no porque confíe en que el cumplimiento producirá algún resultado.

—¿Qué necesita? —dijo Pachita.

Era una pregunta que parecía sencilla y que sin embargo era radicalmente distinta de las preguntas que las instituciones hacían. Las instituciones preguntaban qué le había ocurrido, cuándo, con qué frecuencia, en presencia de quién, con qué consecuencias documentables. Preguntaban de qué manera los hechos encajaban en las categorías que los formularios habían previsto. Pachita preguntaba qué necesitaba, que era la pregunta que Dionisia llevaba años esperando que alguien le hiciera y que nadie le había hecho porque las instituciones estaban organizadas alrededor de sus propios procedimientos y no alrededor de las necesidades de las personas que llegaban a ellas.

Dionisia contó su historia.

Lo hizo de la misma manera en que la había contado docenas de veces ante funcionarios y trabajadores sociales y policías, con la diferencia de que esta vez no estaba midiendo si lo que decía correspondía a los formularios disponibles o si el horario de atención iba a cerrarse antes de que terminara. Habló de Emigdio. Habló de las borracheras. Habló de los golpes. Habló de los años. Habló de los trámites y de los expedientes y de los talleres de empoderamiento económico. Habló de Remedios sin mencionar su nombre y de lo que Remedios le había dicho sin mencionar lo que Remedios le había dicho.

Pachita escuchó todo esto sin interrumpirla y sin tomar notas y sin preguntar si tenía copia de su identificación oficial. Cuando Dionisia terminó, la anciana permaneció en silencio durante un momento que no era el silencio incómodo de quien busca qué decir sino el silencio funcional de quien ya sabe qué va a decir y está decidiendo la mejor manera de decirlo.

Luego abrió una caja de madera que estaba debajo del mostrador, sacó un frasco pequeño de vidrio oscuro, y lo colocó sobre la superficie entre las dos.

El frasco tenía el tamaño de los que se usan para las gotas oftálmicas o para los perfumes de muestra. Era de un vidrio tan oscuro que resultaba imposible ver el contenido desde afuera, lo cual podía ser una cualidad del envase o una decisión deliberada sobre qué convenía y qué no convenía que los clientes vieran.

—Diez gotas en la mañana —dijo Pachita—. Diez en la noche. Diez días seguidos.

—¿En qué? —dijo Dionisia.

—En lo que tome él —dijo Pachita—. Café, agua, lo que sea.

Dionisia miró el frasco. Luego miró a Pachita.

—¿Y qué hace? —dijo.

—Resuelve el problema —dijo Pachita.

Era la respuesta más corta que Dionisia había recibido de cualquier persona a la que había planteado su situación. Los funcionarios le habían dado respuestas de varios párrafos que explicaban procedimientos, plazos, requisitos y limitaciones competenciales. Los abogados le habían dado respuestas de varios minutos que explicaban el marco legal aplicable y las posibilidades de éxito dentro de ese marco. La trabajadora social le había dado respuestas de varias sesiones que exploraban el contexto psicológico, económico y familiar del problema. Pachita le dio tres palabras.

Resuelve el problema.

—¿Cuánto cuesta? —dijo Dionisia.

Pachita dijo una cantidad que era aproximadamente lo que Dionisia gastaba en una semana de transporte público. No era barato en términos absolutos. Era extraordinariamente barato en términos relativos, considerando que las instituciones le habían costado meses de tiempo, docenas de traslados, incontables días de trabajo perdidos para atender citas, y una energía emocional cuyo costo nadie había intentado calcular pero que Dionisia sentía con la precisión de los gastos que no aparecen en ningún recibo.

Pagó. Guardó el frasco en la bolsa con la discreción de quien guarda algo que prefiere no explicar. Se levantó del banco de madera.

—¿Hay algo más que deba saber? —dijo.

Pachita la miró con esa atención que tenía para las personas y que era tan diferente de la atención que tenían para los expedientes.

—Que sean diez días completos —dijo—. No nueve. No once. Diez.

—De acuerdo —dijo Dionisia.

—Y que no los cuente —dijo Pachita.

—¿Que no cuente qué?

—Los días —dijo Pachita—. Que no los cuente. Que simplemente los viva.

Era un consejo que sonaba casi filosófico y que de alguna manera resultaba más útil que cualquier cosa que hubiera escuchado en los talleres de empoderamiento económico. Dionisia asintió, dijo gracias, y se fue por entre los puestos del mercado Sonora de vuelta hacia la ciudad oficial, que la recibió con su indiferencia habitual sin saber que algo había cambiado en la dirección que seguiría tomando cierta estadística que en ese momento dormía sin importancia en algún servidor del gobierno del Distrito Federal.

Los primeros días no ocurrió nada perceptible.

Emigdio llegó borracho el jueves, que era su día de mayor consistencia en ese sentido. Llegó tarde el viernes. El sábado fue el peor porque era sábado y el sábado la pulquería de Don Mamerto tenía algo que Emigdio describía como ambiente, que era su manera de justificar por qué el sábado requería más tiempo de preparación que los otros días. Dionisia administró las gotas en el café de la mañana y en el agua del mediodía con la meticulosidad de quien sigue instrucciones que no comprende del todo pero que ha decidido seguir completamente o no seguir, porque seguirlas a medias era exactamente lo que había hecho con los procedimientos institucionales y el resultado de seguirlos a medias ya lo conocía.

El domingo fue igual. El lunes también. El martes Emigdio tuvo dolor de cabeza, que Dionisia observó sin comentar porque no había nada que comentar que no pudiera esperar. El miércoles el dolor de cabeza persistió y Emigdio se quedó en casa en lugar de ir a la pulquería, que era un acontecimiento lo suficientemente inusual como para que Dionisia lo notara pero lo suficientemente ambiguo como para que no lo interpretara todavía.

El jueves Emigdio amaneció con algo que describió como un malestar general y que fue empeorando durante el día con una constancia que resultaba llamativa. Dionisia observó los síntomas con la atención de quien lleva días esperando algo sin saber exactamente qué espera. A las cuatro de la tarde Emigdio estaba en el sillón de la sala con una palidez que no correspondía a ninguno de sus estados habituales. A las seis perdió el conocimiento.

Dionisia llamó al doctor Godínez, que era el médico de la colonia conocido por atender consultas a precios razonables, por no hacer preguntas innecesarias y por resolver los trámites administrativos con la eficiencia de quien ha aprendido que la burocracia médica es una habilidad tan importante como la medicina misma. El doctor Godínez llegó en veinte minutos, examinó a Emigdio con la concentración de quien sabe lo que está buscando aunque no del todo lo que está encontrando, y después de varios

minutos de revisión se irguió con la expresión de quien ha llegado a una conclusión que es al mismo tiempo técnicamente precisa y completamente insatisfactoria.

—Paro cardiorrespiratorio —dijo.

—¿Qué significa? —dijo Dionisia, aunque sabía lo que significaba.

—Que el corazón dejó de funcionar —dijo el doctor Godínez—. Dado su historial de consumo de alcohol y tabaco, y considerando que nunca se había hecho estudios cardiológicos, era un desenlace que podía esperarse tarde o temprano.

Era una explicación que tenía la virtud de ser simultáneamente verdadera en términos generales y completamente insuficiente en términos específicos, que era exactamente el tipo de explicación que el doctor Godínez prefería cuando las alternativas podían resultar incómodas para todas las partes involucradas.

—¿Necesita algo más? —dijo el doctor Godínez.

—El certificado —dijo Dionisia.

—Por supuesto —dijo el doctor Godínez—. Se lo entrego mañana temprano.

Dionisia hizo las llamadas que correspondían hacer. Informó a los hijos que ya no vivían en casa. Informó a la familia de Emigdio, incluyendo a doña Refugio que escuchó la noticia con el silencio de quien ha esperado algo durante años sin saber exactamente qué esperaba y que cuando llega no sabe del todo si sorprenderse o no. Organizó el velorio con la eficiencia de quien tiene cosas que hacer y las hace porque son las que corresponden. Lloró durante el funeral como se esperaba que llorara una viuda respetable, con la cantidad correcta de llanto para la ocasión, porque Dionisia había aprendido a lo largo de su vida que las expectativas sociales son también una forma de protocolo y que los protocolos se cumplen aunque uno haya dejado de creer en ellos.

Lo que nadie en el velorio habría podido detectar, y que Dionisia no habría mencionado aunque alguien lo hubiera preguntado, era la sensación que la acompañó durante todo ese proceso y que era tan completamente diferente de cualquier sensación que hubiera tenido en los últimos años que tardó varios días en identificarla correctamente.

Era algo que se parecía al alivio.

No el alivio culpable de quien ha hecho algo que sabe que no debería haber hecho. El alivio limpio, casi físico, de quien ha cargado un peso durante mucho tiempo y que un día descubre que el peso ya no está y que el cuerpo, liberado de él, todavía no sabe exactamente cómo comportarse sin la tensión permanente que había aprendido a considerar normal.

Esa noche, sola en la casa que era completamente suya por primera vez en veintiún años de matrimonio, Dionisia abrió la ventana de la cocina que daba al patio interior y escuchó los sonidos de la colonia con la atención de quien los escucha de verdad por primera vez en mucho tiempo.

Pensó en Pachita.

Pensó en el frasco de vidrio oscuro.

Pensó en las diez gotas de la mañana y las diez de la noche durante diez días que había administrado con la meticulosidad que Pachita le había pedido.

No pensó en lo que significaba todo eso, porque pensar en lo que significaba era un ejercicio que requería hacerse ciertas preguntas que Dionisia prefería no formularse todavía, quizás nunca.

Lo que sí pensó, con la claridad específica de las cosas que se comprenden cuando el ruido que las tapaba ha desaparecido, era que el futuro existía.

Que podía pensar en él sin que el pensamiento produjera miedo.

Que mañana iba a ser un día diferente de todos los días anteriores.

Y que eso, que parecía tan poco, era en realidad todo lo que había necesitado durante veintiún años y que nadie, ninguna institución, ningún protocolo, ningún expediente, ningún taller de empoderamiento económico con facilitadora y cupos limitados, había podido darle.

CAPÍTULO 3

La primera coincidencia

Colonia Guerrero

Las colonias populares de la Ciudad de México tienen una característica que los urbanistas describen con términos técnicos sobre densidad demográfica y cohesión social, y que los habitantes describen con términos más directos sobre el hecho de que todo el mundo sabe la vida de todo el mundo y que intentar lo contrario es un ejercicio de optimismo que la geografía no respalda. Los departamentos comparten paredes. Los patios interiores amplifican conversaciones que nadie destinó a ser públicas. Las azoteas son espacios de información que funcionan con la eficiencia de cualquier medio de comunicación, con la ventaja adicional de que la información que circula en ellas no requiere verificación porque los testigos son siempre múltiples y siempre conocidos.

En ese ecosistema, la muerte de Emigdio Cervantes fue noticia durante exactamente el tiempo que tarda una noticia en dejar de ser nueva y convertirse en contexto, que en la Colonia Guerrero era aproximadamente una semana. Durante esa semana, la versión oficial del evento, que era la del doctor Godínez con su paro cardiorrespiratorio perfectamente justificado por los hábitos del difunto, convivió con versiones alternativas de distintos niveles de especificidad y distintos grados de relación con los hechos verificables. Las versiones alternativas no contradecían necesariamente la versión oficial sino que la enriquecían con detalles adicionales sobre las circunstancias previas, el estado de la relación matrimonial, las visitas anteriores de Dionisia a diversas instituciones, y la conversación en la

azotea entre Dionisia y Remedios que alguien había escuchado desde una ventana que daba al mismo patio y que había considerado relevante compartir con quien correspondiera.

Evangelina Suárez se enteró el jueves.

Era propietaria de una pequeña tienda de abarrotes en la planta baja del edificio de enfrente que llevaba veintidós años funcionando con la supervivencia específica de los negocios pequeños que no pueden competir en precio con los supermercados pero que compiten en otros recursos que los supermercados no tienen disponibles: el fiado, el conocimiento de los nombres de los clientes, la disponibilidad de escuchar mientras se pesa el arroz, y esa calidad de presencia física constante en el barrio que convierte a ciertos comercios en algo parecido a una institución informal con funciones que ningún organigrama municipal reconocería.

Evangelina tenía cuarenta y un años, un marido llamado Erasto que compartía con el difunto Emigdio varios rasgos de carácter que el vecindario conocía bien, y una habilidad natural para procesar la información del barrio que le permitía saber, antes de que la mayoría de los involucrados lo supieran, qué estaba ocurriendo en qué departamento y con qué personas. No era chismosa en el sentido peyorativo del término. Era, en el sentido más preciso disponible, una observadora sistemática de su entorno, que era exactamente la habilidad que los centros de investigación pagaban generosamente cuando venía empaquetada en una metodología con nombre propio y publicaciones académicas, pero que en Evangelina simplemente existía como rasgo de personalidad sin compensación económica adicional.

Cuando escuchó los detalles sobre Dionisia, sobre el frasco, sobre la conversación en la azotea y sobre lo que Remedios había dicho sin decir del todo, Evangelina procesó la información con la rapidez de su naturaleza y llegó a varias conclusiones de manera casi simultánea.

La primera conclusión era que la historia era improbable.

La segunda era que la historia era verificable en sus elementos principales.

La tercera era que la verificación de una historia improbable cuyos elementos principales son verificables producía un tipo de curiosidad específico que era difícil de ignorar.

Y la cuarta, que llegó con la inevitabilidad de las conclusiones que uno sabe que va a llegar antes de haber terminado de formular las anteriores, era que ella tenía razones personales para estar más que académicamente interesada en la pregunta de si una anciana del mercado Sonora podía resolver el tipo de problema que llevaba años sin resolverse por los medios convencionales.

Erasto llevaba doce años siendo el problema.

Era un hombre que en sus buenos momentos era tolerable y que en sus malos momentos era el tipo de experiencia que hace que uno reconsidere

las definiciones disponibles de los conceptos de hogar y de refugio. Sus buenos momentos habían sido más frecuentes al principio y habían ido haciéndose más escasos con los años, con la regularidad decreciente de los recursos que se agotan sin que nadie haya planificado su agotamiento. Evangelina había intentado diversas estrategias durante esa década y dos años: la conversación directa, que producía promesas; la amenaza de separación, que producía promesas con mayor énfasis; la intervención familiar, que producía promesas acompañadas de testigos; y la resignación, que no producía promesas pero que al menos no producía la energía adicional que las promesas requerían para ser formuladas y luego incumplidas.

También había intentado las instituciones, aunque su experiencia con ellas había sido suficientemente similar a la de Dionisia como para que la descripción detallada resultara redundante. Los formularios eran los mismos. Los expedientes eran los mismos. Los talleres eran los mismos. Los resultados eran los mismos.

Fue a ver a Dionisia un sábado por la tarde con el pretexto de llevarle una despensa que la colonia había reunido para la viuda reciente, que era una práctica del barrio que cumplía simultáneamente una función solidaria y una función social de contacto que permitía a quien llevaba la despensa pasar tiempo en el departamento de quien la recibía sin que eso requiriera explicación adicional.

Dionisia la recibió con la calma nueva que el vecindario había empezado a notar y que cada quien interpretaba según sus propias categorías: quienes creían en el duelo lo llamaban aceptación, quienes creían en la resiliencia lo llamaban fortaleza, y quienes simplemente observaban lo llamaban algo que no tenían nombre para nombrar pero que reconocían como real.

Tomaron café. Hablaron de los hijos de Dionisia que habían venido al funeral. Hablaron del calor que ese octubre estaba haciendo sin que octubre tuviera ninguna razón climática para hacerlo. Hablaron de la tienda de Evangelina y de los precios que seguían subiendo con la constancia de los fenómenos que no requieren explicación porque todo el mundo los experimenta. Y en algún momento de esa conversación, cuando el café estaba a la mitad y el silencio entre una cosa y otra empezaba a ser el tipo de silencio que puede llenarse con algo que no es pequeña charla, Evangelina dijo:

—¿Es cierto lo del mercado Sonora?

Dionisia la miró durante un momento. Era una pregunta que podía responderse de varias maneras y que la manera en que se respondiera determinaría qué tipo de conversación seguía. Dionisia consideró las opciones disponibles con la rapidez de quien ha aprendido a tomar decisiones en tiempo real.

—¿Qué te contaron? —dijo.

—Lo suficiente para venir a preguntarte —dijo Evangelina.

Hubo otro silencio. Dionisia miró su taza.

—Hay una señora —dijo finalmente—. Vende un remedio. —Una pausa—. Funciona.

—¿Qué tipo de remedio?

—Del tipo que resuelve problemas —dijo Dionisia, que había aprendido de Pachita el arte de la respuesta que dice exactamente lo que dice y nada más.

Evangelina procesó esto.

—¿Cuánto cuesta?

Dionisia le dijo el precio. Evangelina hizo el cálculo mental de lo que eso representaba en términos de su economía doméstica y llegó a la conclusión de que era una cantidad manejable, especialmente considerando el tipo de problema que supuestamente resolvía y el costo acumulado de no resolverlo, que incluía rubros que no aparecían en ninguna contabilidad formal pero que Evangelina conocía con la precisión de quien los ha estado pagando durante doce años.

—¿Quedó algo del frasco? —dijo Evangelina.

Dionisia fue a la cocina. Volvió con el frasco de vidrio oscuro, que todavía tenía contenido suficiente para un ciclo completo de tratamiento. Lo puso sobre la mesa entre las dos con el mismo gesto con que Pachita lo había puesto entre ella y Dionisia, que era el gesto de quien transfiere algo valioso sin hacer de la transferencia una ceremonia mayor de la que requiere.

—Diez gotas en la mañana —dijo Dionisia—. Diez en la noche. Diez días seguidos. En lo que él tome.

—¿Y qué hace? —dijo Evangelina, aunque algo en su tono sugería que la pregunta era más un protocolo que una verdadera solicitud de información técnica.

—Resuelve el problema —dijo Dionisia.

Era la misma respuesta de Pachita, con las mismas tres palabras, que Dionisia había adoptado porque era exactamente la respuesta que correspondía: suficientemente verdadera para ser honesta, suficientemente imprecisa para ser manejable.

Evangelina tomó el frasco. Lo guardó en la bolsa con la misma discreción con que Dionisia lo había guardado semanas antes. Se terminó el café. Habló otros veinte minutos de cosas que no tenían ninguna relación con lo que había ocurrido en los últimos cinco minutos, que era la forma correcta de manejar ciertas conversaciones en ciertos contextos. Luego se despidió y cruzó la calle hacia su tienda.

Los días que siguieron transcurrieron con la normalidad de los días que contienen algo que está ocurriendo y que todavía no ha terminado de ocurrir. Erasto continuó siendo Erasto con la consistencia que lo

caracterizaba. Evangelina administró las gotas con una meticulosidad que sorprendería a quienes la conocían como persona impulsiva, porque había algo en la instrucción de los diez días completos que activaba en ella el mismo instinto de rigor que le aplicaba a los inventarios de la tienda. No nueve. No once. Diez.

El octavo día Erasto llegó a casa más temprano que de costumbre y sin haber pasado por el establecimiento donde habitualmente completaba su preparación para llegar. Evangelina lo observó sin comentar, porque comentar habría introducido una variable que podía afectar al proceso y ella prefería no introducir variables que pudieran afectar al proceso.

El noveno día Erasto se quejó de cansancio y fue a acostarse a las ocho de la noche, que era un horario que correspondía a versiones de él que Evangelina tenía que esforzarse para recordar.

El décimo día, a las tres de la tarde, cuando Evangelina estaba atendiendo a una clienta que le pedía un kilo de azúcar y comentaba sobre el calor de ese octubre que no debería estar haciendo ese calor, escuchó un ruido en la parte trasera del local donde vivían y supo, con la certeza específica de quien lleva doce años leyendo los sonidos de un espacio, que el ruido no correspondía a ninguno de los ruidos habituales.

Dejó a la clienta. Fue hacia atrás.

Erasto estaba en el suelo de la cocina con una palidez que Evangelina identificó de inmediato como diferente de cualquier otra palidez que le hubiera conocido.

Llamó al doctor Godínez.

El doctor Godínez llegó en veinticinco minutos. Examinó a Erasto con la concentración del médico que está viendo algo que ya ha visto antes aunque en otra versión. Se irguió. Miró a Evangelina con la expresión de quien está a punto de decir algo que ha dicho antes y que tiene memorizadas las palabras exactas.

—Paro cardiorrespiratorio —dijo.

Evangelina asintió.

—¿Era cardiaco? —dijo, aunque la pregunta era menos una solicitud de información que una contribución al relato que ambos sabían que necesitaba existir.

—Con sus hábitos —dijo el doctor Godínez—, el historial de hipertensión que nunca trató y el peso que llevaba años sin controlar, era un desenlace esperable.

Era una explicación que compartía con la anterior su virtud principal: ser cierta en términos generales y suficiente en términos prácticos. El doctor Godínez era un hombre que había aprendido a no hacer preguntas cuya respuesta podía resultar más costosa que la ignorancia, que es una filosofía de vida que en su caso particular había resultado extremadamente funcional durante muchos años de ejercicio profesional en la colonia.

—Le entrego el certificado mañana —dijo.

—Gracias, doctor —dijo Evangelina.

El doctor Godínez se fue. Evangelina organizó lo que había que organizar con la eficiencia de alguien que tiene una tienda que administrar y que ha aprendido que la vida, como el inventario, requiere que las cosas estén en su lugar aunque el proceso de ponerlas ahí sea complicado.

Esa noche, después del velorio y de las llamadas y de las visitas de condolencia que producen las muertes en las colonias donde todo el mundo se conoce, Evangelina se sentó en el mostrador de su tienda cerrada con las cuentas del mes extendidas frente a ella y las fue revisando con la concentración de quien encuentra en los números una forma de orden que el resto de las cosas no siempre proporciona.

Las cuentas estaban bien.

Estaban, de hecho, mejor que en varios meses anteriores, porque había ciertos gastos que habían desaparecido con la misma naturalidad con que había desaparecido su causa.

Evangelina tomó nota de eso.

Era una mujer práctica.

Dos días después, cuando fue a visitar a Dionisia con el pretexto de devolverle el frasco vacío, se encontró con que Dionisia tenía visita: una mujer del cuarto piso que Evangelina conocía de vista y cuyo nombre completo no recordaba, y que estaba sentada en la sala con la expresión específica de quien ha venido a preguntar algo que no sabe exactamente cómo preguntar pero que necesita preguntar de todas formas.

Evangelina entregó el frasco vacío.

Dionisia lo tomó con la naturalidad de quien recibe la devolución de algo que se prestó para un propósito que ya se cumplió.

Las tres mujeres se miraron durante un momento con el tipo de mirada que no requiere palabras porque las palabras serían menos precisas que el silencio.

Luego Dionisia fue a la cocina.

Volvió con otro frasco.

Este era más pequeño que el anterior, lo cual significaba que el contenido se estaba agotando, pero tenía suficiente para otro ciclo si las instrucciones se seguían con el rigor que correspondía.

Lo puso sobre la mesa.

Nadie dijo nada durante un momento.

Luego la mujer del cuarto piso dijo:

—¿Cómo se llega al mercado Sonora?

Y así comenzó lo que los investigadores que llegarían años después describirían, con el vocabulario que habían aprendido en sus respectivos

programas de doctorado, como un proceso de difusión informal de prácticas culturales alternativas en contextos de vulnerabilidad institucional, que era una manera de decir algo completamente correcto sobre algo que no habían entendido en absoluto.

CAPÍTULO 4

El segundo certificado

Colonia Guerrero y alrededores

El doctor Humberto Godínez Palafox llevaba veintisiete años ejerciendo la medicina en la Colonia Guerrero y sus alrededores con una filosofía profesional que nunca había necesitado articular porque las filosofías que funcionan mejor son las que no necesitan articularse para funcionar. Era médico general con cédula profesional vigente, membresía en el colegio correspondiente y una actualización de conocimientos suficientemente frecuente para no resultar negligente y suficientemente selectiva para no interferir con los hábitos de trabajo que le habían resultado útiles durante casi tres décadas. Si algún colega le hubiera preguntado en qué consistía exactamente su filosofía profesional, el doctor Godínez habría tenido dificultades para articularlo con precisión, no porque la filosofía fuera vaga sino porque era tan eficiente que se había vuelto invisible para quien la practicaba, como los músculos que uno usa sin pensar en que los está usando.

Su consulta había prosperado sobre tres pilares que en conjunto producían lo que sus pacientes describían, cuando se referían a él entre sí, como un médico de confianza, que en ese contexto significaba varias cosas simultáneamente no todas ellas relacionadas con la medicina en sentido estricto. El primero era la disponibilidad: atendía en horarios en que los médicos de las instituciones públicas ya habían cerrado y a precios que los de las instituciones privadas no considerarían viables, lo que lo convertía en la opción natural para personas cuyas emergencias médicas tenían la mala costumbre de ocurrir en horas y en condiciones económicas que el sistema oficial no contemplaba. El segundo era la discreción: en veintisiete años de práctica había aprendido que una proporción significativa de los pacientes que llegaban a él traían situaciones que preferían mantener fuera de los circuitos institucionales, y que esa preferencia era en muchos casos perfectamente razonable dado el funcionamiento de esos circuitos, de los cuales el doctor Godínez tenía una opinión modesta que el tacto profesional le impedía expresar pero que la experiencia cotidiana le confirmaba constantemente. El tercero era la eficiencia burocrática: certificaba, firmaba y sellaba con una velocidad que los funcionarios de los grandes hospitales habrían encontrado alarmante y que sus pacientes encontraban invaluable en los momentos donde el tiempo entre la necesidad de un documento y la obtención de ese documento era la diferencia entre una situación manejable y una situación complicada.

Hasta ese octubre, el doctor Godínez había considerado esos tres pilares una combinación virtuosa que le permitía ser genuinamente útil a las personas de su colonia de maneras que el sistema oficial no alcanzaba a serlo. Lo que comenzó a ocurrir en octubre introdujo una variable que tardó más tiempo del que en retrospectiva habría sido conveniente en identificar explícitamente como tal.

Después de los casos de Emigdio Cervantes y Erasto Suárez, que habían llegado en un intervalo de tres semanas y que había resuelto con la eficiencia habitual, llegaron en las semanas siguientes tres casos adicionales que compartían entre sí características que la estadística ordinaria comenzaba a hacer difícil de clasificar como coincidencia. Los cinco fallecidos eran hombres. Los cinco tenían antecedentes documentados de consumo habitual de alcohol. Los cinco vivían en un radio que no superaba los dos kilómetros. Y los cinco, detalle que el doctor Godínez identificó claramente en el quinto certificado pero que tardó otros dos en reconocer como potencialmente significativo, tenían esposas que el vecindario describía con una variación de la misma frase: mujeres que habían tenido problemas domésticos de los que ya no tenían.

Un miércoles por la tarde, en el consultorio vacío después de la última cita, el doctor Godínez sacó sus cuadernos de registro y los revisó durante una hora con la concentración del médico que ha visto algo que no sabe si quiere haber visto. Los cuadernos confirmaron lo que había empezado a sospechar y añadieron detalles que hacían más difícil seguir mirando hacia otro lado con comodidad.

Fue al día siguiente a ver a don Mamerto.

La pulquería de don Mamerto era uno de esos establecimientos de barrio con la solidez de los negocios que llevan suficiente tiempo en el mismo lugar como para haberse vuelto parte del paisaje, con clientela fiel compuesta principalmente por hombres de mediana edad que encontraban ahí una combinación de bebida accesible y compañía que las campañas de salud pública llevaban décadas intentando desincentivar sin resultados que el doctor Godínez pudiera considerar concluyentes. Don Mamerto era un hombre de sesenta y tantos años con bigote generoso y la tranquilidad de quien ha procesado suficientes cosas en su establecimiento como para no sorprenderse fácilmente por ninguna.

—Mamerto —dijo el doctor Godínez, instalándose en el banco del mostrador con la naturalidad de visita frecuente—, necesito preguntarte algo.

Don Mamerto limpió el mostrador con el trapo que siempre tenía a mano para esas tareas y lo miró con la expresión del comerciante que recibe una pregunta de tono profesional y que prefiere saber la dirección antes de responder.

—Usted dirá, doctor.

—¿Has cambiado algo en el pulque últimamente? El proveedor, el proceso, algún ingrediente. Lo que sea.

—¿Algo malo pasó? —dijo don Mamerto, sin alterarse.

—No necesariamente —dijo el doctor Godínez, que había aprendido que en su profesión la negación tranquilizadora era una herramienta tan legítima como el estetoscopio—. Estoy haciendo seguimiento de algunos casos. Rutina médica.

—El pulque es el mismo de siempre —dijo don Mamerto—. El mismo tlachiquero de Hidalgo con quien llevo quince años, el mismo proceso de fermentación, los mismos recipientes. No cambió nada.

—¿Y los clientes? ¿Alguno se ha quejado de náuseas, dolores, algo inusual?

Don Mamerto pensó con la seriedad del que toma en serio una pregunta sobre su producto.

—El señor Fuentes dijo un martes que le había caído pesado —dijo—. Pero el señor Fuentes dice eso cada vez que su señora lo regaña cuando llega. No es indicador confiable.

El doctor Godínez casi sonrió.

—¿Y de los que ya no vienen? —dijo—. Emigdio Cervantes, Erasto Suárez.

Don Mamerto dejó de limpiar el mostrador. Miró al médico con una atención diferente.

—Los difuntos —dijo.

—Los difuntos —confirmó el doctor.

—Venían —dijo don Mamerto—. Emigdio casi todos los días, Erasto los viernes y sábados principalmente. —Hizo una pausa que tenía el peso de alguien que está eligiendo cuánto decir—. ¿Piensa que el pulque los mató?

—No pienso nada todavía —dijo el doctor Godínez.

—Porque si el pulque matara a la gente —dijo don Mamerto, con la lógica tranquila de quien lleva décadas en el negocio—, yo llevaría muertos sobre la conciencia que ni cuento. Y hasta donde sé, la conciencia me pesa muy poco.

El doctor Godínez bebió el pulque que don Mamerto había puesto frente a él sin preguntarle si lo quería, que era la cortesía de la casa para los clientes de confianza.

—¿Notaste algo diferente en ellos los últimos días antes de que murieran?

Don Mamerto consideró la pregunta con la honestidad de quien ha decidido que la honestidad es la respuesta correcta en esta conversación específica.

—Emigdio venía más callado las últimas semanas —dijo—. No es que fuera muy conversador de normal, pero algo estaba diferente. Como que algo no le cuadraba pero no sabía qué. —Una pausa—. Con Erasto no noté nada. Llegaba, bebía, se iba. Era de los que no complican.

—¿Y sus esposas? ¿Alguna vez venían por ellos?

—¿Por ellos? —don Mamerto miró al médico con algo que era entre sorpresa y diversión—. Doctor, en veintisiete años que lleva usted por aquí, ¿cuántas

veces ha visto llegar a una esposa a este establecimiento a buscar a su marido?

—Ninguna —admitió el doctor Godínez.

—Exacto —dijo don Mamerto—. Las esposas no vienen a buscarlos. Las esposas esperan. —Hizo una pausa—. O dejaban de esperar, en algunos casos.

El doctor Godínez terminó su pulque sin decir más. Pagó, se despidió con la cordialidad de siempre y caminó de vuelta al consultorio pensando en la hipótesis del pulque, que tenía la virtud de ser inocua pero el defecto de ser insuficiente: si el pulque fuera el problema, los casos serían muchos más, y además don Mamerto tenía razón en que llevaría décadas siendo el problema sin que nadie lo hubiera detectado.

La hipótesis más simple seguía siendo la hipótesis más simple.

Y seguía siendo la que el doctor Godínez se negaba metódicamente a examinar con la atención que le habría correspondido.

Esa tarde, en el consultorio, llegó una paciente de cuarenta años que presentó una molestia en la garganta que ambos sabían que no era la razón de la visita. El doctor Godínez la atendió con la eficiencia de las consultas que tienen un propósito no declarado que los dos conocen y ninguno nombra. Después de quince minutos de conversación sobre síntomas que no requerían diagnóstico porque no eran el punto, la mujer preguntó algo con la naturalidad cuidadosa de quien ha pensado la pregunta durante días antes de formularla.

—Doctor, si alguien toma algo que no debería tomar, ¿cuánto tarda en notarse?

El doctor Godínez la miró durante un momento con la atención del clínico que acaba de recibir una pregunta que tiene varias capas y que necesita decidir cuáles reconocer.

—Depende de qué tome y en qué cantidad —dijo, con la calma del que responde una pregunta técnica sin señalar que la pregunta no es del todo técnica.

—¿Y si tardara unos días en notarse? —dijo la mujer—. ¿Quedaría rastro?

—Volvería a depender —dijo el doctor Godínez—. Hay sustancias que dejan rastro fácilmente identificable y sustancias que no. Y hay análisis que detectan cosas que parecen naturales aunque no lo sean del todo. —Una pausa calculada con la precisión de veintisiete años de práctica—. Aunque esos análisis hay que pedirlos específicamente. Si nadie los pide, nadie los hace.

La mujer asintió despacio.

—¿Y usted los pide? —dijo—. Cuando certifica casos como los que ha habido últimamente.

El doctor Godínez la miró durante un tiempo ligeramente más largo que el que la respuesta requería.

—Cuando hay razón específica para pedirlos —dijo—. En hombres con el historial de salud que tenían los casos recientes, con los hábitos que tenían, la causa natural es la explicación más probable. Solicitar análisis adicionales sin evidencia clínica concreta que lo justifique es generar costos y complicaciones para las familias sin propósito claro.

—Entiendo —dijo la mujer.

—Bien —dijo el doctor Godínez.

Hubo un silencio que tenía la densidad de los silencios que confirman lo que ninguno de los dos ha dicho explícitamente pero que ambos han escuchado con perfecta claridad.

—¿Algo más en lo que pueda ayudarle? —dijo el doctor Godínez, con la cortesía de quien cierra una conversación que ha llegado a donde tenía que llegar.

—No —dijo la mujer—. Creo que ya está todo claro.

Pagó la consulta. Se fue. El doctor Godínez se quedó sentado frente a su escritorio durante varios minutos mirando el recetario en blanco con la expresión del hombre que acaba de tener la conversación que explica las conversaciones que no debería haber tenido con sus cuadernos de registro el miércoles anterior, y que al tenerla ha clausurado la posibilidad de seguir ignorando lo que estaba ignorando sin que la ignorancia fuera ya completamente involuntaria.

La diferencia entre no saber algo y decidir no saber algo es una frontera que la mayoría de las personas cruzan sin notarlo porque cruzarla produce menos incomodidad que detenerse en el borde a examinarla. El doctor Godínez había cruzado esa frontera esa tarde en el consultorio con la consulta de la mujer de la garganta que no le dolía, y lo había cruzado de la manera específica que lo hacen las personas que tienen mucho que perder con el conocimiento y relativamente poco que ganar con él: en silencio, con eficiencia, y sin dejar ningún rastro documental que pudiera resultar inconveniente.

Guardó el recetario. Apagó la lámpara del escritorio. Fue a ver la televisión, que era su método habitual para pensar en otra cosa cuando pensaba en algo que prefería no estar pensando.

En la pantalla hablaban de los avances en materia de igualdad de género, de los nuevos programas institucionales para atención a mujeres en situación de violencia, y de los resultados de una encuesta que mostraba que la ciudadanía confiaba cada vez más en las instituciones creadas para atender esos problemas. El conductor entrevistaba a una funcionaria que describía los logros con el entusiasmo específico de quien presenta resultados favorables en un foro donde nadie va a cuestionarlos.

—Los programas están funcionando —decía la funcionaria—. Los datos son contundentes.

El doctor Godínez la miró con la atención moderada del que mira algo sin verlo realmente.

—Los datos —dijo en voz baja, para nadie, con el tono del que hace un comentario a la pantalla con la conciencia de que la pantalla no responde.

Cambió de canal.

Había una telenovela donde alguien lloraba por razones que el doctor Godínez no conocía porque se había perdido los capítulos anteriores. Le pareció más descansado que la funcionaria.

Afuera, en la colonia, el nombre de Pachita seguía circulando con la discreción de las cosas importantes que se dicen entre personas que saben exactamente a quién decírselas y exactamente cómo decírselas para que lleguen sin dejar rastro inconveniente en el camino.

Y en el mercado Sonora, la caja de madera seguía abriéndose cada mañana con la puntualidad tranquila de los procesos que no necesitan acelerarse porque tienen el ritmo que corresponde a lo que son, que era un ritmo que ningún indicador de desempeño gubernamental habría podido medir y que sin embargo producía resultados que ningún programa gubernamental había conseguido producir en la misma zona durante el mismo período con presupuestos considerablemente más generosos.

Esa diferencia de resultados interesaría mucho, mucho más adelante, a personas con credenciales suficientes para estar interesadas en ella oficialmente.

Pero todavía no.

Por ahora el doctor Godínez veía la telenovela. Por ahora nadie conectaba nada. Y por ahora Pachita atendía a su siguiente clienta con la misma serenidad de siempre, que era la serenidad de quien hace lo que hace porque lo hace bien y porque hay personas que lo necesitan, sin requerir para ello ni audiencia ni reconocimiento ni ninguno de los elementos que hacen falta para que las instituciones consideren que algo existe.

CAPÍTULO 5

Los números del milagro

Dependencias municipales, Ciudad de México

Las estadísticas tienen una característica que sus creadores raramente mencionan en los informes donde aparecen: son tan útiles para comprender la realidad como para sustituirla. Cuando la realidad es incómoda, las estadísticas permiten hablar de ella sin verla. Cuando la realidad es opaca, las estadísticas ofrecen la ilusión de transparencia. Y cuando la realidad es incomprensible, las estadísticas producen la sensación de comprensión sin necesidad de que la comprensión ocurra realmente. Son, en ese sentido, el

instrumento más democrático de la confusión organizada: cualquier institución con acceso a datos y a software puede producirlas, y cualquier persona con acceso a un informe puede usarlas para explicar cosas que no comprende con la misma fluidez con que las usaría si las comprendiera, que es precisamente lo que las hace tan valiosas para los propósitos que los informes institucionales suelen tener.

El licenciado Primitivo Garza Mondragón, director de la Unidad de Análisis Estadístico y Seguimiento de Indicadores de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad, descubrió los números un martes ordinario de noviembre mientras revisaba los reportes trimestrales con la rutina del funcionario que ha revisado suficientes reportes trimestrales como para saber que los reportes trimestrales raramente contienen sorpresas. Este contenía una, y era del tipo que el licenciado Garza Mondragón había aprendido, en dieciséis años de carrera, a identificar con la velocidad de quien distingue el oro de la pirita no porque sea experto en minerales sino porque ha visto suficiente pirita.

Las denuncias por violencia doméstica en varias colonias del poniente de la ciudad habían disminuido en un porcentaje que el programa estadístico identificó de inmediato como significativo. La tendencia era consistente a lo largo de varios meses y coincidía geográficamente con zonas donde varios programas de la secretaría llevaban operando más de un año.

El licenciado Garza Mondragón era un funcionario que había aprendido a distinguir con precisión entre dos categorías de noticias: las que generaban trabajo, que señalaban problemas que había que resolver y requerían diagnósticos, propuestas y rendición de cuentas, y las que generaban reconocimiento, que señalaban logros que había que celebrar y requerían comunicados, presentaciones y la gratificante experiencia de que personas más importantes miraran con aprobación. La disminución de la violencia doméstica era, sin posibilidad de confusión, de la segunda categoría. Y en una carrera que llevaba dieciséis años navegando entre las dos, las noticias de la segunda categoría se identificaban y se capitalizaban con urgencia, porque aparecían con menos frecuencia que las de la primera y tenían una vida útil que dependía de cuán rápido las encontrara quien correspondía encontrarlas.

Llamó a su secretaria.

—Lorenza, necesito una presentación con estas cifras para la reunión de coordinación del jueves.

—¿Qué información incluimos, licenciado?

—Todo lo que tenemos sobre las colonias del poniente —dijo el licenciado, pasándole los folios con la energía específica de quien ha encontrado algo y quiere mostrarlo antes de que alguien más lo encuentre—. Comparativos históricos, desagregación por colonia, tendencia mensual. Que se vea bien.

—¿Cuántas diapositivas?

—Las que necesite para que se entienda todo —dijo el licenciado Garza Mondragón—. Pero que no sean pocas. Que se note que hay sustancia.

Lorenza asintió con el automatismo de los doce años de trabajo juntos y se fue a preparar algo que tendría sustancia y que se vería bien, que no siempre eran la misma cosa pero que en las presentaciones para reuniones de coordinación podían serlo si uno sabía manejar los gráficos.

La presentación del jueves fue recibida con el entusiasmo que el licenciado había anticipado, que era el entusiasmo específico de las reuniones de coordinación cuando alguien lleva buenas noticias a un ambiente donde las buenas noticias son suficientemente infrecuentes como para producir un efecto casi físico de alivio colectivo. Los titulares de las distintas áreas escucharon las cifras con atención creciente, hicieron preguntas sobre metodología con el tono de quienes verifican la solidez de algo que desean que sea sólido, y llegaron al final de la presentación con la conclusión que la presentación había sido diseñada para producir: los programas de la secretaría estaban funcionando.

El director general llegó tarde porque tenía otra reunión, se incorporó en el momento exacto en que las gráficas mostraban las tendencias más favorables, sacó su teléfono y fotografió la pantalla.

—Esto va al secretario esta tarde —dijo, guardando el teléfono con la satisfacción del coleccionista que ha encontrado una pieza valiosa—. ¿Qué programas son los que están jalando?

El licenciado Garza Mondragón hizo una pausa de exactamente la duración correcta para parecer reflexivo sin parecer inseguro.

—Es el trabajo acumulado de varias áreas —dijo—. Los talleres de sensibilización, la atención jurídica, las brigadas comunitarias. Los efectos son sinérgicos.

—Sinérgicos —repitió el director general, con el tono del que ha escuchado una palabra que suena bien aunque su contenido exacto no le resulte completamente claro—. Perfecto. Eso ponemos en el comunicado.

En la reunión siguiente, convocada para socializar los hallazgos con todas las áreas, ocurrió lo que ocurre inevitablemente cuando un logro colectivo se presenta sin atribuirse a ninguna parte específica: cada parte comenzó a atribuírselo. La coordinadora de talleres fue la primera en hablar.

—Llevamos tres años con el programa Hombres por la Igualdad —dijo la licenciada Estrada, con la convicción de quien ha estado esperando exactamente este momento—. La correlación entre las zonas donde operamos y las zonas donde bajan las cifras es muy clara.

—También coincide con las zonas donde opera atención jurídica —dijo el licenciado Torres, del área de servicios legales, con el tono del que lleva varios minutos esperando para decir eso exactamente.

—Y con las rutas de las brigadas comunitarias —añadió alguien desde el fondo de la sala.

—Los tres programas operan en zonas similares —dijo la licenciada Estrada, con la firmeza de quien no está dispuesta a que la correlación se diluya en tres correlaciones iguales—. Pero el nuestro lleva más tiempo activo y trabaja directamente con hombres en riesgo.

—Trabajar con hombres en riesgo y reducir la violencia doméstica son dos cosas que pueden correlacionarse sin que una cause la otra —dijo el licenciado Torres, con la precisión del que ha estudiado metodología de investigación más recientemente que la licenciada Estrada.

—Eso mismo podría decirse de la atención jurídica —respondió la licenciada Estrada.

—Podría decirse de cualquiera de los tres —dijo el licenciado Garza Mondragón, que observaba el debate con la serenidad del árbitro que sabe que su función es terminar el partido, no ganarlo—. Por eso hablamos de efectos sinérgicos. Ninguno de los tres programas por sí solo explica el resultado. La combinación sí.

Hubo un silencio de cuatro segundos en que todos procesaron que sinérgico era la palabra que impedía que cualquiera ganara el argumento y que por tanto era la palabra correcta para esa reunión. La licenciada Estrada y el licenciado Torres se miraron con la expresión compartida de quienes han sido detenidos por el árbitro y que no están de acuerdo con el marcador pero que reconocen que el juego ha terminado.

—¿Cómo lo comunicamos? —dijo el director general.

—Eso es para Rebeca —dijo el licenciado Garza Mondragón.

Rebeca Montiel, directora de Comunicación Social, era una mujer que llevaba doce años construyendo relatos sobre los logros de las instituciones que dirigían sus jefes con la creatividad específica de quien debe hacer que las cosas suenen bien independientemente de si son tan buenas como suenan, y que había llegado a ese punto de su carrera con la convicción pragmática de que la diferencia entre un logro real y un logro comunicable era una diferencia de forma y no de fondo.

—Necesito el ángulo humano —le dijo a su equipo esa misma tarde—. Las estadísticas son buenas pero necesitamos una historia. Una mujer que salió de la violencia gracias a los programas. Un testimonio real. Que se entienda que detrás de los números hay personas.

—¿Buscamos en la base de datos de beneficiarias? —dijo su asistente.

—Sí, pero que sea alguien que hable bien —dijo Rebeca—. Articulada, que genere empatía. Que no suene a guión aunque el guión esté bien preparado. —Hizo una pausa—. Y que el caso sea razonablemente atribuible a nuestros programas, aunque la atribución no sea perfecta.

—¿Qué tan imperfecta puede ser?

—Lo suficientemente imperfecta para que sea real y lo suficientemente perfecta para que funcione —dijo Rebeca, con la filosofía de los que trabajan en la intersección entre la verdad y la utilidad—. En comunicación

institucional no buscamos perfección. Buscamos plausibilidad con buena narrativa.

Seleccionaron a Esperanza García, cuarenta y ocho años, beneficiaria de un taller de desarrollo personal, con la habilidad de articular su experiencia con fluidez y con un caso que presentaba los elementos narrativos que el comunicado requería: mujer en situación de vulnerabilidad que accede a programas institucionales y experimenta una transformación. Que la transformación de Esperanza tuviera causas más complejas y más diversas que la narrativa lineal del comunicado era un detalle que el proceso de producción de comunicados institucionales no tenía mecanismo para incorporar, y que por tanto no se incorporó.

La entrevista con Esperanza duró cuarenta y cinco minutos. El equipo de Rebeca tomó notas, grabó audio con permiso explícito, y al final le explicó que su historia aparecería en un comunicado de la secretaría que destacaba los avances en materia de violencia doméstica. Esperanza firmó la autorización con la gratitud de quien recibe atención inesperada y con la certeza, que nadie había perturbado porque nadie tenía incentivos para perturbarla, de que la historia que contaría el comunicado era su historia.

Era su historia en el sentido de que los hechos mencionados habían ocurrido.

Era también, en el sentido de que la causalidad implícita correspondía a una versión simplificada de una realidad más complicada, una historia parcialmente construida para el propósito que tenía que cumplir. Pero esa distinción era del tipo que las instituciones raramente tienen tiempo de examinar cuando los plazos de publicación presionan y los directores generales esperan resultados.

El comunicado salió el viernes. Fue reproducido por ocho medios digitales, cuatro estaciones de radio y dos canales de televisión local, con el tono de los contenidos que no requieren verificación porque provienen de fuentes oficiales y porque la verificación tomaría más tiempo del que el ciclo de noticias permite.

Dionisia Cervantes lo escuchó ese viernes por la tarde mientras acomodaba libros en el estante que Emigdio nunca había permitido que existiera porque los libros, según Emigdio, eran para los que no tenían nada mejor que hacer. Escuchó los nombres de los programas que supuestamente habían producido los cambios. Recordó las visitas a esas instituciones. Recordó la funcionaria Esperanza del Ministerio Público que pensaba en el almuerzo mientras llenaba los formularios. Recordó la trabajadora social Guadalupe y su respuesta de que la duración del refugio dependía de cada caso. Recordó los dos expedientes con sus números que sin el papel no existían pero que con el papel tampoco habían existido de ninguna manera práctica.

Puso otro libro en el estante.

Sonó el teléfono. Era su hija menor desde Puebla.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bien —dijo Dionisia—. Estoy acomodando libros.

—¿Libros? —La sorpresa en la voz de su hija era genuina, porque en la memoria de esa hija no había estantes con libros en ese departamento—. ¿Desde cuándo tienes libros?

—Desde siempre —dijo Dionisia—. Los tenía guardados.

—¿Y los estás sacando?

—Los estoy sacando —dijo Dionisia.

Hubo una pausa breve cargada con algo que la hija no nombró porque nombrarlo habría requerido entender cosas que todavía no estaba lista para entender del todo.

—¿Necesitas algo, mamá?

—No —dijo Dionisia—. Estoy bien. Saluda a los niños de mi parte.

Colgó. Puso otro libro. El comunicado seguía sonando en la radio con los logros de los programas que no habían producido ninguno de los cambios que celebraban. Las instituciones seguían atribuyéndose un logro que no les correspondía con la fluidez de los sistemas que han aprendido a apropiarse de los resultados favorables con la misma naturalidad con que delegan los desfavorables a factores externos fuera de su control.

Y en el mercado Sonora, Pachita atendía a una nueva clienta que había llegado preguntando por algo que no sabía nombrar exactamente pero que describía, como todas las que llegaban, con la misma historia que era siempre diferente en los detalles y completamente idéntica en lo que importaba: alguien que había intentado todo lo que las instituciones ofrecían y que llegaba al Sonora porque le faltaba intentar lo que las instituciones no ofrecían.

Pachita la escuchó con la misma atención de siempre.

Luego abrió la caja de madera.

CAPÍTULO 6

Los expertos llegan

Ciudad de México, universidades y centros de investigación

La academia tiene una relación con la realidad que es más complicada de lo que sus propios habitantes suelen reconocer. No es que los académicos ignoren la realidad. Es que la procesan a través de un sistema de filtros tan elaborado, con tantas capas de metodología, teoría, validación por pares y posicionamiento epistemológico, que lo que llega al final del proceso tiene frecuentemente la textura de la realidad sin tener necesariamente su contenido. Es como un jugo de naranja hecho con concentrado: el sabor es reconocible, el empaque dice naranja, y la diferencia con el original es algo que solo quien ha probado el original puede detectar con precisión. Esto no

es una crítica a la academia, o no es únicamente una crítica a la academia: es una descripción de lo que ocurre cuando los instrumentos de conocimiento se vuelven más complejos que el objeto que intentan conocer, que es una tendencia que afecta a todas las disciplinas aunque unas la reconozcan más honestamente que otras.

Las estadísticas favorables llegaron a los pasillos universitarios con la velocidad que llegan los fenómenos que prometen producir publicaciones. En los departamentos de sociología, trabajo social, psicología social, estudios de género y políticas públicas comenzaron a circular conversaciones sobre un caso que merecía ser estudiado. La reducción de la violencia doméstica en zonas urbanas específicas era exactamente el tipo de fenómeno que justificaba financiamiento, producía artículos, y permitía demostrar que la investigación académica tenía aplicaciones prácticas, que era el argumento que los investigadores usaban ante los comités que otorgaban los financiamientos y que los comités usaban ante las instancias que financiaban a los comités, en una cadena de justificaciones mutuas cuya solidez era inversamente proporcional a la profundidad con que cada eslabón examinaba al siguiente.

El primero en llegar fue el doctor Aurelio Meneses Solórzano, coordinador del Área de Investigación en Violencia Social de una universidad pública cuyo nombre incluía las palabras autónoma y nacional, que eran en ese contexto las dos palabras que indicaban que la institución era lo suficientemente importante para que sus investigadores fueran tomados en serio. El doctor Meneses tenía cincuenta y dos años, cuatro libros publicados, decenas de artículos en revistas que se citaban entre sí con la entusiasta reciprocidad de los sistemas cerrados, y una maleta con ruedas de tamaño apropiado para equipaje de mano que era ya casi un rasgo de identidad profesional dados los congresos que asistía anualmente.

Llegó a la zona de estudio con tres estudiantes de posgrado en fase de recopilación de datos para sus respectivas tesis, quienes habían aprendido que participar en los proyectos del doctor Meneses era una manera eficiente de generar material siempre y cuando uno aceptara que la autoría de los productos finales seguiría cierta jerarquía que los usos y costumbres académicos establecían sin necesidad de explicitar.

La primera reunión del equipo, en una cafetería cercana a la zona de estudio, fue donde el doctor Meneses estableció el marco del proyecto con la autoridad de quien sabe que el marco es la mitad del trabajo.

—El fenómeno está documentado estadísticamente —dijo el doctor Meneses, con las cifras de la secretaría extendidas sobre la mesa—. Lo que nos falta es la explicación causal. ¿Cuál de los factores identificados en la literatura es el que está operando aquí?

—¿No podría ser una combinación? —dijo Rodrigo, el estudiante que había llegado más recientemente al equipo y que todavía no había aprendido a calibrar qué preguntas convenía hacer en qué momentos.

—Inevitablemente es una combinación —dijo el doctor Meneses—. Pero los artículos que producen impacto identifican los factores dominantes. No podemos publicar diciendo que todo contribuye un poco. Eso no es análisis, es descripción.

—¿Y cómo sabemos cuál es el dominante antes de hacer el estudio? —dijo Rodrigo.

El doctor Meneses lo miró con la paciencia del que lleva veinte años explicando cosas que considera evidentes.

—No lo sabemos antes —dijo—. Por eso hacemos el estudio. Pero el diseño metodológico parte de las hipótesis más respaldadas por la literatura. No empezamos desde cero. Empezamos desde donde la disciplina ha llegado.

Rodrigo anotó eso en su cuaderno. Lo anotó literalmente, con comillas, como alguien que no está seguro de si lo que escucha es una respuesta o es la descripción del problema.

Los cuestionarios fueron aplicados durante tres semanas por los estudiantes de posgrado con la diligencia de quienes necesitan los datos para sus propias tesis. Las mujeres entrevistadas respondieron con la disposición de quien ha aprendido que los investigadores llegan periódicamente con cuestionarios y que responderlos es más sencillo que explicar por qué no se quiere hacerlo. Lo que dijeron era cierto: habían estado expuestas a campañas institucionales, conocían la existencia de los programas, tenían cierto nivel de información sobre sus derechos. Lo que no dijeron fue lo que los cuestionarios no preguntaban, que era una categoría más amplia que lo que preguntaban aunque ningún cuestionario tenga mecanismo para registrar su propio tamaño.

En la reunión de análisis, el doctor Meneses distribuyó los resultados preliminares con la satisfacción del que encuentra en los datos lo que el marco teórico prometía que estaría ahí.

—Los patrones son consistentes con la hipótesis de la exposición acumulada —dijo—. Las zonas con mayor reducción son las que tienen más tiempo de intervención institucional. La correlación es clara.

—¿Y la dirección causal? —dijo la estudiante de trabajo social del equipo.

—En ciencias sociales la causalidad siempre es inferida —dijo el doctor Meneses, con la firmeza de quien ha dicho eso suficientes veces como para que suene a principio y no a limitación—. Lo que podemos decir con rigor es que los datos son consistentes con la hipótesis.

—¿Y si hay una variable que no medimos que explica todo? —dijo Rodrigo.

El doctor Meneses lo miró de nuevo. Esta vez la paciencia tenía menos grosor que la vez anterior.

—En investigación siempre puede haber variables no medidas —dijo—. Por eso la ciencia es acumulativa. Este estudio contribuye a la discusión. Otros estudios completarán el cuadro. Así funciona el conocimiento.

Rodrigo anotó eso también. Sin comillas esta vez, porque no estaba seguro de si era más o menos verdad que la cita anterior.

La segunda investigadora en llegar fue la doctora Fernanda Villanueva Alcántara, del Centro de Estudios de Género de otra institución, cuya perspectiva teórica difería de la del doctor Meneses en varios aspectos metodológicos que habían sido objeto de debates académicos suficientemente intensos como para haber producido dos réplicas publicadas y una tensión perceptible en los congresos donde los dos coincidían. La doctora Villanueva hacía entrevistas largas con pocas personas en lugar de cuestionarios cortos con muchas, lo que producía material más rico en detalle y más difícil de generalizar estadísticamente, y generaba el tipo de publicaciones que aparecían en revistas distintas a las del doctor Meneses aunque todas pertenecieran al mismo universo donde cada quien citaba a los suyos y los suyos a cada quien.

La primera entrevista larga de la doctora Villanueva fue con una mujer del tercer piso del edificio de Evangelina. La entrevista duró noventa minutos y produjo material sobre percepciones de seguridad, estrategias de resistencia, redes de apoyo informal y experiencias con las instituciones que la doctora Villanueva encontró genuinamente valioso porque correspondía a los temas que su marco teórico consideraba relevantes.

En algún punto de esa entrevista, la mujer hizo una pausa en medio de una respuesta sobre las redes informales de apoyo en la comunidad. Era una pausa de las que tienen peso propio.

—¿Hay algo más que quiera agregar? —dijo la doctora Villanueva, con la sensibilidad de la entrevistadora experimentada que detecta los silencios significativos.

La mujer la miró un momento.

—No —dijo—. Es todo.

La doctora Villanueva anotó en sus notas: sujeto muestra posible contención en tema de redes informales. Explorar en análisis.

Lo que no anotó, porque no tenía categoría para anotarlo, era la sensación de que lo que la mujer había decidido no decir era más relevante que lo que había dicho. Era una sensación que la investigadora cualitativa experimentada reconoce pero que el aparato metodológico no sabe qué hacer con ella, porque el aparato metodológico está diseñado para procesar lo que se dice y no lo que se decide no decir, que es una asimetría que nadie ha resuelto satisfactoriamente en ninguna tradición de investigación disponible.

En la reunión de síntesis que la doctora Villanueva tuvo con su propio equipo, uno de sus estudiantes preguntó algo que había estado pensando desde la segunda semana de trabajo de campo.

—¿No les parece raro que en todas las entrevistas haya ese mismo punto donde la persona como que... se detiene?

—¿A qué te refieres? —dijo la doctora Villanueva.

—Es difícil de describir —dijo el estudiante—. Pero en casi todas hay un momento donde la entrevistada llega a algo y luego lo rodea en lugar de entrar. Como si hubiera algo en el centro que no quieren decir directamente.

La doctora Villanueva lo miró con la atención de quien reconoce una observación interesante y simultáneamente evalúa qué hacer con ella.

—Es un patrón que puede tener varias explicaciones —dijo—. Puede ser la desconfianza natural ante una investigadora externa. Puede ser que haya temas culturalmente delicados en esas comunidades que requieren más tiempo para ser abordados. Puede ser que las categorías de nuestras preguntas no correspondan exactamente a las categorías en que ellas organizan su experiencia.

—¿O puede ser que haya algo concreto que no quieren decir? —dijo el estudiante.

—También puede ser eso —admitió la doctora Villanueva—. Pero sin más datos específicos no podemos distinguir entre esas posibilidades. Lo que sí podemos hacer es incorporar en el análisis la observación de que existe este patrón de contención y reflexionar sobre sus implicaciones metodológicas.

El estudiante asintió. La observación fue incorporada al análisis como reflexión metodológica sobre los límites de la entrevista cualitativa en contextos de alta vulnerabilidad. Era una reflexión legítima que señalaba un problema real. Era también, en términos de lo que el problema real era exactamente, una manera de hablar de la pregunta sin hacerla.

Rodrigo, el estudiante del equipo del doctor Meneses que había estado al borde de algo en el mercado Sonora, tuvo una conversación con una de las estudiantes del equipo de la doctora Villanueva en el bar donde ambos equipos habían terminado coincidiendo al final de una jornada de trabajo de campo.

—¿Ustedes también sienten que hay algo que no cuadra? —dijo Rodrigo.

La estudiante lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—No sé cómo explicarlo —dijo Rodrigo—. Las entrevistas y los cuestionarios producen respuestas que tienen sentido dentro de lo que preguntamos. Pero cuando caminas por el barrio hay algo más que no estamos capturando con ninguno de los dos métodos.

—La doctora Villanueva dice que es un problema metodológico —dijo la estudiante—. Que necesitamos más tiempo de inmersión para ganar la confianza suficiente.

—Yo creo que es un problema de preguntas —dijo Rodrigo—. Que no estamos preguntando lo correcto.

—¿Y qué sería lo correcto?

Rodrigo pensó en el puesto del mercado Sonora, en la fila de tres mujeres con esa paciencia específica de quien espera algo importante, en la sensación de que ahí había algo que su metodología no le había dado instrumentos para ver.

—No lo sé todavía —dijo—. Pero creo que está en el mercado.

—¿En el mercado?

—En el Sonora —dijo Rodrigo—. Hay un puesto que me llamó la atención. Con mucha clientela. Clientela muy particular.

La estudiante lo miró con la expresión de quien evalúa si lo que escucha merece ser tomado en serio o amablemente descartado.

—Eso suena a etnografía del mercado —dijo—. Está fuera del alcance de tu estudio, ¿no?

—Sí —dijo Rodrigo.

—Entonces.

—Entonces nada —dijo Rodrigo, bebiendo su cerveza—. Solo lo menciono.

Al día siguiente, en la reunión de equipo, no lo mencionó. Había aprendido que mencionar cosas que están fuera del alcance del estudio produce el mismo tipo de mirada paciente y ligeramente cansada que el doctor Meneses había perfeccionado durante dos décadas de dirigir equipos de investigación, y esa mirada tenía un costo en términos de la relación de trabajo que Rodrigo todavía necesitaba para terminar su tesis.

Mantuvo el foco.

Y Pachita siguió atendiendo a sus clientes con el frasco de vidrio oscuro y las instrucciones de siempre, sin imaginar que un estudiante de maestría había estado a tres metros de la respuesta que los doctores Meneses y Villanueva y todos los que vendrían después llevarían años buscando con métodos cada vez más sofisticados en lugares cada vez más alejados de donde estaba, que era exactamente la dinámica que esta historia existe para documentar.

CAPÍTULO 7

La expansión silenciosa

Ciudad de México y municipios aledaños

Las cosas que se transmiten de boca en boca tienen una arquitectura completamente diferente de las cosas que se transmiten por los canales oficiales, y esa diferencia no es únicamente de forma sino de naturaleza. Los canales oficiales transmiten información hacia abajo, desde quien la posee hacia quien se supone que la necesita, con la eficiencia específica de los sistemas diseñados para llegar a mucha gente y la ineficiencia igualmente específica de los sistemas que llegan a mucha gente sin

preguntarse si la gente quiere lo que llega. La transmisión boca a boca, en cambio, va en todas las direcciones al mismo tiempo, no distingue entre emisor y receptor porque cada persona es ambas cosas simultáneamente, y selecciona su propio contenido con la precisión de los mecanismos que evolucionaron durante milenios antes de que existieran las dependencias gubernamentales de comunicación social ni las estrategias de difusión con perspectiva de género.

Lo que circulaba en la red que se había formado alrededor de Pachita tenía las características de la información que viaja bien por ese tipo de canales: era específica, era verificable por los resultados que producía, y respondía a una necesidad que los canales oficiales no habían logrado atender. No viajaba como noticia sino como recomendación, y no llegaba anunciándose sino disfrazada de conversación ordinaria, de comentario lateral en medio de otro tema, de silencio significativo seguido de una pregunta que quien preguntaba ya sabía cómo formular.

La red no tenía estructura ni liderazgo ni reuniones ni minutas ni ninguno de los elementos que las instituciones requieren para reconocer la existencia de algo como entidad con la que se puede interactuar formalmente. Era simplemente un conjunto de relaciones entre mujeres que compartían experiencias similares y que por esa razón se comunicaban información que les parecía relevante para esas experiencias. Las feministas académicas que llegarían después a estudiar el fenómeno lo llamarían, con sus herramientas conceptuales, una red de solidaridad horizontal con características de capital social vinculante. Las mujeres que la formaban, cuando se referían a ella de alguna manera, la llamaban saber a quién preguntarle, que era una descripción más corta y más precisa aunque no fuera citable en revistas indexadas.

Expandió primero hacia las colonias vecinas, siguiendo las líneas de los vínculos preexistentes con la naturalidad de los procesos que no necesitan planificación porque el terreno ya está trazado. Las hermanas que vivían en distintas colonias. Las comadres que se veían en las mismas iglesias. Las amigas de infancia dispersadas por el tiempo pero no por el afecto. Las compañeras de los mercados informales donde muchas vendían, compraban o trabajaban. Cada nodo nuevo de la red producía nuevas posibilidades de expansión que se activaban o no según la evaluación que cada mujer hacía de quién era la persona adecuada para recibir determinada información en determinadas circunstancias.

Esa evaluación nunca se articulaba como criterio explícito pero existía con la consistencia de los códigos que funcionan precisamente porque no necesitan ser explicados entre quienes los comparten.

En la colonia Doctores, una tarde de diciembre, dos vecinas conversaban en la escalera del edificio con la naturalidad de quien comparte el tiempo de espera del elevador que siempre tarde.

—¿Cómo está tu mamá? —dijo la primera.

—Mejor —dijo la segunda, con un tono que contenía más información de la que la palabra transmitía—. Mucho mejor, de hecho.

La primera la miró un momento.

—¿Mejor cómo?

—Mejor en paz —dijo la segunda—. Ya sabe lo que es estar en paz.

Hubo un silencio de tres segundos que en otro contexto no habría significado nada y que en ese contexto lo significaba todo.

—¿Encontró algo que le ayudara? —dijo la primera, cuidadosamente.

—Encontró algo —dijo la segunda—. Alguien le recomendó. Una señora en el Sonora.

El elevador llegó. Ambas entraron. En los seis pisos que tardó en subir se dijo lo necesario con la economía de quien sabe que lo necesario no es mucho cuando el terreno común ya está establecido.

En Tepito, el tema circulaba con una variante que la geografía y el carácter del barrio producían naturalmente: se hablaba del precio antes que de nada, porque en Tepito el precio era siempre información relevante y su evaluación antecedía a cualquier otra consideración. El precio resultaba razonable para la mayoría de las que llegaban a preguntar, aunque no trivial, y esa combinación lo hacía creíble de una manera específica: los remedios gratuitos producen desconfianza porque nada verdaderamente valioso es gratuito, y los remedios excesivamente caros producen la sospecha de la extorsión, pero los que cuestan lo que cuestan sin pretender costar menos ni más tienen la honestidad de los precios que corresponden a lo que se ofrece.

—¿Y funciona? —preguntó una mujer en una conversación de mercado en Tepito, con el pragmatismo directo que el barrio producía en sus habitantes.

—Funciona —dijo su interlocutora.

—¿Cómo sabes que no es coincidencia?

—Porque a mi cuñada le funcionó, a la vecina del quinto le funcionó, y a la prima de la vecina del quinto le funcionó —dijo la primera—. Tres coincidencias seguidas ya no son coincidencias. Son estadística.

Era un argumento que el doctor Meneses habría encontrado metodológicamente cuestionable y que sin embargo era exactamente el tipo de razonamiento inductivo que los seres humanos usan para tomar decisiones en ausencia de estudios controlados, que es la condición en que los seres humanos toman la mayoría de sus decisiones.

En Iztapalapa, donde la red llegó más tarde y con mayor cautela porque los vínculos con esa zona eran más indirectos y porque en Iztapalapa la presencia de servicios institucionales era más densa y por tanto la posibilidad de que la información llegara a oídos inconvenientes era más real, el tema se manejaba con un cuidado adicional que sus participantes no describían como precaución sino simplemente como sentido común.

—¿Se puede hablar de esto por teléfono? —preguntó una mujer a quien le habían pasado el contacto de alguien que conocía a alguien que había estado en el Sonora.

—Mejor en persona —dijo la otra.

—¿Por qué?

—Porque las cosas que importan se dicen en persona —dijo la segunda, con la filosofía práctica de quien no siente necesidad de elaborar más.

Se reunieron en persona. Lo que se dijo se dijo como debía decirse. Y la información llegó a donde tenía que llegar con el grado de precisión y el grado de discreción que el caso requería.

Los certificados médicos continuaban su producción con la regularidad de los documentos que describen efectos sin conocer causas. El sistema médico de la ciudad, fragmentado en miles de consultorios privados con mínima comunicación entre sí y sin mecanismo de vigilancia epidemiológica que operara a la velocidad a que los eventos ocurrían, era perfectamente incapaz de ver el patrón que el conjunto formaba. Cada médico veía su propio caso. Cada caso era individualmente explicable. Y la suma de los casos individualmente explicables producía un patrón que solo era visible si alguien miraba la suma, y nadie estaba mirando la suma porque nadie tenía razón para hacerlo.

Era el complemento perfecto de la red de Pachita: un sistema que por su propio diseño garantizaba que lo que ocurría no sería detectado, no por complicidad sino porque así estaba construido, con la eficiencia inadvertida de las cosas que se protegen a sí mismas sin haber sido diseñadas específicamente para hacerlo.

La expansión geográfica produjo también una diversificación en los perfiles de quienes llegaban al puesto del mercado Sonora. Las primeras clientas habían sido mujeres de la Colonia Guerrero con situaciones prácticamente idénticas en su estructura: violencia doméstica reiterada, agotamiento de las opciones institucionales, desesperación acumulada. Después llegaron mujeres de otras colonias con variaciones sobre el mismo tema fundamental. Y después llegaron, con mayor lentitud pero con constancia, mujeres cuyas situaciones eran variantes del problema: la hermana que pedía el remedio para alguien que no podía venir. La vecina que lo compraba para guardarlo por si acaso, que era una forma de previsión que Pachita atendía sin comentar.

Una tarde llegó una mujer que era diferente de todas las anteriores en un aspecto que Pachita identificó antes de que la mujer dijera la primera palabra: venía con duda, no con desesperación. La desesperación tenía su propia textura en la cara y en el cuerpo de quienes la cargaban; la duda tenía otra.

—Me dijeron que usted tiene algo —dijo la mujer, mirando los frascos del puesto con la evaluación de quien no sabe exactamente qué está buscando.

—¿Qué le dijeron que tengo? —dijo Pachita.

—Un remedio —dijo la mujer—. Para problemas domésticos.

Pachita la miró con la atención que dedicaba a las primeras impresiones, que era una atención diferente de cualquier otra atención porque contenía la evaluación que determinaba si lo que seguía era una conversación o una despedida amable.

—¿Qué tipo de problema?

La mujer dudó.

—Mi marido no es violento —dijo finalmente—. Pero tampoco es buena persona. Y mi vecina me dijo que usted resuelve esas cosas.

—Su vecina le dijo mal —dijo Pachita, con la serenidad de quien ha dado esa respuesta antes y sabe cómo darla sin que duela más de lo necesario—. Lo que yo tengo es para situaciones específicas. La suya no es una de ellas.

—¿Cómo sabe cuál es mi situación si no me ha escuchado?

—La he escuchado —dijo Pachita—. Me dijo que su marido no es violento.

La mujer lo consideró.

—¿Y eso es suficiente para que no me atienda?

—Es suficiente para que la remita a alguien que pueda ayudarla mejor —dijo Pachita—. Hay una trabajadora social en la colonia vecina que atiende los lunes y miércoles. Tiene más herramientas que yo para lo que usted describe.

La mujer se fue con la dirección de la trabajadora social en el bolsillo y la expresión de quien ha recibido una respuesta que no esperaba pero que no puede calificar de injusta. Pachita la vio alejarse entre los puestos del mercado con la serenidad de quien ha hecho lo correcto aunque lo correcto no sea siempre lo más fácil de explicar.

Lo que Pachita evaluaba en esas primeras miradas era algo que ella nunca habría podido articular en los términos que una psicóloga o una trabajadora social encontrara reconocibles, pero que funcionaba con una consistencia que sus resultados documentaban silenciosamente. No era la desesperación por sí sola ni la necesidad por sí sola. Era algo más específico que tenía que ver con el agotamiento real de las alternativas reales y con la naturaleza del daño y con la persona que llegaba a pedir que se resolviera.

En diecisiete años de atender clientas, Pachita no había fallado en esa evaluación.

Eso, que ningún indicador gubernamental medía ni mediría, era quizás la diferencia más significativa entre lo que Pachita hacía y lo que las

instituciones creadas para hacer lo mismo hacían: que ella evaluaba correctamente y ellas no, no por falta de recursos ni de buena voluntad sino porque la evaluación correcta requería exactamente el tipo de conocimiento que los sistemas formales producen menos cuanto más se formalizan.

Las colonias de la ciudad iban registrando, en sus estadísticas que nadie había diseñado para registrar nada en particular, el rastro silencioso de una transformación que nadie había diseñado para que ocurriera. Y en las dependencias municipales, los informes trimestrales seguían mostrando tendencias que los licenciados y las licenciadas seguían atribuyendo a los programas que los licenciados y las licenciadas administraban, con la convicción genuina de quien ve un efecto y asume que lo produce la causa más cercana que tiene a mano.

Que la causa real estuviera en un puesto del mercado Sonora atendido por una anciana con una caja de madera era una posibilidad que nadie en ninguna dependencia, en ninguna universidad, en ningún observatorio ni en ningún centro de investigación había considerado todavía.

Pero el tiempo, que tiene sus propios ritmos independientes de los ritmos institucionales, seguía avanzando.

Y con él, también la historia.

CAPÍTULO 8

El observatorio regional

Ciudad de México, edificio institucional con estacionamiento propio

Cuando un fenómeno produce estadísticas suficientemente favorables durante suficiente tiempo, llega inevitablemente el momento en que las estadísticas favorables producen algo que es más grande que ellas mismas: producen una institución. Es la lógica interna de los sistemas burocráticos, tan constante como la ley de gravedad y tan inevitable como ella: el éxito genera estructura, la estructura genera presupuesto, el presupuesto genera personal, el personal genera informes, los informes demuestran que la estructura era necesaria, y la demostración justifica más presupuesto para más personal que produzca más informes que demuestren que la estructura sigue siendo necesaria. Es un ciclo que se alimenta a sí mismo con la eficiencia de los sistemas que han encontrado la manera de convertir su propia existencia en su principal producto, lo cual es una hazaña que el mercado privado raramente consigue pero que el sector público ha perfeccionado a lo largo de décadas de práctica sostenida.

El Observatorio Regional para el Análisis Integral de la Violencia Doméstica fue creado por decreto publicado en la Gaceta Oficial un martes de febrero con la solemnidad que los decretos tienen cuando representan el tipo de decisión que nadie va a cuestionar públicamente porque cuestionar la creación de un organismo dedicado a estudiar la violencia doméstica

requeriría un tipo de cinismo que pocos funcionarios están dispuestos a demostrar en público aunque varios lo practiquen en privado.

El decreto establecía que el Observatorio tendría como objeto la sistematización, análisis, interpretación y difusión de información estadística, epidemiológica, sociológica, económica, cultural y antropológica relacionada con los fenómenos de violencia doméstica, con especial énfasis en la identificación de factores protectores, factores de riesgo, tendencias históricas y proyecciones de mediano y largo plazo que permitieran informar el diseño, implementación, monitoreo y evaluación de políticas públicas con perspectiva de género, interseccionalidad y derechos humanos. Era una frase de ciento cuatro palabras que describía lo que el Observatorio haría con una precisión inversamente proporcional a la claridad sobre cómo lo haría, y que había sido redactada por alguien con suficiente experiencia en decretos como para saber que las frases de ese tipo no están diseñadas para la claridad sino para la cobertura, que es la capacidad de incluir suficientes conceptos como para que sea difícil señalar qué exactamente no está incluido.

La licenciada Consuelo Barragán Ríos fue nombrada directora con la rapidez que caracteriza los nombramientos donde la persona ya había sido identificada antes de que el cargo existiera. Tenía cuarenta y seis años, una maestría en políticas públicas de una universidad prestigiosa, y una carrera construida sobre la base de estar siempre cerca de los proyectos importantes sin haber dirigido todavía uno suficientemente propio. El Observatorio era su oportunidad, y la licenciada Barragán era exactamente el tipo de funcionaria que reconoce las oportunidades y sabe convertirlas en trayectorias.

La primera reunión del equipo completo fue en la sala de juntas del flamante edificio, que todavía olía a pintura nueva y a alfombra instalada recientemente, que eran los dos olores que en el ecosistema institucional significaban que un proyecto era lo suficientemente nuevo como para tener presupuesto sin haber tenido todavía que rendir cuentas de él.

—Bienvenidos a todos —dijo la licenciada Barragán, de pie frente a la pantalla donde ya estaba proyectado el logotipo del Observatorio—. Estamos aquí para hacer algo que nadie ha hecho todavía con el rigor que se merece: entender por qué está bajando la violencia doméstica en esta región.

—¿No lo saben ya las instituciones que implementan los programas? —dijo el antropólogo urbano del equipo, un hombre de cuarenta años que había aceptado el cargo con la curiosidad del investigador que espera que el sector público sea más interesante desde adentro de lo que parece desde afuera.

—Las instituciones que implementan los programas tienen sus propias evaluaciones —dijo la licenciada Barragán—. Nosotros somos

independientes. Tenemos la distancia analítica que ellas no pueden tener respecto a su propio trabajo.

—¿Y qué fuentes de información vamos a usar? —dijo la economista.

—Los datos que generan las instituciones, los que generemos nosotros con trabajo de campo propio, y la literatura académica sobre el tema —dijo la licenciada Barragán.

El antropólogo urbano levantó la mano con la precaución de quien sabe que lo que va a decir puede resultar inconveniente pero lo dice de todas formas porque es la pregunta correcta.

—Si usamos los datos que generan las instituciones como base —dijo—, ¿no corremos el riesgo de que nuestras conclusiones reproduzcan las hipótesis de esas instituciones sobre sus propias intervenciones?

La licenciada Barragán lo miró con la expresión de quien ha recibido una pregunta inteligente en un momento en que las preguntas inteligentes complican la agenda.

—Por eso completamos con trabajo de campo propio —dijo—. Para tener perspectivas adicionales.

—¿Y el trabajo de campo propio incluye explorar fuentes de información que estén completamente fuera de los circuitos institucionales?

—¿A qué te refieres con fuera de los circuitos institucionales?

—A que puede haber cosas que estén pasando en las comunidades que ninguna institución está registrando —dijo el antropólogo—. Si queremos realmente entender el fenómeno, necesitamos también mirar ahí.

La licenciada Barragán procesó esto durante un momento.

—Ese tipo de exploración exploratoria la dejamos para una segunda fase —dijo—. Primero consolidamos el análisis de lo que ya está documentado y luego vemos si hay necesidad de expandir el alcance.

El antropólogo asintió. Había aprendido en años de trabajo en el sector público que segunda fase era frecuentemente sinónimo de nunca, pero que decirlo en la primera reunión del equipo no era la estrategia más eficiente para producir el cambio que habría requerido para ser útil.

El diseño metodológico fue elaborado en tres reuniones largas que produjeron un documento de doscientas páginas que describía con el detalle de los documentos que sirven para demostrar que se ha pensado mucho en algo. La socióloga quería más énfasis en los factores estructurales. La psicóloga social quería más énfasis en los factores individuales. El antropólogo quería un componente etnográfico. La economista quería variables cuantificables. Los dos estadísticos querían muestras representativas. Y la licenciada Barragán quería un resultado publicable antes del corte presupuestal de diciembre.

—No podemos satisfacer a todos con el mismo diseño —dijo la licenciada Barragán en la tercera reunión, con la calma de quien ha llegado al límite

de la diplomacia y que ha decidido que la eficiencia requiere autoridad—. Tomemos lo que es implementable en el tiempo y con los recursos que tenemos.

—Lo implementable no necesariamente es lo más válido metodológicamente —dijo el antropólogo.

—Lo más válido metodológicamente no necesariamente produce resultados a tiempo para que sean relevantes —dijo la licenciada Barragán—. Encontremos el equilibrio.

El equilibrio encontrado fue, como todos los equilibrios negociados en contextos de tiempo y recursos limitados, una solución que no satisfacía completamente a nadie pero que todos podían aceptar porque era mejor que la alternativa de seguir discutiendo. Los datos institucionales serían la base. El trabajo de campo propio sería complementario. El componente etnográfico quedaría como posibilidad para la segunda fase que el antropólogo ya sabía lo que significaba.

El primer informe fue publicado doce meses después con ciento ochenta y tres páginas, cuarenta y siete gráficas, dieciséis tablas estadísticas, un glosario y cinco recomendaciones de política pública que eran simultáneamente razonables, genéricas e implementables con los recursos existentes. Las conclusiones confirmaban que el fenómeno era real y consistente con las intervenciones institucionales documentadas. No establecían causalidad, porque el diseño metodológico no lo permitía, pero la proximidad entre las intervenciones y los cambios observados sugería, en el lenguaje cuidadoso que los informes usan cuando quieren decir algo sin comprometerse del todo, que continuar y fortalecer los programas existentes era la recomendación prudente.

En la presentación pública del informe, la licenciada Barragán respondió preguntas con la seguridad de quien ha preparado las respuestas anticipando las preguntas.

—¿Pueden establecer causalidad entre los programas y la reducción? —preguntó un periodista.

—Los datos son consistentes con esa relación causal —dijo la licenciada Barragán—. El diseño de la siguiente fase incluirá elementos que nos permitirán ser más precisos en ese sentido.

—¿Y si la reducción se debe a factores que no están midiendo?

La licenciada Barragán lo miró con la serenidad de quien ha anticipado también esa pregunta.

—Parte del valor del Observatorio es precisamente identificar esos factores si existen —dijo—. Es un proceso acumulativo. Los primeros hallazgos son sólidos dentro de su alcance y la siguiente fase ampliará ese alcance.

El periodista anotó algo en su libreta y pasó a la siguiente pregunta, que era sobre el presupuesto del Observatorio para el año siguiente.

El antropólogo urbano, sentado en la segunda fila de la sala de presentación, escuchó el intercambio con la expresión de quien lleva meses habitando una paradoja que todavía no ha encontrado la manera de formular en voz alta sin que suene a problema de actitud. La paradoja era esta: cuantos más recursos se invertían en estudiar el fenómeno, menos probable se volvía encontrar su causa real, porque cada recurso adicional producía más análisis del tipo que ya se estaba produciendo, y el tipo que ya se estaba produciendo era exactamente el tipo que no podía ver lo que había que ver. Era el equivalente de buscar las llaves bajo el farol no porque las llaves estuvieran ahí sino porque bajo el farol había luz. Era una metáfora que usaría años después en un artículo sobre los límites epistemológicos de los sistemas de información institucional, cuando ya sería suficientemente tarde para que tuviera consecuencias prácticas.

Después de la presentación, en el corredor del edificio, el antropólogo se encontró con la socióloga del equipo mientras esperaban el elevador.

—¿Tú crees que los programas son los que están produciendo el cambio? —le preguntó.

La socióloga lo miró un momento.

—Creo que los programas contribuyen —dijo, con el cuidado de quien elige las palabras porque sabe que las palabras que elige en ese pasillo pueden llegar a oídos que están en posición de afectar su contrato.

—Eso no es lo que te pregunté.

—No —admitió la socióloga—. No es lo que te pregunté. —Una pausa—. Honestamente, no lo sé. Los datos son consistentes con la hipótesis pero también son consistentes con otras hipótesis que no estamos midiendo.

—¿Como cuál?

—Como que haya algo ocurriendo en las comunidades que no pasa por ninguna institución —dijo la socióloga—. Algo informal. Algo que no dejó rastro en ninguna base de datos que tengamos acceso.

El elevador llegó. Ambos entraron. Las puertas se cerraron.

—¿Y si lo dijéramos en el segundo informe? —dijo el antropólogo.

—¿Que no sabemos si los programas son los que lo producen?

—Que puede haber una variable no medida relevante que merece exploración específica.

La socióloga consideró esto durante los cuatro pisos que tardó el elevador en bajar.

—Con el lenguaje correcto podría funcionar —dijo cuando las puertas se abrieron—. Pero la licenciada Barragán lo va a querer revisar antes de que salga.

—Claro —dijo el antropólogo.

—Y la revisión va a producir una versión donde la variable no medida se menciona brevemente en el apartado de limitaciones y no en las conclusiones.

—Claro —dijo el antropólogo de nuevo.

Salieron al estacionamiento. El sol de la tarde sobre los coches en fila tenía esa calidad específica de los atardeceres de la Ciudad de México cuando la contaminación y la luz producen juntas algo que los fotógrafos encuentran hermoso aunque los neumólogos no.

—¿Y de todas formas lo intentamos? —dijo el antropólogo.

La socióloga caminó hacia su coche. Antes de abrirlo se giró.

—Lo intentamos —dijo.

Y así quedó: un intento que produciría en el segundo informe una mención en el apartado de limitaciones sobre la necesidad de explorar factores no institucionales en fases posteriores del análisis, que nadie en ninguna dependencia leería con suficiente atención como para considerarla una invitación a buscar en los mercados populares de la ciudad la respuesta a una pregunta que nadie había formulado todavía correctamente.

Afuera del edificio institucional con estacionamiento propio, a cuatro kilómetros en línea recta, Pachita cerraba su puesto del mercado Sonora con la puntualidad de quien tiene la vida organizada con la eficiencia de los que no necesitan demostrarle su eficiencia a nadie.

Guardó la caja de madera.

Acomodó los frascos que quedaban.

Y se fue a su casa con la serenidad de quien ha hecho lo que corresponde hacer y que no requiere que nadie lo documente para saber que lo ha hecho.

CAPÍTULO 9

La primera explicación oficial

Ciudad de México, sala de prensa de la Secretaría

Todo fenómeno exitoso termina generando la narrativa destinada a apropiárselo. No es un proceso malicioso ni premeditado: es simplemente lo que ocurre cuando un resultado favorable existe en un ecosistema institucional donde los resultados favorables tienen dueños y donde tener dueño es la condición necesaria para que un resultado favorable se convierta en argumento presupuestal, en currículum, en reconocimiento, en razón de ser de todo lo que se construyó antes de que el resultado existiera. La narrativa no sustituye al resultado. Lo enmarca. Y el enmarcado, cuando está bien hecho, termina siendo más visible que lo enmarcado.

La narrativa oficial llegó en forma de un informe de doscientas cuarenta páginas elaborado durante dieciocho meses por un consorcio de instituciones que incluía al Observatorio Regional, tres universidades, dos centros de investigación independientes y cuatro dependencias gubernamentales, bajo la coordinación de la licenciada Barragán y la supervisión de un comité directivo que se reunió seis veces y que en cada reunión confirmó que el proceso avanzaba de manera satisfactoria sin que en ninguna de esas reuniones alguien preguntara hacia dónde avanzaba exactamente y por qué esa dirección era la correcta.

El informe se llamaba, según su portada, Análisis Integral de los Factores Determinantes de la Reducción de la Violencia Doméstica en la Región Metropolitana: Evidencias, Mecanismos e Implicaciones para la Política Pública, que era el tipo de título que producía en quien lo leía la sensación de que lo que seguía sería definitivo aunque nada de lo que siguiera fuera capaz de sostener esa promesa completamente.

La presentación fue convocada para un jueves de octubre a las once de la mañana, en la sala de prensa de la Secretaría, con invitaciones que llegaron a medios de comunicación, instituciones académicas, organismos internacionales y funcionarios de diversas dependencias con suficiente antelación como para que la asistencia fuera la adecuada al calibre que el evento se había asignado a sí mismo.

La licenciada Barragán presentó los hallazgos con la fluidez de quien ha practicado la presentación suficientes veces como para que las palabras salgan solas mientras la mente atiende la reacción del auditorio. Las gráficas eran claras. Los datos eran sólidos dentro de sus propios términos. Y las conclusiones eran lo que las conclusiones de ese tipo de informe debían ser: lo suficientemente específicas para parecer rigurosas y lo suficientemente amplias para que nadie que hubiera participado en alguno de los programas mencionados pudiera sentirse excluido del logro.

—La reducción observada —dijo la licenciada Barragán, señalando la gráfica principal con el puntero— es el resultado de la interacción de múltiples factores que han madurado simultáneamente durante el período de análisis. Ningún factor por sí solo explica el resultado. La sinergia entre ellos sí.

Sinérgico había resultado ser una palabra con larga vida útil en el vocabulario de ese proyecto.

Hubo una ronda de preguntas. La mayoría fue del tipo que confirma en lugar del tipo que cuestiona, que era la distribución habitual en presentaciones donde el auditorio tiene intereses en que lo presentado sea sólido.

—¿Cuál sería el factor más importante de los identificados? —preguntó alguien del fondo.

—El análisis no jerarquiza los factores porque la evidencia no respalda una jerarquía clara —dijo la licenciada Barragán—. Lo que el análisis muestra es que la combinación funciona.

—¿Replicable en otras regiones?

—Con los ajustes contextuales necesarios, sí —dijo la licenciada Barragán—. Esa es precisamente una de las implicaciones más relevantes del estudio.

—¿Y el papel de factores no institucionales? —preguntó el antropólogo urbano del equipo, desde su lugar en la tercera fila, con el tono de quien hace una pregunta que sabe que está en el apartado de limitaciones pero que quiere ver qué produce decirla en voz alta ante el auditorio completo.

La licenciada Barragán lo miró con la mirada específica que reservaba para él en esas situaciones, que era la mirada de quien reconoce la pregunta, evalúa el contexto, y decide la respuesta que el contexto permite.

—El informe reconoce que pueden existir factores no institucionales que contribuyen al resultado —dijo—. Su exploración es parte de la agenda de investigación de las fases siguientes.

—¿Tienen hipótesis sobre cuáles podrían ser?

—En este momento no —dijo la licenciada Barragán—. Por eso es agenda de investigación y no conclusión.

El antropólogo asintió y guardó silencio. La socióloga, sentada dos lugares a su izquierda, no lo miró pero movió el bolígrafo sobre el cuaderno de una manera que él reconoció como un gesto de solidaridad silenciosa.

Después de la presentación, en el corredor con café y galletas que las instituciones despliegan en los eventos donde se espera que la gente se quede un rato a hablar de lo que acaba de escuchar, el doctor Meneses encontró a la licenciada Barragán.

—Excelente trabajo —le dijo el doctor Meneses, con la sinceridad de quien genuinamente lo considera así y que además tiene razones adicionales para considerarlo así porque sus propios estudios aparecían citados en el informe en diecisiete lugares.

—Gracias, Aurelio —dijo la licenciada Barragán—. El equipo trabajó muy bien.

—La parte sobre los factores educativos es especialmente sólida —dijo el doctor Meneses.

—Usamos mucho de tu trabajo de los últimos tres años —dijo la licenciada Barragán.

—Lo vi —dijo el doctor Meneses, con la satisfacción del que encuentra su nombre donde esperaba encontrarlo—. Y la parte sobre los cambios en las normas sociales también está muy bien desarrollada. Eso es lo que explica la sostenibilidad del cambio.

—Exacto —dijo la licenciada Barragán—. Los cambios superficiales no duran. Cuando cambias la norma social subyacente, el cambio se vuelve endógeno.

—Endógeno —repitió el doctor Meneses, con el tono del que reconoce una palabra bien usada—. Eso hay que ponerlo en el resumen ejecutivo.

—Ya está —dijo la licenciada Barragán.

Ambos sonrieron con la complicidad de los que hablan el mismo idioma en el mismo ecosistema, que es una de las formas de satisfacción intelectual más accesibles disponibles aunque no siempre sea la más conectada con lo que ocurre afuera de ese ecosistema.

La doctora Villanueva, que había escuchado esa conversación desde tres metros de distancia mientras tomaba su café, se acercó cuando el doctor Meneses se alejó.

—¿El cambio es endógeno? —le dijo a la licenciada Barragán, con el tono de quien cita algo para evaluarlo.

—Es la interpretación más respaldada por los datos —dijo la licenciada Barragán.

—Los datos muestran correlación —dijo la doctora Villanueva—. Endógeno implica mecanismo. ¿Tenemos evidencia del mecanismo?

—Tenemos evidencia consistente con los mecanismos propuestos en la literatura —dijo la licenciada Barragán, con la paciencia que reservaba para las conversaciones donde la precisión académica podía complicar lo que la comunicación institucional necesitaba simplificar.

—Eso es diferente de tener evidencia del mecanismo —dijo la doctora Villanueva.

—Fernanda —dijo la licenciada Barragán, bajando ligeramente la voz—, tenemos un informe sólido, con metodología rigurosa dentro de su alcance, que muestra un resultado real y positivo. Si empezamos a discutir en público las limitaciones de la causalidad inferida, el mensaje que llega a los medios mañana es que no sabemos por qué bajó la violencia doméstica. ¿Eso es lo que queremos comunicar?

La doctora Villanueva consideró eso durante un momento.

—No —dijo.

—Bien —dijo la licenciada Barragán.

—Pero las limitaciones deberían estar más visibles en el documento.

—Están en el apartado de limitaciones metodológicas —dijo la licenciada Barragán—. En la página ciento sesenta y dos.

La doctora Villanueva tomó un sorbo de su café.

—Nadie lee la página ciento sesenta y dos —dijo.

—Exactamente —dijo la licenciada Barragán, con algo que en circunstancias diferentes habría sido una sonrisa.

Al día siguiente los medios reprodujeron las conclusiones del informe con el tono de los contenidos que no requieren verificación porque provienen de fuentes con el tipo de credencial que en el periodismo moderno sustituye a la verificación. Las conclusiones se convirtieron en referencias que otros estudios citarían, que otras presentaciones usarían, y que con el tiempo adquirirían la cualidad de los hechos establecidos que ya no necesitan ser demostrados porque ya fueron suficientemente citados.

Era un proceso que el doctor Meneses habría llamado consolidación del conocimiento y que el antropólogo urbano, con la imprecisión honesta que prefería a la precisión conveniente, habría llamado otra cosa.

Dionisia Cervantes leyó el resumen del informe en un periódico gratuito que alguien había dejado en el transporte público. Lo leyó con la atención de quien reconoce el tema aunque no reconozca el lenguaje. Leyó los factores identificados como determinantes: la exposición a campañas de sensibilización, la presencia de servicios de atención, los cambios en las normas sociales, la mayor conciencia de género en las comunidades.

Dobló el periódico.

Lo dejó en el asiento.

Y se bajó en su parada con la serenidad de quien ha dejado en el transporte público una versión de su propia historia que no la incluye a ella pero que de alguna manera le pertenece, porque el resultado al que se refiere es real aunque sus causas sean completamente diferentes de las que el informe describe.

Eso, pensó Dionisia mientras caminaba hacia su casa, era la parte más extraña de todo. Que el cambio era real. Que las estadísticas que los investigadores celebraban correspondían a algo que había ocurrido de verdad en las vidas de personas reales. Y que sin embargo nadie en ninguno de esos estudios ni en ninguno de esos informes ni en ninguna de esas presentaciones tenía la menor idea de por qué había ocurrido.

Era como celebrar que el sol salió esta mañana y atribuírselo a los programas de gestión solar de la secretaría correspondiente.

Llegó a su casa. Subió las escaleras. Entró.

El estante con los libros que había sacado de donde los tenía guardados seguía ahí, lleno de libros que ahora tenía tiempo de leer porque el tiempo que antes ocupaba en otras cosas estaba disponible para otras cosas.

Tomó uno. Se sentó. Empezó a leer.

Afuera, el informe seguía circulando. La explicación oficial seguía consolidándose. Y en el mercado Sonora, que estaba a varios kilómetros de distancia pero que pertenecía a otro mundo completamente diferente de aquel en que los informes circulaban, Pachita atendía a quien llegara con la misma atención y la misma caja de madera de siempre.

Porque algunas cosas no necesitaban explicación oficial para ser exactamente lo que eran.

Solo necesitaban seguir siendo lo que eran.

Que era lo que hacían.

En las semanas que siguieron a la publicación del informe, algo ocurrió que los sociólogos del ecosistema institucional habrían reconocido como un fenómeno predecible aunque raramente documentado con honestidad: la explicación oficial comenzó a producir sus propios creyentes sinceros. No personas que la adoptaban por conveniencia, aunque esas también existían y eran numerosas, sino personas que genuinamente llegaban a creer en ella porque la habían escuchado suficientes veces en suficientes contextos respaldados por suficiente autoridad como para que la creencia se instalara con la solidez de las cosas que uno ha aprendido en lugar de las que uno ha verificado.

La licenciada Estrada, coordinadora del programa Hombres por la Igualdad, fue una de las primeras en experimentar ese proceso. Había participado en el informe como informante de uno de los programas estudiados, había leído el documento completo incluyendo el apartado de limitaciones de la página ciento sesenta y dos, y había llegado a una conclusión que era perfectamente razonable dado lo que el documento decía: que el programa que coordinaba había contribuido de manera significativa al cambio observado.

Lo creyó porque el informe lo respaldaba. Y el informe lo respaldaba porque los datos eran consistentes con esa conclusión. Y los datos eran consistentes con esa conclusión porque el diseño del estudio no podía distinguir entre esa conclusión y varias otras igualmente consistentes con los mismos datos. Era una cadena de razones que se sostenían entre sí con la solidez de los castillos de naipes que se mantienen perfectamente estables mientras nadie los toca, que era exactamente la condición en que estaban.

La licenciada Estrada comenzó a presentar el programa en foros externos con la convicción renovada de quien tiene respaldo científico para lo que antes decía solo con la autoridad de la experiencia propia. La convicción renovada hacía las presentaciones más persuasivas. Las presentaciones más persuasivas producían más reconocimiento. El reconocimiento confirmaba la convicción. Y la convicción alimentaba la voluntad de seguir haciendo lo que hacía, que era exactamente lo que hacía aunque no fuera exactamente lo que producía los resultados que el informe atribuía a lo que hacía.

Era un sistema de retroalimentación perfectamente funcional para perpetuarse y perfectamente inútil para corregirse.

El doctor Meneses, por su parte, incorporó las conclusiones del informe a sus seminarios de posgrado como ejemplo de investigación rigurosa sobre políticas públicas efectivas. Sus estudiantes las aprendieron, las citaron en sus propias tesis, y algunos de ellos las enseñarían a su vez a sus propios estudiantes en el futuro, creando esa cadena de transmisión del

conocimiento incorrecto que es una de las características más persistentes y menos reconocidas de la producción académica en cualquier campo.

Rodrigo terminó su tesis sin mencionar el mercado Sonora. La aprobó con mención honorífica. El jurado destacó la solidez metodológica del trabajo y la claridad con que sus conclusiones contribuían al cuerpo de conocimiento existente sobre los determinantes de la violencia doméstica en contextos urbanos. Rodrigo recibió el reconocimiento con la satisfacción moderada de quien ha completado algo bien dentro de los términos que el sistema establecía, y con la incomodidad persistente de quien sabe que los términos que el sistema establecía no eran los únicos disponibles para hacer lo que había ido a hacer.

Esa incomodidad la guardaría durante varios años, hasta que encontrara el espacio y las circunstancias para hacer algo con ella. Pero ese es un capítulo de una historia diferente.

Evangelina Suárez leyó sobre el informe en una nota breve que apareció en el periódico de mayor circulación de la ciudad, en la página de cultura y sociedad, entre una nota sobre un festival de cine y una sobre los resultados de una encuesta de percepción ciudadana. La nota tenía cuatro párrafos y resumía las conclusiones principales con la eficiencia del periodismo de divulgación científica que traduce doscientas cuarenta páginas en cuatro párrafos sin que en el proceso quede mucho de lo que había en las doscientas cuarenta páginas.

Evangelina la leyó dos veces. Luego fue al mostrador de su tienda y atendió a la clienta que esperaba con una bolsa de harina.

—¿Cómo va todo? —dijo la clienta, que era una vecina de toda la vida.

—Bien —dijo Evangelina, pesando la harina con la precisión de veintidós años de práctica—. ¿Y usted?

—Bien también —dijo la clienta—. Aunque estos días con tanto movimiento en el barrio, con tanto investigador que viene a preguntar cosas.

—¿Le preguntaron a usted?

—Me pusieron un cuestionario —dijo la clienta—. Sobre los programas, sobre si había participado en talleres. Cosas así.

—¿Y qué les dijo?

—La verdad —dijo la clienta—. Que había ido a un taller una vez y que me había parecido más o menos. —Hizo una pausa—. Aunque la verdad completa no les dije, porque la verdad completa no me la preguntaron.

Evangelina le entregó la harina. Las dos mujeres se miraron con la comprensión específica de quienes comparten un código que no necesita ser articulado.

—Tienen sus estudios —dijo Evangelina—. Nosotras tenemos los nuestros.

La clienta tomó la bolsa y sonrió con algo que era a la vez diversión y resignación y una forma particular de orgullo que no tiene nombre oficial pero que existe.

—Exacto —dijo—. Hasta mañana, Evangelina.

—Hasta mañana.

La puerta de la tienda se cerró. Evangelina dobló el periódico con el artículo sobre el informe y lo puso debajo del mostrador, entre los papeles de los proveedores y las cuentas del mes, donde las cosas que se guardan sin saber exactamente por qué se guardan pero que uno sabe que algún día podrían servir de algo.

Quizás nunca servirían de nada.

Quizás sí.

Por ahora, el informe tenía su vida propia en el mundo donde los informes viven, y la realidad tenía la suya en el mundo donde la realidad vive, y los dos mundos seguían siendo los dos mundos con la separación que los había caracterizado desde el principio de esta historia y que todo indicaba que los caracterizaría también al final.

CAPÍTULO 10

El país ejemplar

Ciudad de México, congresos internacionales y salas de espera

El reconocimiento internacional llega a los países de una manera que tiene poco que ver con los méritos y mucho que ver con la narrativa que los países construyen sobre sí mismos y con la disposición de los organismos internacionales a adoptar esa narrativa cuando coincide con sus propias necesidades de demostrar que lo que financian produce resultados. No es un proceso corrupto en el sentido estricto del término. Es simplemente la lógica de los sistemas que necesitan casos de éxito para justificar su existencia, que encuentran en los países que reportan éxito exactamente lo que necesitan, y que tienen pocos incentivos para investigar con rigor si el éxito reportado corresponde al éxito real o a la versión del éxito que el país en cuestión ha aprendido a comunicar con suficiente habilidad como para que la diferencia no sea obvia.

El país llevaba tres años presentando sus resultados en foros internacionales con una consistencia que los organismos que asistían a esos foros habían comenzado a notar. Las gráficas eran siempre claras. Los portavoces eran siempre articulados. Y las preguntas difíciles eran siempre manejadas con una combinación de datos sólidos y lenguaje cuidadoso que producía en los preguntadores la sensación de haber recibido una respuesta aunque lo que hubieran recibido fuera, técnicamente, algo más parecido a una respuesta sobre la respuesta.

El primer reconocimiento formal llegó de una organización regional cuyas siglas combinaban las palabras desarrollo, social e integración en un orden que nadie fuera de los círculos especializados recordaba con precisión. La ceremonia fue en una ciudad centroamericana, en un hotel de cinco estrellas que contrastaba con el paisaje exterior de una manera que los participantes preferían no examinar demasiado. El representante del país recibió el reconocimiento con el discurso que el equipo de comunicación había preparado durante dos semanas, que mencionaba la determinación institucional, la perspectiva de género, la participación comunitaria y la evidencia científica en un orden que comunicaba que todos esos elementos habían contribuido y que ninguno de ellos por sí solo era responsable, que era la fórmula que había resultado más duradera en los cuatro años de comunicación del tema.

—¿Qué fue lo más importante? —le preguntó al representante un periodista del país anfitrión, durante la recepción posterior.

—La voluntad política para sostener las intervenciones en el tiempo —dijo el representante, con la naturalidad de quien ha respondido esa pregunta suficientes veces como para que la respuesta salga sin que el cerebro tenga que intervenir activamente en su producción.

—¿Y los programas específicos?

—Los programas específicos son parte de un sistema más amplio —dijo el representante—. El sistema es lo que funciona. Los programas son los instrumentos del sistema.

El periodista anotó eso con la expresión de quien ha recibido una respuesta que suena bien aunque no esté completamente seguro de haber entendido qué significa.

—¿Podrían replicarlo en otros países?

—Con los ajustes contextuales necesarios, absolutamente —dijo el representante—. De hecho, estamos en conversaciones con varios países de la región sobre cooperación técnica.

El periodista anotó también eso. La nota que publicó al día siguiente tenía el tono de los artículos sobre buenas prácticas internacionales: esperanzador, concreto en las cifras, vago en los mecanismos, y con una fotografía de la ceremonia de entrega donde todos sonreían con la intensidad de los que saben que la fotografía va a circular.

El segundo reconocimiento llegó de un organismo con sede en Europa cuyos programas de cooperación financiaban iniciativas en países en desarrollo con los recursos de países desarrollados que habían decidido, por razones que combinaban la solidaridad genuina con los intereses estratégicos en proporciones que ningún documento oficial especificaba, que la igualdad de género en otras latitudes merecía su atención presupuestal. El representante de ese organismo, una mujer de nombre Ingrid que llevaba veintidós años trabajando en cooperación internacional y

que había desarrollado un instinto muy preciso para distinguir los proyectos que funcionaban de los que reportaban que funcionaban, escuchó la presentación del caso con una atención que la delegación del país percibió como entusiasmo pero que era en realidad algo más parecido a la evaluación profesional de alguien que aún no ha decidido qué piensa.

Después de la presentación, Ingrid encontró a la licenciada Barragán en el corredor.

—Tengo algunas preguntas sobre la metodología —dijo Ingrid, en un español que tenía el acento específico del que lo aprendió de adulto con dedicación suficiente para hablarlo bien aunque no para hablarlo como nativo.

—Con gusto —dijo la licenciada Barragán.

—El diseño de investigación establece correlación entre las intervenciones y los cambios observados —dijo Ingrid—. ¿Tienen alguna estimación del contrafactual? ¿Cómo habrían evolucionado los indicadores sin las intervenciones?

La licenciada Barragán reconoció la pregunta como la de alguien que sabe lo que está preguntando y que por tanto merece una respuesta más cuidadosa que las que funcionaban con audiencias menos especializadas.

—El diseño no incluye un grupo de control en sentido estricto —dijo—. Pero comparamos zonas con distintas densidades de intervención y los resultados son consistentes con el efecto esperado.

—¿Consistentes con el efecto esperado o demostrativos del efecto? —dijo Ingrid.

—Consistentes —admitió la licenciada Barragán—. El diseño no permite causalidad fuerte. Pero la convergencia de evidencias de distintas fuentes es suficientemente robusta para respaldar las conclusiones prácticas del estudio.

—¿Y hay factores alternativos que pudieran explicar los resultados? —dijo Ingrid.

—El informe los discute en el apartado de limitaciones —dijo la licenciada Barragán.

—Lo leí —dijo Ingrid—. Menciona la posibilidad de factores no institucionales sin especificarlos. ¿Han explorado cuáles podrían ser?

La licenciada Barragán la miró durante un momento con la evaluación de quien está decidiendo cuánto compartir con alguien que pregunta bien pero que podría hacer algo inconveniente con lo que le respondieran.

—Es parte de la agenda de investigación futura —dijo.

Ingrid asintió con la expresión de quien ha escuchado esa respuesta en suficientes países como para saber exactamente lo que significa y exactamente lo que no significa.

—Una última pregunta —dijo Ingrid—. ¿Han hablado con las mujeres de las comunidades donde ocurrió el cambio sobre qué creen ellas que lo produjo?

La licenciada Barragán procesó esa pregunta con la rapidez de quien evalúa si la respuesta honesta es también la conveniente y llega a la conclusión de que en este caso la brecha entre las dos es manejable.

—Las entrevistas cualitativas que forman parte del estudio incluyen preguntas sobre percepción de cambio —dijo.

—¿Y qué dicen? —dijo Ingrid.

—Mencionan los programas, mencionan cambios en el ambiente comunitario, mencionan mayor acceso a información —dijo la licenciada Barragán—. Las respuestas son consistentes con los factores identificados en el análisis cuantitativo.

—¿Y dicen algo más? ¿Algo que no encaje en esos factores?

La licenciada Barragán la miró.

—Las entrevistas cualitativas siempre producen material que excede los marcos analíticos —dijo, con la precisión de quien da una respuesta completamente verdadera que al mismo tiempo evita completamente la respuesta a la pregunta que se le hizo.

Ingrid asintió de nuevo. Tomó una tarjeta de la licenciada Barragán y le dio la suya. Se despidieron con la cortesía internacional de los que saben que probablemente se volverán a ver en algún congreso en alguna ciudad con hotel de cinco estrellas y contraste exterior que nadie examina demasiado.

Esa noche, en su habitación del hotel, Ingrid escribió un correo a un colega en la sede del organismo donde trabajaba. Era un correo breve, en inglés, que describía el caso con la precisión de quien ha aprendido a comunicar evaluaciones complejas en pocas palabras.

El caso tiene resultados reales y metodología sólida dentro de sus propios límites, escribió. La pregunta sobre qué produjo los resultados tiene respuesta más complicada de lo que la narrativa oficial comunica. Recomendaría financiamiento condicionado a una fase de investigación adicional con metodología capaz de explorar factores no institucionales. Si no están dispuestos a hacer esa investigación, probablemente hay algo que no quieren encontrar. O probablemente simplemente no saben que hay algo que buscar. La diferencia entre esas dos posibilidades importa, aunque desde afuera sea difícil distinguirlas.

Su colega respondió al día siguiente con cuatro palabras: buen análisis, financiemos de todos modos.

Era la respuesta que Ingrid había esperado porque era la respuesta que los organismos de ese tipo daban cuando el caso era políticamente útil independientemente de las preguntas metodológicas que quedaran sin responder, y el caso era políticamente útil porque demostraba que los programas que el organismo financiaba en ese país producían resultados, y esa demostración justificaba continuar financiándolos, y continuar

financiándolos justificaba la existencia del área de Ingrid dentro del organismo, y la existencia del área de Ingrid dentro del organismo era lo que hacía posible que Ingrid siguiera haciendo preguntas incómodas en los corredores de los hoteles de cinco estrellas, que era la única manera disponible para ella de ser útil dentro de los límites del sistema donde trabajaba.

Era un sistema imperfecto que producía resultados imperfectos de una manera que a Ingrid le parecía preferible al sistema más simple de no financiar nada y no hacer preguntas incómodas, aunque reconocía que esa preferencia era en parte subjetiva.

En las colonias donde todo había comenzado, las mujeres que sabían lo que sabían sobre la causa real del cambio observaban el proceso de reconocimiento internacional con una mezcla de asombro y diversión que era difícil de compartir con nadie fuera del círculo de quienes compartían el mismo conocimiento.

Dionisia lo discutió con Remedios una tarde en la azotea, mientras tendían ropa con la normalidad de los años de convivencia que convierten incluso las conversaciones extraordinarias en algo que cabe en el espacio entre una sábana y la siguiente.

—Ahora resulta que somos un ejemplo internacional —dijo Dionisia.

—Por lo visto —dijo Remedios.

—¿Un ejemplo de qué, exactamente?

—De que los programas funcionan —dijo Remedios, con el tono de quien cita algo que le parece entretenidamente incorrecto.

—¿Cuáles programas?

—Los que nos atendieron tan bien a las dos —dijo Remedios.

Las dos guardaron silencio durante el tiempo que tardó Dionisia en colgar una funda de almohada y Remedios en encontrar el extremo de una sábana que se había enredado con el viento.

—¿Sabes lo que me parece lo más curioso? —dijo Dionisia.

—¿Qué?

—Que tienen razón en que algo cambió —dijo Dionisia—. Las estadísticas son reales. Las mujeres están mejor. Eso es verdad.

—Es verdad —dijo Remedios.

—Solo se equivocan en el por qué —dijo Dionisia.

—Solo en eso —dijo Remedios.

Siguieron tendiendo ropa en silencio. Abajo, en la colonia, la vida continuaba con la normalidad de los lugares donde las cosas importantes ocurren discretamente y donde la discreción es parte de lo que hace posible que las cosas importantes sigan ocurriendo.

Y en el mercado Sonora, que los organismos internacionales nunca visitarían y que los investigadores que llegarían en las fases futuras de sus estudios probablemente tampoco visitarían con suficiente atención, Pachita abría su puesto con la puntualidad de quien no necesita que nadie reconozca lo que hace para seguir haciéndolo.

Era una condición que los programas gubernamentales raramente conseguían alcanzar, pero que Pachita llevaba diecisiete años practicando sin haberla formulado nunca como principio.

El tercer reconocimiento, que llegó de un organismo cuyas siglas todos pronunciaban con la naturalidad de quien ha repetido algo suficientes veces como para haber olvidado qué significa, fue el que convirtió el caso en lo que en el lenguaje de los foros internacionales se llamaba una buena práctica, que era una categoría específica que implicaba no solo que algo había funcionado sino que había funcionado de una manera suficientemente documentada y suficientemente comunicable como para que otros pudieran intentar reproducirlo.

La clasificación como buena práctica tenía consecuencias concretas. Significaba que el caso aparecería en la base de datos de buenas prácticas del organismo, que era consultada por los países que buscaban modelos para sus propias intervenciones. Significaba que habría misiones técnicas de otros países que vendrían a conocer el modelo de primera mano. Y significaba que los funcionarios y los investigadores que habían construido la narrativa del caso tendrían durante los años siguientes un flujo constante de visitantes a quienes explicar lo que habían hecho, lo cual era una de las formas de reconocimiento más sostenidas disponibles en el ecosistema de las políticas públicas internacionales.

La primera misión técnica llegó de un país sudamericano que enfrentaba cifras de violencia doméstica que sus propias instituciones describían como alarmantes. Venían cuatro funcionarios y dos investigadores, y llegaron con la disposición de quien ha viajado con presupuesto público a aprender algo que pueda ser aplicado en casa, que es una disposición que combina el interés genuino con la necesidad práctica de volver con algo que justifique el viaje.

La licenciada Barragán los recibió en el Observatorio con la presentación completa, las gráficas actualizadas y el equipo disponible para responder preguntas.

—¿Cuánto tiempo tardaron en ver los primeros resultados? —preguntó uno de los funcionarios.

—Los primeros cambios estadísticos fueron visibles a los dieciocho meses de intervención sostenida —dijo la licenciada Barragán.

—¿Y el factor más importante?

—La consistencia —dijo la licenciada Barragán, que había aprendido que consistencia era una respuesta que satisfacía a la mayoría de los

preguntadores porque era lo suficientemente verdadera como para ser creíble y lo suficientemente amplia como para no comprometer nada específico—. Los cambios culturales requieren tiempo y presencia sostenida. No hay atajos.

—¿Hubo resistencia de parte de la comunidad?

—La habitual —dijo la licenciada Barragán—. Los programas que trabajan con normas de género siempre encuentran resistencia inicial. La clave es la persistencia y la adaptación al contexto local.

Los visitantes tomaban notas con la diligencia de quien sabe que las notas de la misión técnica se convertirán en el informe que justificará la misión técnica ante quien la financió. La licenciada Barragán respondía con la fluidez de quien ha dado la misma presentación suficientes veces como para que las palabras sean automáticas mientras la mente puede atender otras cosas.

Al final de la visita, uno de los investigadores sudamericanos se acercó a la licenciada Barragán con la actitud del colega que hace la pregunta que los funcionarios no hacen.

—¿Tienen material sobre las experiencias de las propias mujeres de las comunidades? —dijo—. Más allá de los indicadores institucionales. Lo que ellas dicen que cambió y por qué.

—Tenemos las entrevistas cualitativas del estudio —dijo la licenciada Barragán.

—¿Podría tener acceso?

—Las transcritas están en el archivo del Observatorio —dijo la licenciada Barragán—. Con los protocolos de confidencialidad correspondientes, se pueden consultar.

El investigador consultó las transcripciones esa misma tarde. Leyó durante dos horas con la atención del que busca algo sin saber exactamente qué busca pero que confía en reconocerlo si lo encuentra. Encontró lo que todos los que habían leído ese material antes habían encontrado: respuestas que correspondían a los factores identificados en el análisis cuantitativo, y silencios en los lugares donde podría haber habido respuestas diferentes.

Esos silencios le parecieron significativos.

Tomó nota de ellos.

Y los incorporó a su propio estudio sobre el caso, en un apartado que llamó, con la honestidad académica que el sistema le permitía ejercer desde la distancia, limitaciones de la evidencia disponible y necesidad de exploración adicional.

Nadie en su institución leyó ese apartado con suficiente atención como para actuar en consecuencia.

Lo que sí leyeron, y lo que circuló con la velocidad que circulan las cosas que la gente quiere leer, fue la conclusión principal del estudio: que el caso

representaba un modelo replicable de intervención efectiva en materia de violencia doméstica, con resultados documentados y metodología transferible.

La explicación oficial había encontrado, sin haberlo buscado específicamente, la manera de reproducirse a sí misma en otros países y en otros idiomas y en otros formatos, con la eficiencia de los procesos que no necesitan diseño central porque cada actor tiene incentivos propios para perpetuarlos.

Era, pensó el antropólogo urbano cuando leyó el estudio sudamericano varios meses después, la versión académica del remedio de Pachita: algo que se transmitía de boca en boca, que se replicaba sin estructura formal, y cuyos resultados eran reales aunque los mecanismos que la explicación oficial atribuía al resultado fueran completamente distintos de los que realmente lo producían.

La diferencia era que el remedio de Pachita era eficaz y la explicación oficial no lo era.

Pero desde afuera, si uno miraba solo las cifras y no los mecanismos, las dos cosas podían parecer lo mismo.

Eso, concluyó el antropólogo al cerrar el artículo, era quizás la ironía más perfecta de toda la historia.

CAPÍTULO 11

La comisión nacional

Ciudad de México, edificio de la Secretaría de Salud

Hay un tipo específico de problema que las instituciones saben manejar excepcionalmente bien: el problema que puede ser estudiado. No resuelto, necesariamente. No comprendido, en muchos casos. Pero sí estudiado, que es una actividad que las instituciones han perfeccionado a lo largo de generaciones de práctica hasta convertirla en un fin en sí mismo independientemente de si el estudio conduce a algo útil. El estudio produce documentos, los documentos producen reuniones, las reuniones producen recomendaciones, las recomendaciones producen nuevos estudios, y el ciclo se mantiene indefinidamente con la solidez de los procesos que se alimentan a sí mismos sin necesitar intervención externa.

El incremento de las muertes masculinas en ciertos sectores de la población había estado acumulándose en los registros de distintas instituciones durante meses antes de que alguien en posición de hacer algo al respecto lo notara con la atención suficiente. No porque los datos no estuvieran disponibles. Los datos siempre estaban disponibles en el ecosistema institucional moderno, que había invertido décadas y presupuestos considerables en producir más datos de los que podía analizar. El problema no era la disponibilidad de los datos sino su visibilidad: cada institución veía los datos que le correspondían ver según su área de competencia, y el

patrón que el conjunto formaba solo era visible si alguien miraba el conjunto, y nadie tenía la atribución formal de mirar el conjunto porque la atribución formal de mirar el conjunto requería una institución que tuviera esa atribución, y esa institución no existía.

Hasta que existió.

La Comisión Nacional para el Estudio Integral de los Factores Determinantes de la Mortalidad Masculina Prematura en Contextos Urbanos fue creada por acuerdo interinstitucional firmado un miércoles de marzo, con la urgencia característica de los acuerdos que se firman cuando el problema lleva suficiente tiempo siendo ignorado como para que ignorarlo más empiece a resultar difícil de justificar políticamente.

El doctor Aurelio Meneses fue nombrado coordinador académico de la Comisión, que era un nombramiento que tenía la ventaja de añadir una dimensión significativa a su currículum y el inconveniente de requerir que interactuara regularmente con funcionarios públicos, actividad que el doctor Meneses encontraba estimulante en teoría y agotadora en la práctica.

La primera sesión plenaria de la Comisión tuvo lugar en una sala de reuniones de la Secretaría de Salud con capacidad para cuarenta personas que estaba ocupada por treinta y dos, lo cual producía esa densidad específica de las reuniones importantes: suficiente gente como para que la sala pareciera llena sin el hacinamiento que impide pensar.

—El objetivo de esta Comisión —dijo el subsecretario que la presidía, un hombre de cincuenta y tantos años que había aprendido a hablar en reuniones con la fluidez de quien ha presidido suficientes como para saber que el tono importa más que el contenido en los primeros quince minutos— es producir un análisis riguroso e integral de las causas del incremento de mortalidad masculina prematura que los registros institucionales están mostrando. No tenemos hipótesis previas. Seguimos la evidencia donde nos lleve.

El doctor Meneses, sentado en la segunda fila con su cuaderno abierto, escribió: no tenemos hipótesis previas entre comillas, con la fecha al lado, porque llevaba suficientes años en la investigación científica como para saber que la declaración de no tener hipótesis previas era siempre una hipótesis previa disfrazada de apertura metodológica.

—¿Cuál es el alcance geográfico del fenómeno? —preguntó alguien del área epidemiológica de la Secretaría.

—Está concentrado en zonas urbanas de ingreso bajo a medio —dijo el subsecretario—. Con mayor incidencia en la zona metropolitana, aunque hay reportes de otras ciudades que sugieren que el patrón puede ser más amplio.

—¿Y el perfil de los fallecidos?

—Hombres entre treinta y cinco y sesenta años, mayoritariamente con antecedentes de consumo de alcohol, sobrepeso, hipertensión no tratada y exposición a factores de estrés crónico —dijo el funcionario del área de epidemiología—. El perfil de riesgo cardiovascular es consistente con las causas de muerte reportadas.

—¿Entonces es un fenómeno esperado en esa población? —dijo alguien más.

—El fenómeno es esperado en términos de los factores de riesgo individuales —dijo el epidemiólogo—. Lo que no es esperado es la concentración temporal y geográfica. La mortalidad cardiovascular en esa población existe históricamente, pero no a este ritmo ni con esta distribución espacial.

—¿Qué hipótesis tenemos para explicar la concentración? —dijo el doctor Meneses, con el tono de quien sabe que la pregunta correcta produce más información que la respuesta correcta.

—Varias —dijo el epidemiólogo—. Cambios en los patrones de consumo de alcohol. Exposición a contaminantes ambientales específicos de esas zonas. Estrés asociado a condiciones socioeconómicas particulares. Cambios en la accesibilidad a servicios de salud que habrían permitido tratamiento preventivo.

—¿Alguna que no corresponda a factores ya documentados en la población? —dijo el doctor Meneses.

El epidemiólogo lo miró con la expresión del que recibe una pregunta que no esperaba.

—¿Qué tipo de factor estás pensando?

—No lo sé todavía —dijo el doctor Meneses—. Por eso pregunto si hay algo que no corresponda a lo ya documentado.

El subsecretario intervino con la eficiencia de quien sabe cuándo una conversación necesita ser redirigida.

—Creo que en este punto lo más productivo es establecer los grupos de trabajo —dijo—. Cada grupo se encargará de investigar una hipótesis específica. Al final del período de análisis integramos los resultados.

Se formaron cinco grupos de trabajo. El grupo uno investigaría los factores de consumo de alcohol y sustancias. El grupo dos los factores ambientales. El grupo tres los factores de acceso a servicios de salud. El grupo cuatro los factores socioeconómicos y de estrés. Y el grupo cinco, que fue el que el doctor Meneses coordinó, los factores emergentes no clasificados en los grupos anteriores, que era la categoría que el diseño de la Comisión creaba para las hipótesis que no cabían en las anteriores y que en la práctica era la categoría que recibía menos recursos porque los presupuestos se distribuyen según las hipótesis que ya tienen nombre.

—¿Qué investiga exactamente el grupo cinco? —le preguntó al doctor Meneses su colega de la universidad, que participaba en la Comisión como parte del equipo académico, durante el receso de la primera sesión.

—Lo que no investigan los otros cuatro —dijo el doctor Meneses.

—¿Y tienes idea de qué podría ser?

El doctor Meneses miró su café durante un momento.

—Tengo una intuición que todavía no tiene forma de hipótesis —dijo—. Que hay algo en las comunidades donde están concentradas las muertes que ninguno de los cuatro grupos va a encontrar porque ninguno de los cuatro grupos está buscando en el lugar correcto.

—¿Y cuál sería el lugar correcto?

—Eso es precisamente lo que no sé —dijo el doctor Meneses.

—Útil —dijo su colega, con el sarcasmo afectuoso de quien lleva años trabajando con alguien.

—Es más útil que la certeza prematura —dijo el doctor Meneses—. La certeza prematura es lo que produce los otros cuatro grupos.

Los cuatro grupos comenzaron su trabajo con la energía de los proyectos que tienen presupuesto y plazos y un producto definido al final. El grupo de consumo de alcohol encargó análisis de los patrones de venta en las zonas afectadas y encontró fluctuaciones que podían interpretarse como relevantes aunque también podían interpretarse como ruido estadístico. El grupo ambiental tomó muestras de agua y aire y encontró contaminantes en niveles que eran preocupantes en términos generales aunque no específicamente asociados al tipo de mortalidad que investigaban. El grupo de acceso a salud revisó los registros de consulta y encontró que la utilización de servicios preventivos en la población masculina de esas zonas era sistemáticamente baja, lo cual era consistente con el perfil de los fallecidos aunque no explicaba por qué había aumentado la mortalidad en ese período específico. Y el grupo socioeconómico encontró indicadores de estrés crónico que eran estadísticamente significativos y que habían sido estadísticamente significativos en esa población durante las dos décadas anteriores sin producir el patrón de mortalidad que ahora se investigaba.

Cada grupo producía resultados que eran sólidos dentro de su propio alcance. Ninguno producía una explicación que cerrara la pregunta que la Comisión había sido creada para responder.

El doctor Meneses, mientras tanto, había encargado a Rodrigo, su estudiante que ahora era ya egresado con mención honorífica y colaborador de la Comisión, que hiciera algo que ninguno de los otros grupos hacía: hablar con la gente. No con cuestionarios ni con entrevistas estructuradas. Simplemente hablar, con la disposición de quien no sabe qué busca pero confía en que encontrarlo requiere estar en el lugar correcto antes de tener la metodología correcta.

Rodrigo pasó tres semanas caminando por las colonias donde se concentraban los casos. Fue a mercados, a tiendas, a las esquinas donde la gente se reúne en las ciudades que todavía tienen esquinas donde la gente se reúne. Habló con quien quiso hablarle, que no era todo el mundo pero que era suficiente gente como para que el mapa que fue construyendo tuviera contornos reconocibles.

Volvió a ver al doctor Meneses un martes por la mañana con sus notas y con algo en la cara que el doctor identificó como la expresión de quien ha encontrado algo y que todavía no sabe si lo que encontró es lo que estaba buscando.

—¿Y? —dijo el doctor Meneses.

Rodrigo abrió su cuaderno.

—Hay una mujer en el mercado Sonora —dijo.

El doctor Meneses esperó.

—Una anciana —dijo Rodrigo—. Vende remedios. Hierbas, pociones, ese tipo de cosas. Tiene mucha clientela. Clientela específica.

—¿Qué tipo de clientela?

—Mujeres —dijo Rodrigo—. Principalmente mujeres de las colonias donde están concentradas las muertes. Con un perfil muy particular.

El doctor Meneses dejó su café sobre el escritorio con la lentitud de quien está procesando algo.

—¿Qué tipo de perfil?

—Mujeres que han tenido problemas domésticos —dijo Rodrigo—. Que llegaron al puesto en un momento de sus vidas y que después de eso... los problemas se resolvieron.

Hubo un silencio en el consultorio del doctor Meneses que tenía una calidad diferente de los silencios habituales del lugar.

—¿Cómo se resolvieron? —dijo el doctor Meneses, con la quietud de quien hace la pregunta que no quería hacer.

—De distintas maneras —dijo Rodrigo—. Pero en varios casos el marido murió de causas cardiovasculares en las semanas o meses siguientes.

El doctor Meneses miró a Rodrigo durante un momento largo.

—¿Cuántos casos?

—No tengo número exacto —dijo Rodrigo—. Pero es un patrón, no una coincidencia. Lo siento en las conversaciones. En cómo la gente lo rodea sin nombrarlo.

—¿Tienes evidencia concreta?

—Tengo indicios —dijo Rodrigo—. Suficientes para que valga la pena investigar con una metodología más sistemática.

El doctor Meneses se levantó. Fue a la ventana. Miró la calle abajo durante un momento con la concentración de quien está pensando en algo que cambia varias cosas al mismo tiempo.

—Rodrigo —dijo, sin girar.

—Doctor.

—¿Cuántas personas más saben de esto?

—Solo yo —dijo Rodrigo—. Vine directo aquí.

El doctor Meneses asintió despacio. Se giró.

—Necesito pensar en cómo presentar esto a la Comisión —dijo—. No podemos llegar con indicios sin metodología. Nos van a pedir evidencia y si no la tenemos el tema se archiva como especulación.

—¿Y si diseñamos la investigación específica para obtener esa evidencia?

—Eso requiere aprobación del comité —dijo el doctor Meneses—. Y aprobación del comité requiere presentar una hipótesis que el comité considere plausible. Y una hipótesis que diga que una anciana del mercado Sonora puede estar relacionada con muertes de hombres en varias colonias... —Se detuvo—. No va a ser fácil de presentar.

—¿La presentamos de todas formas?

El doctor Meneses lo miró durante un momento.

—La presentamos —dijo—. Pero la preparamos bien. Necesitamos más trabajo de campo antes de llevarla al comité. Y necesitamos la metodología correcta para que cuando lleguemos no nos descarten antes de que terminemos de hablar.

Rodrigo asintió. Salió del consultorio con la lista de cosas que había que hacer antes de que la hipótesis pudiera ser presentada, que era una lista suficientemente larga como para que el proceso tomara semanas, lo cual era tiempo suficiente para que varias cosas adicionales ocurrieran en la dirección que ninguno de los dos podía anticipar todavía.

El doctor Meneses se quedó en su consultorio mirando el café que ya estaba frío.

Pensó en sus veinte años estudiando la violencia social.

Pensó en los cuarenta y siete artículos citados en revistas internacionales.

Pensó en Rodrigo a tres metros de Pachita en el mercado Sonora hace más de un año, mencionándolo en una reunión de equipo y él diciéndole que mantuviera el foco.

Tomó el café frío y lo bebió de todas formas.

Algunas cosas había que beberlas aunque estuvieran frías.

CAPÍTULO 12

El periodista obstinado

Ciudad de México, redacción y colonias

El periodismo de investigación tiene una relación con el tiempo que lo distingue de casi todas las demás formas de producción de conocimiento: requiere más tiempo del que las redacciones modernas pueden justificar económicamente, produce resultados que no siempre son publicables en el momento en que están listos, y depende de una forma de confianza entre el periodista y sus fuentes que se construye lentamente y que se destruye con rapidez. Es una disciplina que fue diseñada para un ecosistema mediático que en muchos países ya no existe, y que sobrevive en el nuevo ecosistema con la resistencia específica de las cosas que no son rentables pero que tampoco desaparecen del todo porque todavía hay personas que las practican por razones que el mercado no termina de explicar satisfactoriamente.

Martín Saavedra tenía treinta y cuatro años y llevaba seis en el periodismo, tres de ellos en una revista digital que se especializaba en periodismo de datos e investigación y que tenía suficientes lectores como para existir y no suficientes como para que existir fuera cómodo. Había llegado al tema de la violencia doméstica a través de una ruta indirecta: investigando las estadísticas de mortalidad masculina para una nota sobre salud pública, había notado que el patrón geográfico de los datos no correspondía a ninguno de los factores de riesgo estándar que la literatura sobre el tema señalaba. La incongruencia le pareció lo suficientemente interesante como para dedicarle tiempo que su editor le concedió con la resignación característica de los editores que saben que sus periodistas de investigación van a dedicarle tiempo independientemente de lo que ellos digan.

Su método era el opuesto del método académico que había visto operar en las mismas colonias: mientras los investigadores llegaban con cuestionarios y metodologías diseñadas de antemano, Saavedra llegaba con preguntas abiertas y la disposición de ir a donde la conversación lo llevara. Mientras los académicos buscaban datos que confirmaran o refutaran hipótesis específicas, Saavedra buscaba la historia que estaba detrás de los datos, que no siempre era la misma historia que los datos decían contar cuando se leían sin contexto.

Pasó tres meses yendo y viniendo de las colonias. Habló con decenas de personas. Tomó café con vecinas que le contaron cosas que no habrían contado a un funcionario y cosas que no habrían contado a un investigador pero que contaban a alguien que parecía genuinamente curioso sin tener nada que ganar de manera obvia con lo que escuchara.

El nombre de Pachita lo escuchó por primera vez en la sexta semana, en una conversación con una mujer de la colonia Doctores que lo había recibido con la cautela natural de quien no sabe qué quiere el periodista que llega a preguntar cosas.

—¿Ha escuchado hablar de una señora que vende remedios en el Sonora? —dijo Saavedra, después de media hora de conversación sobre otros temas que habían construido suficiente confianza para que la pregunta directa fuera posible.

La mujer lo miró durante un momento.

—¿Para qué pregunta eso?

—Porque varios de los casos que estoy revisando tienen algo en común —dijo Saavedra—. Y ese algo parece llevar a esa dirección.

—¿Qué tipo de nota está haciendo?

—Todavía no sé —dijo Saavedra, con la honestidad del periodista que prefiere la incertidumbre a la promesa que no puede cumplir—. Depende de lo que encuentre. Lo que sí le puedo decir es que no estoy buscando hacerle daño a nadie.

La mujer lo miró durante un momento más.

—Si no está buscando hacerle daño a nadie —dijo—, entonces quizás debería pensar bien para qué le sirve saber lo que va buscando.

Saavedra procesó eso.

—¿Qué significa eso? —dijo.

—Que hay cosas que funcionan mejor cuando no se explican —dijo la mujer —. Y que explicarlas no necesariamente las hace mejores.

—¿Funcionar para quién?

—Para la gente que las necesita —dijo la mujer.

—¿Y para la gente que no la necesita?

La mujer sonrió con algo que no era exactamente una sonrisa.

—Para la gente que no la necesita no existe —dijo—. Por eso nadie la conoce.

Saavedra se fue de esa conversación con más preguntas de las que tenía antes de llegar, que era siempre la señal de que una conversación había valido la pena. Siguió el hilo durante cuatro semanas más. Fue al mercado Sonora. Encontró el puesto de Pachita. Se instaló en los alrededores durante dos días, observando sin preguntar, con la paciencia del periodista que sabe que la observación directa dice cosas que las preguntas no producen.

Lo que observó coincidía con lo que Rodrigo había observado desde la metodología del grupo cinco de la Comisión: clientela específica, paciencia específica, resultado que las clientas llevaban en la cara de una manera que era difícil de describir con precisión pero que era reconocible para quien miraba con la atención correcta.

Al tercer día, Saavedra se acercó al puesto.

Pachita lo miró cuando llegó con la misma atención que miraba a todo el que llegaba, que era la atención que evaluaba antes de que la persona dijera nada.

—Buenas tardes —dijo Saavedra.

—Buenas tardes —dijo Pachita.

—Estoy haciendo una investigación —dijo Saavedra, porque había aprendido que en ese tipo de conversaciones la honestidad inicial producía mejores resultados que la táctica—. Sobre los cambios en las colonias cercanas. Cosas que han mejorado en los últimos años.

Pachita lo miró sin responder inmediatamente.

—¿Y qué tiene que ver mi puesto con eso? —dijo.

—Quizás nada —dijo Saavedra—. Quizás algo. No lo sé todavía.

—¿Y si supiera algo? —dijo Pachita.

—Me gustaría escucharlo —dijo Saavedra.

Pachita lo miró durante un momento que tenía el peso de una evaluación que no era únicamente sobre el periodista sino sobre algo más amplio que el periodista representaba.

—¿Para qué? —dijo.

—Para entender lo que pasó —dijo Saavedra.

—¿Y para qué quiere entender lo que pasó?

Saavedra consideró esa pregunta con más seriedad de la que normalmente dedicaba a las preguntas de sus entrevistados.

—Porque hay una versión oficial de por qué bajó la violencia doméstica —dijo— y creo que esa versión no es la versión completa.

—¿Y si la versión completa no es publicable? —dijo Pachita.

—¿Por qué no sería publicable?

Pachita lo miró con algo que en otra persona habría sido diversión y que en ella era simplemente la expresión de alguien que ha pensado en algo durante más tiempo del que el periodista lleva pensando en ello.

—Porque publicarla resolvería un problema y crearía otros —dijo—. ¿Usted sabe cuántos problemas crearía?

Saavedra no respondió de inmediato.

—¿Y usted sabe cuántos problemas resolvería? —dijo finalmente.

—Sé cuántos resolvió sin publicarse —dijo Pachita—. Con publicarse no sé.

Fue la conversación más larga que Pachita tuvo con alguien que no era clienta. Al final de ella, Saavedra se fue con lo que tenía: suficiente para entender el contorno de lo que había ocurrido, insuficiente para publicarlo con el rigor que la nota requería, y la certeza de que la persona que podía darle el resto no tenía ningún incentivo claro para hacerlo.

En la redacción, presentó sus hallazgos a su editora con el cuidado de quien sabe que lo que presenta es explosivo y que la explosión podría ir en varias direcciones.

—Cuéntame —dijo la editora, la licenciada Fuentes, que llevaba quince años en el periodismo y que había desarrollado un instinto muy preciso para los dos tipos de historias que importaban: las que eran importantes y las que eran publicables, que no siempre eran la misma cosa.

Saavedra le contó lo que tenía. El patrón estadístico. El puesto del mercado Sonora. Las conversaciones en las colonias. La dificultad de establecer causalidad con los elementos disponibles. Y la conversación con Pachita.

La editora lo escuchó sin interrumpir, tomando notas en el margen de la libreta con la letra pequeña que usaba cuando algo le parecía importante.

Cuando Saavedra terminó, ella tardó un momento en responder.

—Hay varios problemas —dijo finalmente.

—Lo sé —dijo Saavedra.

—El primero es jurídico —dijo la editora—. Si publicamos que una anciana del mercado Sonora está vinculada con muertes de hombres violentos, sin evidencia forense, sin análisis toxicológico, sin ningún elemento que establezca causalidad más allá de la correlación y los testimonios de terceros, estamos expuestos a demandas que esta publicación no puede costear.

—Lo entiendo —dijo Saavedra.

—El segundo es ético —dijo la editora—. Estamos hablando de mujeres que vivían en situación de violencia y que encontraron una salida. Publicar esto las expone.

—También lo entiendo.

—El tercero —dijo la editora, y aquí hizo una pausa que tenía más peso que las anteriores— es más complicado de nombrar. ¿Quiénes son los damnificados de esta historia?

Saavedra la miró.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que los hombres que murieron eran hombres violentos —dijo la editora—. Y que las mujeres que lo hicieron posible llevaban años siendo víctimas de un sistema que no pudo protegerlas. Si publicamos esto, ¿a quién le hacemos daño y a quién le hacemos bien?

—Le hacemos daño a Pachita —dijo Saavedra—. Le hacemos daño a las mujeres de las colonias. Y le hacemos bien a la verdad.

—¿Y la verdad para qué sirve en este caso? —dijo la editora.

Era una pregunta que Saavedra había estado evitando hacerse porque no tenía una respuesta que le gustara completamente.

—Para que las instituciones que se atribuyeron un logro que no es suyo rindan cuentas —dijo.

—¿Y las instituciones que rindan cuentas van a hacer qué? —dijo la editora —. ¿Van a crear mejores programas? ¿Van a proteger mejor a las mujeres?

¿O van a arrestar a una anciana del mercado Sonora y a procesar a las mujeres que sobrevivieron gracias a ella?

Saavedra guardó silencio durante un momento.

—No lo sé —dijo.

—Yo tampoco —dijo la editora—. Y cuando no sé, no publico. Todavía.

—¿Todavía?

—Sigue investigando —dijo la editora—. Cuando tengas suficiente para que la historia pueda publicarse de una manera que haga bien o al menos no haga daño neto, volvemos a hablar. Pero con lo que tienes ahora, no.

Saavedra asintió. Salió de la redacción con la historia en la cabeza y sin un lugar donde ponerla que correspondiera a lo que era.

Siguió investigando durante semanas más. Habló con el doctor Meneses, cuyo nombre había aparecido en relación con la Comisión de mortalidad masculina y que recibió al periodista con la cautela del académico que reconoce que un periodista con la historia correcta puede ser simultáneamente un aliado y un problema.

—Está investigando lo mismo que yo —le dijo el doctor Meneses, después de que Saavedra le explicara lo que tenía, en una conversación que tardó en encontrar el tono correcto porque los dos sabían que lo que estaban discutiendo era delicado de maneras diferentes para cada uno.

—¿Desde cuándo? —dijo Saavedra.

—Desde que Rodrigo me trajo la información hace tres semanas —dijo el doctor Meneses—. Pero la Comisión todavía no ha aprobado la línea de investigación. Estoy preparando la propuesta.

—¿Y si la aprueban?

—Entonces tendremos metodología para investigarlo con rigor —dijo el doctor Meneses—. Y quizás evidencia que permita establecer causalidad de una manera que sea sostenible académicamente.

—¿Cuánto tiempo toma eso?

—Meses —dijo el doctor Meneses—. Quizás más de un año.

Saavedra lo miró.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto la situación es lo que es —dijo el doctor Meneses—. No es satisfactorio, lo sé. Pero publicar algo sin evidencia suficiente produciría consecuencias que ninguno de los dos podemos predecir con certeza y que podrían ser peores que la situación actual.

—¿Para quién?

El doctor Meneses consideró esa pregunta con la honestidad de quien sabe que la respuesta no es simple.

—Para las mujeres que sobrevivieron gracias a eso —dijo—. Para Pachita. Quizás para el proceso institucional que ahora mismo tiene una oportunidad real de llegar a conclusiones verificables.

—¿Y para la verdad?

—La verdad puede esperar a tener mejor evidencia —dijo el doctor Meneses —. Las personas que serían afectadas por una publicación prematura no pueden esperar que deshacemos el daño.

Saavedra volvió a la redacción. Volvió a hablar con la editora. La conversación fue más corta que la anterior porque las conclusiones eran las mismas con evidencia adicional que confirmaba en lugar de resolver las dudas que impedían la publicación.

—Sigue —dijo la editora.

—Siempre sigo —dijo Saavedra.

Lo siguió haciendo. Pero la historia siguió siendo la historia que no podía publicarse todavía, que era la categoría más incómoda disponible para un periodista: algo que sabe y que no puede decir de la manera en que lo sabe porque el modo de decirlo importa tanto como el qué.

Afuera, mientras tanto, la explicación oficial seguía siendo la explicación oficial. Las instituciones seguían siendo celebradas por los logros que no habían producido. Y en el mercado Sonora, Pachita seguía atendiendo a quien llegara, sin leer los periódicos donde la historia que le concernía no aparecía, y sin sentir la necesidad de que apareciera para saber lo que sabía.

Que era todo lo que hacía falta saber.

CAPÍTULO 13

La defensa de la mentira

Ciudad de México, distintas oficinas y salones

Hay una diferencia importante entre defender una mentira conscientemente y defender una verdad incompleta con la convicción de quien la cree completa, y esa diferencia importa no porque absuelva a quien lo hace sino porque explica por qué los sistemas que producen explicaciones incorrectas son tan difíciles de corregir desde adentro. Las personas que mienten conscientemente pueden arrepentirse, pueden cambiar de posición, pueden ser confrontadas con evidencia y responder a esa confrontación de manera predecible. Las personas que defienden con convicción genuina lo que saben incompleto son mucho más complicadas de corregir porque su defensa no es moral sino epistémica: no están mintiendo, están equivocadas, y el equivocado que actúa desde la convicción tiene una resistencia al cambio que el mentiroso consciente raramente alcanza.

La explicación oficial había producido, en sus años de circulación y de citación mutua entre instituciones, académicos y organismos internacionales, una masa suficientemente grande de convencidos genuinos como para que la defensa de esa explicación fuera ya un fenómeno con vida propia que no dependía de la voluntad de ningún actor individual para perpetuarse. Los presupuestos dependían de ella. Las carreras académicas dependían de ella. Los programas de cooperación internacional dependían de ella. Y cada actor que dependía de ella tenía razones específicas para defenderla que eran perfectamente razonables dentro de su propio marco de referencia aunque contribuyeran colectivamente a algo que desde afuera resultaba evidente y desde adentro invisible.

El doctor Meneses presentó su propuesta al comité de la Comisión un jueves por la mañana, después de seis semanas de preparación que habían incluido revisar todo el trabajo de Rodrigo, sistematizar los indicios que tenían, y diseñar una metodología de investigación que fuera lo suficientemente rigurosa como para que el comité no pudiera descartarla por razones técnicas y lo suficientemente específica como para que quedara claro qué se investigaría exactamente y por qué.

La sala del comité tenía una mesa larga, sillas de cuero negro y el tipo de iluminación que las instituciones usan cuando quieren comunicar seriedad sin llegar al extremo de la austeridad. El doctor Meneses ocupó su lugar con la compostura del académico que ha dado suficientes presentaciones incómodas como para saber que la compostura no resuelve la incomodidad pero la hace más manejable.

Presentó durante veinte minutos. Mostró el patrón estadístico. Explicó el trabajo de campo de Rodrigo. Describió el puesto del mercado Sonora y el perfil de la clientela. Y planteó la hipótesis: que existía un factor no institucional, probablemente centrado en el mercado Sonora y en la red de distribución informal que se había formado alrededor de él, que podía estar relacionado tanto con la reducción de la violencia doméstica como con el incremento de la mortalidad masculina en las colonias afectadas.

Cuando terminó, el silencio que siguió tenía la calidad de los silencios que contienen múltiples reacciones simultáneas que sus portadores están evaluando antes de expresar.

El primero en hablar fue el subsecretario.

—Doctor Meneses —dijo, con el tono de quien elige las palabras con cuidado porque las palabras en ese contexto tienen consecuencias—, ¿está usted sugiriendo que los indicadores favorables que este país ha reportado internacionalmente podrían deberse a algo que no son los programas institucionales?

—Estoy sugiriendo que esa posibilidad merece ser investigada con rigor antes de descartarla —dijo el doctor Meneses.

—Y si esa investigación confirmara su hipótesis —dijo el subsecretario—, ¿cuáles serían las implicaciones?

—Las implicaciones son las que usted puede imaginar —dijo el doctor Meneses—. Por eso es importante investigarlo antes de que lo investigue alguien con menos capacidad de manejar el proceso.

El subsecretario asintió lentamente, procesando eso.

—¿Cuántas personas tienen conocimiento de esta hipótesis en este momento?

—Las que están en esta sala, el estudiante que hizo el trabajo de campo, y un periodista que está investigando el tema de manera independiente.

Hubo un movimiento casi imperceptible en la sala que no era exactamente inquietud pero que era lo que precede a la inquietud cuando la gente todavía está procesando si hay razón para estar inquieta.

—¿Un periodista? —dijo la representante de comunicación social de la Comisión.

—Un periodista —confirmó el doctor Meneses—. Que por el momento no tiene suficiente evidencia para publicar y que está siendo cuidadoso con el tema. Pero que existe, y que tarde o temprano tendrá suficiente o encontrará a alguien que lo tenga.

La licenciada Barragán, que había estado escuchando desde su lugar con la expresión de quien está simultáneamente procesando información y calculando consecuencias, habló por primera vez.

—¿Qué propone exactamente, doctor?

—Propongo que la Comisión apruebe una línea de investigación específica —dijo el doctor Meneses—. Con metodología rigurosa, plazos definidos y un protocolo de manejo de resultados que sea transparente pero que también sea responsable con respecto a las personas que podrían verse afectadas.

—¿Responsable cómo? —dijo la licenciada Barragán.

—Responsable en el sentido de que si la hipótesis se confirma, la manera en que se haga público requiere consideración cuidadosa de las implicaciones para distintos grupos involucrados —dijo el doctor Meneses—. Incluyendo las mujeres de las colonias.

—¿Y los programas institucionales? —dijo alguien desde el otro extremo de la mesa.

El doctor Meneses lo miró.

—¿Qué pasa con ellos?

—Si se demuestra que los logros no son atribuibles a los programas —dijo la persona, que era el director de uno de los programas que aparecía en el informe del Observatorio—, eso tiene consecuencias presupuestales. Para los programas, para las instituciones que los implementan, para los compromisos que el país ha adquirido internacionalmente.

—Lo sé —dijo el doctor Meneses.

—¿Y eso le parece irrelevante?

—Me parece menos relevante que saber la verdad —dijo el doctor Meneses —. Aunque entiendo que no todos en esta sala pueden permitirse esa jerarquía de prioridades.

El director del programa lo miró con la expresión de quien ha recibido una observación que es al mismo tiempo un insulto y una descripción precisa de su situación.

—No es una jerarquía de prioridades —dijo—. Es una consideración de consecuencias reales para personas reales. Si estos programas pierden presupuesto porque resulta que sus resultados son atribuibles a otra causa, esas personas se quedan sin servicios. ¿Eso le parece aceptable?

—Lo que me parece inaceptable —dijo el doctor Meneses— es que esas personas reciban servicios que no funcionan y que los recursos que los financian podrían usarse en algo que sí funcione. Pero entiendo que eso es más fácil de decir desde afuera que desde adentro.

La discusión que siguió duró cuarenta minutos y produjo el tipo de resultado que producen las discusiones donde los argumentos son razonables en todos los lados y donde los intereses que están en juego hacen que ningún lado pueda ceder completamente sin perder algo que considera esencial.

El comité no aprobó la línea de investigación. Tampoco la rechazó. La envió a una subcomisión técnica que tendría treinta días para evaluar la viabilidad metodológica y las implicaciones institucionales de la propuesta, que era el mecanismo que los comités usan cuando no quieren decidir en el momento pero tampoco quieren que conste que no decidieron.

—¿Y la subcomisión? —le preguntó Rodrigo al doctor Meneses cuando salían del edificio.

—La subcomisión va a tomar sus treinta días y luego va a producir un informe que va a recomendar estudios adicionales antes de aprobar la línea de investigación —dijo el doctor Meneses.

—¿Y los estudios adicionales?

—Van a tomar tiempo —dijo el doctor Meneses—. Bastante tiempo.

—¿Cuánto?

El doctor Meneses miró la calle.

—El suficiente para que el tema se enfríe lo necesario —dijo—. No es lo que queremos. Es lo que va a pasar.

Rodrigo guardó silencio durante un momento.

—¿Y el periodista?

—El periodista va a seguir investigando —dijo el doctor Meneses—. Y en algún punto va a tener suficiente. O alguien más va a llegar al mismo punto y va a tener menos escrúpulos sobre publicar con lo que tiene.

—¿Y entonces?

—Entonces va a ocurrir de la manera menos controlada posible —dijo el doctor Meneses—. Que es lo que pasa cuando las instituciones no gestionan las cosas que les corresponde gestionar en el tiempo en que pueden hacerlo.

Caminaron en silencio hasta la esquina donde sus caminos se separaban.

—Doctor —dijo Rodrigo.

—¿Qué.

—¿Valió la pena? Lo de la Comisión. La presentación. Todo esto.

El doctor Meneses lo pensó durante un momento con la honestidad que le permitía dedicar a las preguntas que le hacían sus colaboradores más cercanos.

—Depende de para qué —dijo—. Para llegar a la verdad por los canales institucionales, probablemente no. Para que cuando esto salga de otra manera pueda decirse que alguien lo intentó dentro del sistema, quizás sí.

—¿Eso es suficiente?

—Es lo que hay —dijo el doctor Meneses.

Se despidieron. Cada uno se fue en su dirección con el peso específico de las personas que saben algo que el sistema donde trabajan no está en condiciones de manejar todavía y que tienen que seguir trabajando dentro de ese sistema mientras esperan el momento en que las condiciones cambien o en que el cambio llegue de afuera.

Esa tarde, en distintos puntos de la ciudad, distintas personas con distintos intereses y distintos niveles de conocimiento sobre lo que había ocurrido hacían cosas que contribuían a perpetuar o a erosionar la explicación oficial en proporciones que ninguno de ellos podía cuantificar con precisión.

La licenciada Barragán preparaba la presentación para el siguiente congreso internacional.

La licenciada Estrada coordinaba la sesión de evaluación del programa Hombres por la Igualdad.

Saavedra revisaba sus notas buscando el ángulo que convirtiera lo que tenía en algo publicable.

Ingrid respondía correos desde su oficina en Europa sobre la renovación del financiamiento al país.

Rodrigo sistematizaba sus notas de campo esperando la instrucción del doctor Meneses sobre qué hacer con ellas.

Y el antropólogo urbano del Observatorio escribía en su tiempo libre el artículo sobre los límites epistemológicos de los sistemas de información institucional que publicaría años después, cuando ya sería suficientemente tarde para que tuviera consecuencias prácticas pero suficientemente temprano para que quedara constancia de que alguien lo había visto.

En el mercado Sonora, Pachita atendía a una clienta nueva. Era una mujer joven que llegó preguntando por algo que no sabía nombrar exactamente pero que describía con palabras que Pachita reconoció inmediatamente porque llevaba diecisiete años escuchándolas en distintas versiones y en distintas voces.

Le preguntó lo que siempre preguntaba.

Escuchó lo que siempre escuchaba.

Abrió la caja de madera.

Y mientras distintas instituciones y distintas personas con distintos niveles de conciencia sobre lo que había ocurrido seguían construyendo y defendiendo y cuestionando y perpetuando la explicación oficial de algo que ninguno de ellos entendía completamente, Pachita hacía lo que había hecho siempre: resolver el problema que tenía enfrente con los recursos que tenía disponibles, sin teoría, sin metodología, sin presupuesto, y sin ninguna necesidad de que nadie lo llamara de ninguna manera para que fuera lo que era.

Lo que ninguno de los actores de esa tarde podía ver, desde su posición individual dentro del sistema que habitaba, era el conjunto de lo que estaban haciendo colectivamente. Cada uno actuaba dentro de los límites razonables de su propia situación: la licenciada Barragán preparando la presentación que su cargo requería, Saavedra buscando el ángulo que el periodismo responsable requería, el doctor Meneses esperando las condiciones que el rigor académico requería. Todos razonables. Todos actuando con la mejor buena fe disponible dentro de sus respectivos marcos de referencia. Y el conjunto de esas acciones razonables produciendo colectivamente la perpetuación de algo que individualmente ninguno de ellos habría elegido perpetuar si hubiera podido ver el conjunto.

Era el tipo de resultado que los teóricos de las organizaciones llamaban consecuencias no intencionales de acciones racionales, que era una manera elegante de describir lo que ocurre cuando sistemas complejos producen resultados que ninguno de sus componentes quería pero que todos contribuyeron a producir.

El doctor Meneses conocía ese concepto. Lo había enseñado en sus seminarios de posgrado. Lo había citado en tres de sus cuarenta y siete artículos. Y ahora lo estaba viviendo desde adentro, que es la única manera de entenderlo completamente aunque sea la más incómoda de las formas de comprensión disponibles.

Rodrigo también lo conocía. Lo había aprendido precisamente en los seminarios del doctor Meneses. Y ahora lo estaba viviendo también desde adentro, con la diferencia de que él lo estaba viviendo en la etapa de su carrera donde todavía tiene suficiente distancia del sistema como para que la incomodidad sea más pura, sin la capa de resignación que los años dentro del sistema van depositando sobre la incomodidad original hasta que la incomodidad se vuelve parte del paisaje.

Esa incomodidad, limpia y sin capas, era en ese momento el recurso más valioso que Rodrigo tenía.

No lo sabía todavía.

Pero lo sabría.

CAPÍTULO 14

El legado de Pachita

Mercado Sonora y sus alrededores

Hay personas que cambian el mundo sin proponérselo y sin saberlo, y esa combinación de consecuencia y desconocimiento es quizás la forma más pura de influencia disponible porque está completamente libre de la distorsión que produce el saber que uno está siendo influyente. Los grandes transformadores históricos que conocemos son los que propusieron cambiar algo y luego pudieron documentar que lo habían hecho, que son los que la historiografía recoge porque la historiografía necesita narrativa y la narrativa necesita intención. Los que transformaron sin intención y sin documentación no aparecen en los libros de historia aunque sus efectos sean a veces más duraderos que los de los que aparecen, precisamente porque nadie pudo construir sobre su figura una institución que con el tiempo se volviera más importante que lo que originalmente se quería conmemorar.

Pachita no leía los periódicos con regularidad. Los escuchaba a veces, en los noticieros de radio que ponía el vendedor del puesto de jugos que quedaba a tres puestos del suyo en el mercado, con la atención parcial de quien procesa el mundo exterior como ruido de fondo útil pero no esencial. Cuando el nombre de los programas gubernamentales sonaba en esos noticieros, cuando se mencionaban los logros en materia de violencia doméstica, cuando se anunciaban nuevos reconocimientos internacionales, Pachita escuchaba con la misma atención parcial y luego volvía a lo que tenía entre las manos.

No le producía indignación. No le producía orgullo. Le producía algo más difícil de clasificar que ambas, que era cercano a la diversión pero más tranquilo: la sensación de quien ve que el mundo funciona de maneras que no son exactamente las que debería pero que de todas formas siguen siendo el mundo, y que eso tiene algo de inevitable que resulta más descansado aceptar que resistir.

Un martes de noviembre, mientras acomodaba los frascos del puesto con el orden específico que ella conocía aunque nadie más pudiera descifrar su lógica, llegó la vendedora del puesto de jugos a preguntar algo que llevaba semanas queriendo preguntar.

—Pachita —dijo la vendedora, una mujer de cuarenta y cinco años llamada Chabela que llevaba ocho años con el puesto de jugos y que en ese tiempo había observado suficiente del puesto de Pachita como para tener una

teoría propia sobre lo que ocurría ahí aunque no pudiera articularla con precisión.

—Chabela —dijo Pachita, sin levantar la vista de los frascos.

—¿Cuánto tiempo llevas en este mercado?

—Diecisiete años en este puesto —dijo Pachita—. Antes estaba en otro mercado, pero ese ya no existe.

—¿Y siempre vendiste lo mismo?

—Más o menos —dijo Pachita.

—¿Y antes de vender lo que vendes?

Pachita la miró.

—¿Qué estás preguntando realmente, Chabela?

Chabela movió la mano como quien desestima la pregunta que iba a hacer y la sustituye por la que realmente quiere hacer.

—¿Sabes lo que dicen de ti?

—No —dijo Pachita—. No me lo dicen a mí.

—Dicen que resuelves problemas que nadie más puede resolver —dijo Chabela.

—¿Quién dice eso?

—La gente —dijo Chabela—. Las clientas. Yo lo he oído más de una vez.

Pachita terminó de acomodar los frascos. Se sentó en el banco de madera con la calma de quien ha tenido variantes de esa conversación y sabe cómo termina.

—La gente dice muchas cosas —dijo.

—¿Y algunas son verdad?

—Algunas —dijo Pachita.

—¿Y cuáles?

Pachita la miró durante un momento con algo en la cara que era entre afecto y cansancio.

—Chabela, llevas ocho años a tres puestos de distancia. Si tuvieras una pregunta concreta me la habrías hecho antes.

Chabela se rio con la naturalidad de quien ha sido descubierta.

—Tienes razón —dijo—. La pregunta concreta es: ¿sabes que hay gente muy importante que está tratando de entender lo que haces?

—¿Qué tipo de gente?

—Investigadores —dijo Chabela—. Del gobierno. También un periodista que estuvo rondando el mercado hace unas semanas.

—Lo vi —dijo Pachita.

—¿Y?

—Y nada —dijo Pachita—. Vino, miró, se fue.

—¿No te preocupa?

Pachita consideró la pregunta con la honestidad de quien no descarta las preguntas por incómodas.

—¿Qué podría preocuparme? —dijo.

—Que descubran lo que haces —dijo Chabela.

—¿Y qué hago?

—Eso es lo que no sé exactamente —dijo Chabela, con la honestidad de quien admite el límite de su propio conocimiento—. Pero sé que las mujeres que vienen con un tipo de cara se van con otra. Y que los maridos de algunas de ellas murieron poco después. —Una pausa—. No estoy diciendo nada. Solo estoy diciendo lo que observo.

—Observas bien —dijo Pachita.

—Llevo ocho años mirando —dijo Chabela.

Hubo un silencio entre las dos que tenía la calidad de los silencios entre personas que se conocen lo suficiente como para no necesitar llenarlos con palabras que no añadan nada.

—No me preocupa que descubran lo que hago —dijo Pachita finalmente—. Me preocuparía si dejara de funcionar. Pero eso no depende de que lo descubran o no.

—¿Y si te meten en problemas?

Pachita la miró con la serenidad de quien ha pensado en eso y ha llegado a una conclusión con la que puede vivir.

—A mi edad —dijo—, los problemas que me pueden meter son más pequeños que los que ya resolví.

Chabela la miró durante un momento.

—¿Y las mujeres que lo usan?

—Eso sí me preocuparía —dijo Pachita, y era la primera vez en esa conversación que su voz tenía un peso diferente—. Ellas sí pueden tener problemas. Por eso hay cosas que no digo y que no se dicen.

—¿Y si las encuentran de todas formas?

—Entonces habrá que ver —dijo Pachita—. Pero hasta ahora nadie ha preguntado de la manera correcta. Y la gente que hace preguntas de la manera incorrecta no llega a las respuestas correctas. Así funciona.

Era una descripción del estado de la investigación institucional y periodística que Pachita había llegado a través de la observación directa y sin haber leído ningún artículo sobre metodología de investigación cualitativa.

A tres puestos de distancia, el vendedor del puesto de jugos puso el noticiero de las once. Estaban hablando de los logros en materia de

políticas sociales y del nuevo programa de fortalecimiento institucional que se lanzaría el siguiente mes para consolidar los avances en violencia doméstica.

Pachita escuchó con la atención parcial de siempre.

Chabela se fue a su puesto.

Y la mañana continuó siendo la mañana del mercado Sonora, con sus olores y sus vendedores y sus compradores y sus conversaciones cruzadas y esa calidad específica de los lugares donde la vida cotidiana de la ciudad se concentra con una densidad que ningún estudio sociológico captura completamente aunque varios lo intenten.

Lo que Pachita había construido en diecisiete años no era un sistema ni una red ni una organización. Era algo más sencillo y más difícil de categorizar: una presencia. Una disponibilidad. Una forma de estar en un lugar que hacía posible que las personas que necesitaban encontrarla la encontraran, sin que ella tuviera que anunciarse ni definirse ni explicar qué hacía en términos que ninguna categoría institucional disponible podía contener.

Esa forma de existir era también, sin que nadie lo hubiera diseñado así, su forma de protección más efectiva. Las cosas que no tienen nombre son más difíciles de perseguir que las que sí lo tienen. Las personas que no reclaman ser lo que son producen menos superficie para el ataque que las que sí lo reclaman. Y los fenómenos que ocurren en el espacio entre las categorías institucionales son invisibles para los sistemas diseñados para ver dentro de las categorías.

El legado de Pachita, si es que esa palabra tenía sentido aplicada a algo que todavía ocurría y que no mostraba señales de terminar, no era el que la historiografía habría registrado si hubiera podido registrarlo: no era la reducción de estadísticas ni el cambio de indicadores ni la producción de ninguno de los elementos que las instituciones usan para medir si algo ha ocurrido. Era algo más difícil de medir y más real que todo eso: el hecho de que varias docenas de mujeres en varias colonias de la ciudad habían podido construir vidas que sin ella no habrían podido construir, y que eso había ocurrido sin que ninguna de ellas hubiera tenido que esperar a que las instituciones estuvieran listas para ayudarlas.

Ese era el legado. No en documentos. No en certificados. En vidas.

Al mediodía, una mujer de unos treinta y cinco años llegó al puesto con el paso y la expresión que Pachita reconocía aunque cambiaran en cada persona que llegaba. Se sentó en el banco de madera. Empezó a hablar.

Pachita escuchó.

Cuando la mujer terminó, Pachita le preguntó lo que siempre preguntaba: qué necesitaba.

La mujer dijo lo que siempre decían, con sus palabras propias que eran distintas de las palabras de todas las demás y que al mismo tiempo decían lo mismo.

Pachita la miró durante el tiempo que necesitaba para la evaluación que hacía y que nunca fallaba.

Luego abrió la caja de madera.

Sacó un frasco de vidrio oscuro.

Lo puso sobre el mostrador entre las dos.

—Diez gotas en la mañana —dijo—. Diez en la noche. Diez días seguidos. En lo que él tome.

—¿Y qué hace? —dijo la mujer.

—Resuelve el problema —dijo Pachita.

Eran las mismas tres palabras de siempre. Las mismas que le había dicho a Dionisia Cervantes diecisiete años atrás. Las mismas que le había dicho a cada una de las que habían llegado después. Tres palabras que no explicaban nada y que al mismo tiempo decían todo lo necesario, que era la proporción exacta entre lo que se dice y lo que se calla cuando lo que está en juego es suficientemente real.

La mujer tomó el frasco.

Lo guardó con la discreción de quien guarda algo valioso en un mundo que no comprende su valor.

Pagó.

Se fue entre los puestos del mercado Sonora de vuelta hacia la ciudad que la esperaba con todo lo que la ciudad le esperaba, sin saber que lo que llevaba en la bolsa era el centro de varias investigaciones institucionales, varios estudios académicos, varias notas periodísticas que no habían encontrado la manera de publicarse, varios informes que la mencionaban sin nombrarla, y el reconocimiento internacional de un país que había encontrado la manera de atribuirse un logro que pertenecía a una caja de madera en un puesto del mercado Sonora.

Sin saber nada de eso.

Lo cual era exactamente, y esta es quizás la única conclusión verdadera que esta historia permite, lo que hacía posible que todo lo demás funcionara como funcionaba.

Chabela, desde su puesto de jugos, vio salir a la mujer entre los puestos y luego miró hacia donde estaba Pachita, que ya estaba acomodando algo detrás del mostrador con la naturalidad de quien ha terminado una conversación y ha comenzado la siguiente actividad sin que haya pausa entre las dos.

Pensó en preguntarle algo más. Luego pensó que ya le había preguntado suficiente por un martes. Que había cosas que se entendían mejor sin más preguntas.

Preparó un jugo de zanahoria con naranja para una clienta que esperaba desde hacía tres minutos con la paciencia de quien está acostumbrado a

esperar en ese mercado porque el mercado tiene sus propios tiempos que no son los tiempos de la ciudad oficial.

—¿Y Pachita? —dijo la clienta, que había escuchado fragmentos de la conversación con el interés moderado de quien escucha lo que ocurre a su alrededor sin pretender que no lo escucha.

—¿Qué de Pachita? —dijo Chabela.

—¿Es verdad lo que dicen?

—¿Qué dicen? —dijo Chabela.

—Que resuelve problemas.

Chabela entregó el jugo. Tomó el dinero. Dio el cambio con la exactitud automática de los años de práctica.

—Los que llegan con un problema se van sin él —dijo Chabela—. Cómo lo resuelve no lo sé.

—¿Y eso no te da curiosidad?

Chabela lo pensó un momento.

—Me da curiosidad —dijo—. Pero hay cosas que funcionan mejor cuando no se explican.

Era exactamente lo que la mujer de la colonia Doctores le había dicho a Saavedra semanas atrás, con las mismas palabras, en un lugar diferente. La frase circulaba por la misma red que circulaban las otras cosas que circulaban, con la misma lógica: se decía porque era verdad y porque era útil y porque las cosas que son verdaderas y útiles encuentran la manera de ser dichas aunque nadie las diseñe para circular.

La clienta bebió su jugo. Se fue.

El mercado Sonora siguió siendo el mercado Sonora.

Y Pachita siguió siendo Pachita, que era la única categoría que correspondía y la única que nunca aparecería en ningún informe de ninguna institución de ningún organismo internacional que otorgara reconocimientos a los países que habían encontrado soluciones innovadoras a problemas históricos.

Pero que existía de todas formas.

Como siempre había existido.

Como seguiría existiendo mientras hubiera alguien que la necesitara y mientras ella pudiera atenderlo.

Que era, en el fondo, la única condición que había necesitado siempre para funcionar.

EPÍLOGO

La ceremonia que lo explica todo

Ciudad de México, salón de eventos con alfombra gruesa

La ceremonia fue exactamente como el prólogo de esta historia la describió, porque las ceremonias de ese tipo siempre son exactamente como uno las describe antes de que ocurran: la alfombra gruesa, el agua embotellada, los micrófonos que funcionaban, las flores en las mesas, y la temperatura controlada a un nivel que obligaba a los asistentes a usar saco aunque afuera fueran treinta grados. Los mismos tipos de personas en las mismas sillas con los mismos tipos de credenciales alrededor del cuello y los mismos tipos de satisfacción en las caras, porque las ceremonias de reconocimiento internacional atraen invariablemente a quienes tienen algo que reconocer y repelen a quienes no lo tienen, produciendo esa homogeneidad específica de los eventos donde todos están de acuerdo en que las cosas están yendo bien.

El director de la Comisión Nacional para el Estudio Integral de los Factores Determinantes de la Disminución de la Violencia Doméstica subió al podio a las seis de la tarde con los diecisiete años de investigación debidamente encuadernados en un resumen ejecutivo que los asistentes tenían en sus manos y que la mayoría había hojeado con la atención que los resúmenes ejecutivos suelen recibir cuando se distribuyen en el contexto de un evento donde lo que importa es la presentación y no la lectura.

La pantalla detrás del podio mostró gráficas que eran las mismas gráficas que habían aparecido en todas las presentaciones de los últimos diecisiete años, actualizadas con los datos más recientes y producidas con software más moderno pero esencialmente idénticas en lo que comunicaban: líneas que bajaban cuando debían bajar y líneas que subían cuando debían subir, con la satisfacción visual de los resultados que han sido anticipados y que al presentarse confirman que la anticipación era correcta.

El director leyó la conclusión con la solemnidad que la ocasión requería.

—Después de diecisiete años de investigaciones interdisciplinarias, análisis estadísticos, estudios comparativos internacionales y evaluación sistemática de hipótesis alternativas —dijo, con la voz del que enuncia algo que ha sido preparado para durar—, no existe evidencia suficiente para establecer una relación causal entre los remedios distribuidos por una persona conocida como Pachita y la disminución observada en los índices nacionales de violencia doméstica.

El aplauso fue prolongado.

En la tercera fila, el doctor Meneses aplaudió con la misma expresión que habría tenido si no aplaudiera, que era la expresión de quien ha estado en ese edificio institucional lo suficiente como para que las ceremonias le produzcan una mezcla de resignación y algo que podría llamarse afecto, porque incluso los sistemas que funcionan mal siguen siendo los sistemas donde uno ha pasado la mayor parte de su vida profesional.

A su lado, Rodrigo no aplaudió. Tenía las manos juntas sobre la rodilla con la quietud específica de quien está conteniendo algo que no sabe todavía si es indignación o simplemente cansancio.

—¿Rodrigo? —dijo el doctor Meneses, en voz baja.

—¿Doctor?

—Aplaude —dijo el doctor Meneses—. Estamos en una ceremonia.

Rodrigo aplaudió. Tres veces. Luego dejó de aplaudir porque el aplauso general ya estaba terminando de todas formas.

El director levantó una mano para pedir atención.

—Todavía queda un anuncio importante —dijo.

El salón guardó silencio con la disposición de quien ha estado satisfecho y espera que la satisfacción continúe.

El director explicó que durante el desarrollo de la investigación, los especialistas habían detectado algo preocupante: a pesar de la contundencia de los estudios realizados, amplios sectores de la población seguían aferrándose a explicaciones simples para comprender fenómenos complejos. Esa inclinación, advirtió con tono grave, representaba una amenaza para el adecuado desarrollo del conocimiento científico, administrativo y burocrático de la nación.

En la primera fila, la licenciada Barragán escuchó esto con la compostura de quien lleva diecisiete años en el ecosistema institucional y que por tanto reconoce cuando un anuncio va a ser importante sin necesitar que le anuncien que el anuncio va a ser importante.

Por tal motivo, dijo el director, el gobierno había decidido crear una nueva institución.

La pantalla cambió de imagen. Apareció un logotipo moderno compuesto por líneas geométricas que podían interpretarse de varias maneras o de ninguna, dependiendo del ángulo desde el que se miraran y de la disposición del observador a encontrar en las líneas geométricas más de lo que las líneas geométricas usualmente contienen.

Debajo del logotipo se leía el nombre.

INEEI.

Instituto Nacional para la Elaboración de Explicaciones Innecesarias.

El auditorio se puso de pie.

La ovación duró varios minutos.

El doctor Meneses se puso de pie también, porque no ponerse de pie en ese momento habría requerido una declaración de posición que la situación no facilitaba. Aplaudió con la misma expresión de siempre.

Rodrigo se puso de pie. Aplaudió. Contó mentalmente hasta diez y se sentó antes de que el resto del auditorio lo hiciera.

El director esperó con la paciencia del que sabe que las ovaciones terminan solas y que apurarlas produce el efecto contrario al deseado. Cuando el entusiasmo bajó a un nivel manejable, continuó leyendo el decreto de creación.

Correspondería al Instituto Nacional para la Elaboración de Explicaciones Innecesarias la búsqueda, desarrollo, promoción, difusión y protección de respuestas complicadas cuando las respuestas simples estuvieran a la vista. La institución tendría autonomía técnica, presupuestaria y operativa, con direcciones generales, coordinaciones regionales, observatorios especializados y consejos consultivos permanentes. Entre sus funciones iniciales se encontrarían la identificación de explicaciones excesivamente sencillas, la generación de hipótesis alternativas de complejidad creciente, y la elaboración de modelos interpretativos destinados a sustituir conclusiones obvias por marcos conceptuales suficientemente sofisticados.

La nueva dependencia dispondría además de una Dirección General de Complejización Estratégica, una Coordinación Nacional de Variables Adicionales, una Unidad para la Prevención de Conclusiones Evidentes y un Centro de Estudios Avanzados sobre Fenómenos Claramente Comprendidos.

—¿Está bromeando? —le susurró Rodrigo al doctor Meneses.

—Escucha —susurró el doctor Meneses.

El presupuesto asignado para el primer año de operaciones, continuó el director, equivalía aproximadamente a veinte veces el valor de todos los frascos vendidos por Pachita durante toda su vida.

Rodrigo abrió su cuaderno. Anotó ese dato con la meticulosidad del investigador que ya sabe que va a necesitarlo.

La noticia fue recibida con el entusiasmo de las buenas noticias en los ecosistemas donde hay personas que se benefician de las buenas noticias. Los académicos celebraron las nuevas oportunidades de investigación que el Instituto generaría. Los funcionarios celebraron los nuevos cargos directivos que el organigrama contemplaba. Los consultores celebraron los nuevos contratos que la operación de una institución de ese tamaño requeriría. Los organismos internacionales celebraron la nueva instancia de cooperación que el Instituto representaba. Y los periodistas celebraron, con la ambivalencia de los que cubren este tipo de eventos sin perder completamente la perspectiva, la nueva fuente de noticias institucionales que el INEEI produciría a lo largo de los años.

—¿Alguien le va a preguntar sobre el presupuesto? —le susurró Rodrigo al doctor Meneses.

—El periodista de económica está en la cuarta fila —susurró el doctor Meneses—. Si tiene la nota que creo que tiene, la pregunta viene.

La pregunta vino. Era el licenciado Fuentes, hermano de la editora de Saavedra, que cubría política económica para un diario de circulación nacional y que tenía la ventaja del que llega a una ceremonia sin el tipo de lealtad institucional que impide hacer preguntas evidentes.

—Licenciado —dijo, desde su lugar—, ¿puede explicar la lógica de crear una institución para elaborar explicaciones innecesarias en un momento en que los presupuestos de varias dependencias sociales están en revisión?

El director lo miró con la serenidad del que ha anticipado ese tipo de pregunta y ha preparado ese tipo de respuesta.

—El nombre es descriptivo de una función crítica —dijo—. Todas las instituciones elaboran explicaciones. Lo que el INEEI hará de manera específica y sistemática es evaluar cuáles de esas explicaciones son necesarias y cuáles no, para optimizar la inversión en producción de conocimiento institucional. Es una función de auditoría epistemológica que ninguna institución existente tiene capacidad de realizar.

—¿Auditoría epistemológica? —dijo el licenciado Fuentes.

—Exactamente —dijo el director.

El licenciado Fuentes anotó eso. Tenía la expresión del que no ha entendido completamente lo que escuchó pero que ha aprendido que lo que no se entiende en las ceremonias de ese tipo se entiende mejor después de consultarlo con alguien que conozca el ecosistema.

Afuera del salón, en el corredor donde se serviría la recepción posterior, la licenciada Barragán encontró al doctor Meneses mientras ambos esperaban que la sesión formal terminara.

—¿Qué le parece? —dijo la licenciada Barragán.

—El INEEI —dijo el doctor Meneses.

—Sí.

El doctor Meneses la miró durante un momento.

—Me parece que es la institución más honesta que se ha creado en este ecosistema en muchos años —dijo.

—¿Por qué?

—Porque al menos el nombre describe con precisión lo que hace —dijo el doctor Meneses—. Las otras instituciones elaboran explicaciones innecesarias sin decir que eso es lo que hacen. Esta al menos lo dice en el nombre.

La licenciada Barragán lo miró durante un segundo con la expresión de quien no está segura de si lo que escucha es un cumplido o una crítica.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de para qué —dijo el doctor Meneses.

Rodrigo los encontró en el corredor.

—Doctor —dijo.

—Rodrigo.

—Saavedra tiene la nota —dijo Rodrigo, en voz baja—. Me acaba de escribir. Dice que publicará mañana.

El doctor Meneses procesó eso durante un momento.

—¿Qué tiene?

—El patrón completo —dijo Rodrigo—. Los certificados del doctor Godínez, las entrevistas de las colonias, el puesto del Sonora, la conexión con las estadísticas. Todo correlacionado con una metodología que su editora consideró suficiente.

—¿Y Pachita?

—No la nombra directamente —dijo Rodrigo—. Pero cualquiera que la busque la encuentra.

El doctor Meneses miró el corredor donde los asistentes a la ceremonia comenzaban a llegar con sus copas y sus conversaciones sobre el INEEI y sobre los logros del país y sobre las oportunidades que el nuevo organismo abriría para sus respectivos campos.

—¿Qué va a pasar? —dijo Rodrigo.

—Lo que siempre pasa cuando una historia sale en el momento en que sale —dijo el doctor Meneses—. Tres días de cobertura. Una semana de declaraciones institucionales. Un mes de comisiones de investigación urgentes. Y luego la siguiente historia.

—¿Y Pachita?

—Pachita —dijo el doctor Meneses— lleva diecisiete años siendo invisible para los sistemas que ahora van a intentar verla por primera vez. Tiene ventaja.

Rodrigo asintió.

La recepción comenzó. Los asistentes circularon con sus copas y sus conversaciones y su satisfacción de haber asistido a algo importante. El doctor Meneses tomó una copa de agua mineral y la sostuvo durante veinte minutos sin beberla, mirando al tipo de gente que asiste a ese tipo de eventos con el ojo del investigador social que después de treinta años en el campo todavía encuentra ese tipo de gente genuinamente interesante aunque ya no le sorprenda.

Esa misma tarde, mientras los invitados abandonaban el recinto convencidos de haber presenciado un momento histórico para el desarrollo del conocimiento institucional, una mujer descendía de un autobús frente al mercado Sonora.

Había viajado durante horas desde un municipio que no tenía nombre en ninguno de los documentos que los organismos internacionales usaban para describir las zonas de intervención prioritaria.

Traía el rostro cansado.

Traía moretones que procuraba ocultar con la ropa que había elegido esa mañana pensando en cubrirlos.

Preguntando llegó hasta un pequeño puesto donde una anciana acomodaba frascos y hierbas medicinales con el orden que solo ella conocía.

La mujer comenzó a contar su historia.

Habló de golpes.

Habló de miedo.

Habló de denuncias.

Habló de oficinas.

Habló de funcionarios.

Habló de promesas.

Habló de programas que existían para ayudarla y que jamás la habían ayudado.

La anciana escuchó pacientemente.

Sin tomar notas. Sin pedirle identificación oficial. Sin explicarle los protocolos de atención ni los plazos de resolución ni los procedimientos establecidos para casos como el suyo.

Simplemente escuchó.

Cuando la mujer terminó, Pachita abrió la caja de madera.

Sacó el frasco de vidrio oscuro.

Y mientras el país entero celebraba la creación del Instituto Nacional para la Elaboración de Explicaciones Innecesarias, mientras cientos de especialistas se preparaban para producir nuevas teorías sobre fenómenos perfectamente comprendidos, mientras miles de páginas comenzaban a redactarse para demostrar que la realidad era mucho más compleja de lo que parecía, Pachita entregó el frasco y dijo simplemente:

—Son diez gotas por la mañana y diez por la noche.

Después guardó silencio.

Porque la realidad nunca había necesitado explicaciones.

Los únicos que necesitaban explicarla eran quienes vivían de hacerlo.

Y eso, que esta historia ha documentado con la paciencia que el tema requería, era quizás lo único que podía decirse con certeza después de todo lo que había ocurrido: que los problemas reales encuentran sus soluciones reales al margen de los sistemas diseñados para resolverlos, y que esos sistemas, mientras tanto, siguen siendo lo que son: instituciones que elaboran explicaciones de cosas que no comprenden, con presupuestos que crecen exactamente en la medida en que su comprensión no crece, y con la convicción sincera y perfectamente inútil de que lo que hacen es lo que hace falta.

El frasco cambió de manos.

La mujer se fue.

Y Pachita siguió siendo Pachita.

Como siempre.

Como mañana.